No todo el mundo

MARTA JIMÉNEZ SERRANO

narrativa

No todo el mundo

Marta Jiménez Serrano

sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o almacenada
de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © Marta Jiménez Serrano, 2023
AUTORA REPRESENTADA POR THE ELLA SHER LITERARY AGENCY
Primera edición: 2023

Imagen de portada
© Lara Lars

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2021
América, 109,
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
c/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierdo
28014, Madrid, España
www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-8419261-43-4

Este libro es para Félix Tusell,
porque siempre es casa

El amor nunca trae nada bueno. El amor siempre trae algo mejor.
ROBERTO BOLAÑO

You do not have to be good.
You do not have to walk on your knees
for a hundred miles through the desert, repenting.
You only have to let the soft animal of your body love what it loves.
MARY OLIVER

Índice

Tenemos que dejarlo
Qué bien que existe Leonor
Filmín
Clamorosa y frenético
Colega
La Virgen de la Macarena
Lo de Verónica
El rastro
Pupila
Hallelujah
Cuando yo la conocí
horny asian teen
Un novio que tuve
La ciudad moderna
AGRADECIMIENTOS

TENEMOS QUE DEJARLO

El cigarrillo arde, pero es nuestra boca la que expele el humo.
JULIO RAMÓN RIBEYRO

Ella fuma desde los diecisiete. Siempre Golden Virginia, siempre con el zippo plateado herencia de su abuelo Juan. El abuelo Juan fumaba en parte porque le gustaba y en parte por tocarle las narices a su hija, y por eso empezó a fumar ella: porque quería parecerse al abuelo Juan y por tocarle las narices a su madre.

Él fuma desde los veintiuno. Comenzó en el Erasmus porque una chica le ofreció un cigarro en una fiesta y tuvo que decir que sí. Al principio fumaba Lucky Strike hasta que se pasó a Pueblo, cuando todo el mundo empezó con el tabaco de liar; luego volvió a Lucky una temporada –le parecía más higiénico– y ahora fuma Drum oscuro, pero los lleva todos ya liados en una pitillera. Al fin y al cabo, el de liar es mucho más económico.

El gesto es simple: ella alarga su brazo, horizontal dentro de la cazadora vaquera, y le ofrece su zippo encendido sin soltarlo. Él se agacha hacia la llama y hace pantalla con la mano para encender su cigarrillo. Es viernes y son las once y media pasadas y es la calle Valencia y ella va de negro (salvo por la cazadora). Él lleva vaqueros, zapatillas de deporte y una sudadera, se yergue y da una primera calada.

–Gracias.

Ella cierra el zippo plateado, se lo mete en el bolsillo de la cazadora y se apoya contra la pared.

–De nada.

Por poco parece que va a terminar ahí, la conversación y la noche y la coyuntura, porque aunque en las películas e incluso en algunos libros el romance se fragüe así –cómo, si no–, pidiendo fuego, en la vida real eso no ocurre. En la vida real ella mira al infinito y él mira al suelo, y ambos se preguntan por qué nadie más ha salido a fumar. Pero entonces, desde dentro del bar suena una voz que grita:

–¡Elo! Vamos con otra ronda, ¿te pido una?

Y ella deja de mirar al infinito, y él deja de mirar al suelo, y ambos se giran hacia la puerta y gritan ¡sí!, y sorprendidos se miran el uno al otro, él más bien perplejo, ella más bien divertida.

–¿Te llamas Elo? –Enarca mucho las cejas y echa la cabeza para atrás, inhalando el humo.

–Me llamo Marcelo. Pero todos me llaman Elo, sí.
–Qué fuerte –dice ella–. Yo igual.
–¿También te llamas Marcelo?
Ella sonríe.
–Me llamo Eloísa.

Entonces ahí sí, la necesidad del mechero no bastaba pero la coincidencia nominal sí parece suficiente, Eloísa y Marcelo consideran inevitable volver juntos al bar para descubrir el amigo de quién –fue el de ella– había pedido otra ronda, y una vez dentro parece casi necesario compartir el botellín, que técnicamente les pertenece a ambos, los grupos de amigos se juntan, las rondas se suceden y cinco horas más tarde están recostados y desnudos mirando al techo del dormitorio de ella y comparten un cigarro que él enciende con el zippo plateado, y al hacer un comentario del tipo bonito mechero –la timidez crece y las ideas escasean después de la eyaculación– ella solo responde lo sé, era de mi abuelo.

Javi, el mejor amigo de Eloísa, terminó esa misma noche acostándose con Pablo, el compañero de piso de Marcelo. Ella se enterará unas horas después, gracias a un audio de Javi de tres minutos cuarenta segundos, seguido de un mensaje escrito: mejor llámame. Marcelo se enterará diez días después, cuando una mañana al levantarse se encuentre a Javi en calzoncillos en su cocina, preparando café.

A partir de ahí sucede lo esperable, o incluso más de lo esperable. Marcelo cada mañana en el metro le escribe un whatsapp, qué tal anoche, esta tarde qué haces, hoy salgo pronto. Eloísa no contesta hasta las doce, en la pausa del café y el cigarrillo, es que arranco las mañanas a toda prisa, perdona. Eloísa trabaja en una empresa que se encarga de cosas de sostenibilidad y ecología en el ámbito internacional, aunque Marcelo nunca terminará de comprender bien qué hace. Llegará el día en que ella se lo reproche –¡ni sabes lo que hago!– y él se ofenda: cada noche escuchando los líos que tienes en la oficina, conociendo el nombre de cada compañero y el organigrama completo, y ahora me dices que no me entero. Pero no estamos ahí todavía. De momento a Marcelo le parece muy comprometido y admirable el trabajo de Eloísa –es, eso hay que reconocerlo, Marcelo, un trabajo comprometido y admirable–, y Eloísa se siente brillar cuando le habla de su trabajo.

Marcelo está haciendo el doctorado en Filosofía. Un poco tarde para ser doctorando, ya lo sabe, pero es la segunda carrera que estudia. No consiguió la beca FPU, ni la FPI, por apenas unas décimas, y aunque en el momento se preguntó si quizá la beca era para gente más aplicada o más inteligente, acabó concluyendo que quizá era para gente que no

hubiera tenido que trabajar durante la carrera. Ahora avanza en su tesis –*El concepto del mal en Hannah Arendt* o *Hannah Arendt y sus consecuencias* o algo del mal, la banalidad, la contemporaneidad, el lenguaje: Eloísa nunca llegará a aprendérselo bien– y trabaja para un medio digital de reciente creación escribiendo unos trece artículos a la semana por 474,32 euros. Los domingos y algunos sábados pone copas en el José Alfredo.

Y después del doctorado, ¿qué?, preguntará Eloísa con impaciencia, una tarde de lluvia en la que Marcelo le cuenta que todavía pedirá una prórroga más, y Marcelo le dirá bueno, seré doctor, y ella dirá ya, pero dices que en la universidad no hay plazas, y ante el silencio de Marcelo dirá mira, me voy a dar una vuelta, y él solamente dirá pero si llueve mucho.

No hemos llegado, aún. Por lo pronto a Eloísa le admira que Marcelo haya comprendido que Periodismo no le entusiasmaba y, si bien la había terminado con éxito, se hubiera metido a estudiar Filosofía con lo que ello implicaba, trabajar al tiempo, ir desfasado, y aparte qué inteligente parecía –qué inteligente era, Eloísa, concedámosle eso–, qué inteligente *era* cuando hablaba de las implicaciones de Hannah Arendt en el pensamiento contemporáneo.

Buenos días, guapa
Bien ayer con tus amigas?
Tomamos una cerveza a eso de las cinco?

Escribe Marcelo a las 8:01.

Hola
Bien!
No salgo hasta las siete, después vale :)

Responde Eloísa a las 12:07.

Todavía él no le reprocha a ella que no sea más cariñosa. Todavía ella no le reprocha a él que no sea más realista.

En uno de esos whatsapps él le propone ir al cine y ella dice que vale, y elige la película. Al salir de la sala sienten el aire helado contra la nariz y las mejillas. Hace mucho frío, constatan, la peli no ha estado mal, están de acuerdo, tampoco ha sido ninguna maravilla, ¿un cigarro y nos vamos? Venga. Cada uno saca su pitillo y Eloísa enciende ambos.

–¿Nos vemos el próximo sábado? –dice ella.

–He quedado con una amiga –dice él.

–Ah.

Eloísa da una calada y Marcelo la mira frunciendo un poco el ceño.

–Pero podemos quedar el viernes –dice él.

–El viernes tengo una fiesta –dice ella.

–Ah.

Otra calada, casi en perfecta coreografía, los dos al mismo tiempo.

Quedarán el domingo.

Quedarán el domingo, pero antes Eloísa quedará con Javi, lo verá subir la cuesta del Palentino arrastrando la bici, que dejarán atada a una farola, pedirán muchas cervezas primero, un par de bocatas después porque necesitan comer algo, y algunos gintonics baratos, toda la noche en la misma mesa, varias visitas al baño y salir a fumar de vez en cuando, Eloísa hablando y Javi relajado, Javi con su cara de paciencia, Javi que ya sabe a lo que viene.

–Pero a ver, ¿tú qué quieres con este tío? ¿No estabas en plan a lo loco? ¿Qué onda con el francés?

Eloísa resopla, ¡el francés!, piensa y resopla, y asiente y sí, estaba en plan a lo loco y quizá empieza a estar cansada. Es un coñazo, argumenta con contundencia, andar cambiando las sábanas todo el rato. Javi la mira con cara de no cuela, y ella le dice qué, y, bueno, convengamos, Eloísa, que a nadie le da pereza cambiar las sábanas cuando está en época de cambiar sábanas, y convengamos también que no es tan grave alguna vez, entre una ocasión y la otra, si la cosa ha sido lo suficientemente profiláctica, no cambiarlas –reconócelo, alguna vez hiciste como que sí pero no–.

–Elo, no me hables de las sábanas, tía. ¿Tú qué quieres con este pavo?

Eloísa no lo sabe, pero sabe que no quiere hacer el tonto, sabe que está cansada de hacer el tonto, y tampoco es que quiera casarse mañana, ¿me entiendes? –Javi la entiende–, pero me dijo que había quedado con una amiga, *una amiga,* ¿me entiendes? –Javi efectivamente la entiende–, y yo de lo que paso es de ser una amiga –cuando Eloísa dice aquí *una amiga* en realidad quiere decir una amiga *más*–, pero tampoco quiero ir y soltarle todo esto porque voy a parecer muy intensa.

–¡Pero eres muy intensa!

Pero Elo no quiere parecerlo y tampoco quiere casarse y tampoco quiere que Elo –el otro Elo– quede con una amiga, y de repente se ve en la necesidad de explicitar a ver, que a mí me parece genial que tenga amigas, ¿eh? Me parece, de hecho, necesario, y Javi se ríe porque el problema de tan sencillo es complejo, de tan complejo es sencillo.

–Habla con él.

Sí, sin duda lo razonable sería hablar todo esto con él, y no con Javi, pero Eloísa no quiere hablarlo con él y parecer –y ser– intensa, pero tampoco quiere no hablarlo, le gustaría que se diera normal, que *la cosa*

fluyera, pero ya sabe que ella es incapaz de hacer que nada fluya.

–A ver, a mí cuando un tío me gusta no me apetece estar con nadie más.

–Pues muy bien.

–Pero igual eso es una cosa cultural y no pasa nada por explorar otras cosas.

–*Mulholland Drive* también es cultural, y a mí me encanta.

Eloísa siente que quiere mucho a Javi (porque lo quiere mucho) y luego toma una decisión determinante, fundamental, la decisión de ser espontánea, de ver cómo va la próxima vez.

–No le he escrito en toda la semana.

Lo dice con un brillo de orgullo en la mirada. Y es verdad, no le ha escrito ni una vez. Ha entrado en su perfil de Facebook tres veces al día, ha escuchado dos veces completas el disco de Nacho Vegas que él mencionó y ha googleado en tres ocasiones «Sepúlveda» y «Hoces del Duratón», porque al parecer su familia paterna es de Sepúlveda y él ha crecido bañándose en las Hoces del Duratón. Pero no le ha escrito, porque ha estado a sus cosas, que son lo suficientemente importantes.

Solo se levantan cuando cierran el bar, y caminan cuesta abajo los dos compartiendo el último cigarro, arrastrando la bici a un lado. No es que a Eloísa se le haya olvidado preguntarle a Javi qué tal con Pablo. Lo hizo. Pero apenas hubo tema de conversación. Javi solo repitió tres veces muy bien, muy bien, muy bien. Y luego no contó nada. Debían estar realmente muy bien.

Marcelo tampoco ha escrito a Eloísa en toda la semana, pero mientras termina el posible esquema de un capítulo y se enciende un nuevo cigarrillo –la ceniza en la lata de Coca-Cola vacía–, googlea «sinovitis cadera», dolencia que Eloísa padeció con siete años, y que especialmente a esa edad resulta peligrosa, con el riesgo de que el hueso se lime y una se quede cojita para siempre. Eloísa lo dijo así –cojita para siempre–, aumentando el dramatismo del relato. Estuvo dos meses en reposo absoluto y recibiendo dolorosos –así lo dijo: dolorosos– pinchazos de penicilina en la cadera. Todavía hoy a veces en mitad de un polvo se acuerda y para en seco, y luego vuelve a mover la cadera pero despacito. Según Google, todo lo que ha contado Eloísa sobre la sinovitis es cierto. Entonces googlea el nombre de su empresa –«Ecosystem»–, y la busca en el organigrama, y la ve ahí con una camisa blanca que no le pega, con una cara de buena que tampoco le pega, con su media melena, su raya al lado, sus gafas redondas.

Oye las llaves y se queda muy quieto para escuchar bien. Entra Pablo. Entra acompañado. Juraría que es Javi. Claramente es Javi.

Marcelo suspira, apura el cigarro y sale al salón para ser simpático, solo quería saludar, nada más, os dejo, qué tal todo, y siente la mirada de Javi examinándolo de arriba abajo, la mirada de Javi recorriendo el salón y parándose en la rendija abierta de su dormitorio, y se preocupa de que quede claro que no ha salido en todo el día, ni saldrá en toda la noche, que está concentrado en su tesis, básicamente sus días consisten en leer y escribir filosofía, ¿una cerveza? Ya os la traigo yo, la traigo y os dejo, que querréis estar tranquilos.

Tenemos que dejarlo, dice Eloísa, cerrando los ojos al exhalar el humo gris del cigarro, y hay tanto placer en esa espiración que es difícil creerla. Sí, deberíamos, dice Marcelo sacando su pitillera. Salen del restaurante caminando y se cogen de la cintura con la mano que les queda libre, la otra sujeta lánguida el pitillo. Están contentos y aunque el otoño acaba hace bueno. De ir con abrigo, pero agradable. Están contentos y enamorados y, como quien dice, acaban de hacerse novios.

Entre los entrantes y el primer plato la conversación surgió de manera más o menos fluida, o eso es lo que le contará Eloísa a Javi, afirmación que será sin duda una mentira tremenda, una mentira que Eloísa les contará a sus amigos y a sí misma.

–Si vamos a seguir viéndonos yo no voy a ver a nadie más –soltó ella, de golpe.

Él abrió mucho los ojos.

–Vale.

Hubo un silencio. Los ojos de Eloísa tras sus gafas redondas. La melena a la altura de su barbilla.

–¿Y tú?

No quedaba claro si se trataba de una pregunta o de una amenaza, pero poco importaba. Marcelo se limpió con la servilleta y se entregó al discurso del caballero enamorado –porque realmente estaba enamorado; eso, Eloísa, hay que reconocerlo–, dijo claro, sí, por supuesto, yo te quiero en serio, yo quiero todo contigo. Eloísa se tensó y elevó la ceja izquierda por encima de sus gafas. A ver, ella tampoco había dicho *todo*. Ella tampoco había dicho *te quiero*. Lo miró. Sopesó muy rápido. No le devolvió el *te quiero* pero le tendió la mano. No dijo *todo* pero sonrió y le besó. La incondicionalidad de Marcelo era abrumadora, pero muy tentadora también.

A Marcelo le sorprendió que hiciera falta aclararlo. La miró hablar al otro lado de la mesa y la sintió nerviosa, los ojos caídos y las manos inquietas sobre el regazo. Era obvio, pensaba él, que iban en serio. Era obvio que estaba muy enamorado. Eloísa le gustaba de verdad y se imaginaba con ella para siempre, y era la meta que daba sentido a su

historia. Marcelo había cumplido ya con la imagen de galán, había estado con muchas chicas, se había dejado querer, y ahora necesitaba su relato de llegada, su contigo es diferente, su contigo me quiero casar.

Salen del restaurante contentos, decididos a quererse, se encienden cada uno un cigarro y caminan abrazados. Marcelo inhala frunciendo un poco el ceño. Eloísa exhala cerrando los ojos. Marcelo tose. Eloísa mira la ceniza a punto de caer. Tenemos que dejarlo, dicen. Y ahí, apenas treinta minutos después de comprometerse, de hacerse, como quien dice, novios-novios, comienza la ruptura, reconocida y explicitada por ambos –tenían que dejarlo–, aunque a la ruptura aún le quedan cuatro años por delante para ir configurándose, para ir creciendo, para asentarse. Cuatro años después de este día que celebrarán cuatro veces en el mismo restaurante al que han ido hoy –que no tiene nada de especial, salvo que se dio que ahí se hicieron novios–, cuando en mitad de su cocina ella le diga siéntate y le diga tenemos que dejarlo, sentirá que no hace sino corroborar lo que los dos ya saben, lo que los dos supieron siempre, porque en el momento de dejarlo la única lógica que tiene sentido es la de separarse, porque parece que anduvieron el camino para llegar hasta aquí, para comprobar que no debían de ningún modo estar juntos. Que todos los naipes se habían colocado para que el castillo pudiera venirse abajo.

Nunca fue muy cariñosa, pensará entonces Marcelo.

Nunca fue realista, pensará entonces Eloísa.

Por lo pronto caminan abrazados y felices.

Marcelo se lía todos los cigarros el día anterior. Normalmente mientras ve el capítulo de alguna serie que no requiera demasiada atención (digamos *Cómo conocí a vuestra madre,* aunque a veces vuelve a *Friends* o incluso a *Seinfeld)* coloca sobre la mesa baja del salón el tabaco, los papeles, los filtros y la pitillera. Y se lía quince cigarros para el día siguiente. Si intuye un día complicado o muy ocioso, se lía veinte. Los enciende con cualquier mechero, el más barato del estanco, cualquiera de publicidad, uno que robó sin querer en la última fiesta en la que estuvo. Al terminar, recoge con el canto de la mano las hebras que han quedado sobre la mesa, guarda el tabaco, el papel, los filtros en un cajón y se reclina en el sofá a ver el final del capítulo fumándose un cigarro, que ya es el primero del día siguiente.

Eloísa se lía un cigarro cada vez que se lo va a fumar, se pone las gafas de diadema y se lo acerca mucho. Si va andando, se para. Si está hablando, se calla. Saca desordenadamente el tabaco del bolso y siempre tiene que pedir algo a alguien por la calle: papel, filtros. A veces se lo pide a Marcelo. Él se enfada: cuando no estoy yo, ¿qué

haces? A ella la acabará poniendo muy nerviosa lo organizadito que es él para todo –cuando no estás tú, se lo pido a cualquiera–, pero de momento le parece que es su complemento ideal: menos mal que Marcelo es tan organizado. Lleva el mechero de su abuelo a todas partes, pero como está siempre perdido en el fondo de su enorme bolso, si tiene a alguien cerca, le pide fuego. Eloísa va dejando hebras de tabaco por todas partes: en el fondo de su bolso, en las solapas de su abrigo, sobre la mesa metálica de la terraza del bar.

El cigarro de después de follar lo comparten. Siempre comparten uno de Marcelo. Él saca uno de su pitillera, lo enciende y, tras esa primera calada, se lo da a Eloísa. Elo y Elo se miran. Ella se siente bien, conectada a él, atendida. Qué bonito es, piensa cuando él le tiende el cigarro, y también piensa: qué bien que no me tengo que levantar a liarlo.

Así no me llena la cama de tabaco, es lo que piensa Marcelo volviendo a la cama con la pitillera, y también piensa qué buena está. A veces, incluso, se lo dice.

En algún momento, ocurre la tarde perfecta. Esa tarde en la que los amantes piensan que pueden quedarse a vivir para siempre. Esa tarde que se convierte en una noche y luego en una mañana perezosa. La tarde en que Elo sonríe como una estúpida y Elo sonríe como un estúpido, la tarde en que se llaman constantemente Elo el uno al otro porque les gusta llamarse igual. La tarde en la que todo se resignifica: el nombre que los ha llevado a conocerse. Pasean sin dejar de tocarse, la mano tonteando con la mano, la mano en la cintura, la mano por la espalda. Se sientan a tomar una cerveza, entran a una librería y les gustan los mismos libros, y al mismo tiempo este libro que le encanta a Eloísa Marcelo no lo conoce –tienes que leerlo, de verdad–, y este otro libro que le encanta a Marcelo Eloísa no sabe cuál es –te lo regalo ahora mismo–, y es casi tan placentera la coincidencia como el descubrimiento, lo que comparten y lo que no, el entendimiento al salir de la librería con una bolsita de papel en la mano y decir qué hacemos, lo que quieras, y besarse en mitad de la acera hasta que deciden qué hacer. Pasamos por el súper, vamos a casa, cocinamos algo. Pasan por el súper, van a casa, cocinan algo. Cenan con vino y follan en el sofá del salón y nunca antes han disfrutado tanto de un polvo. Lo quiero todo contigo, dice Elo, y yo contigo, dice Elo, y entonces vuelven a follar, y se quedan dormidos, y en mitad de la noche se arrastran a la cama, se tapan con el edredón medio a tientas y Elo nunca ha estado tan a gusto y calentita, y resulta que Elo tampoco. Por la mañana, tarde, hacen café, tuestan pan, Elo sonríe con cara de estúpida y Elo sonríe con cara de

estúpido, y ambos se preguntan en silencio si no sería bonito, si no estaría bien repetir esto todos los días, levantarse juntos y que uno ponga la cafetera mientras el otro hace las tostadas.

Van al cine, a votar, a un cumpleaños, a casa de una amiga, a alguna fiesta, van a verse quizá a las dos y media, y te invito a un café después del curro, mejor a una cerveza, dice ella, él dice solo vale. Van a parques, al sur, a la montaña, al pueblo del amigo de un amigo, viajan en autobús hasta Almería. Van, claro, a trabajar cada mañana, ella le roba a él una camisa, él se enjabona con el champú de ella –el bote de gel vacío durante semanas, del que ya solo sale agua y alguna burbuja–. ¿Duermo en tu casa hoy?, dice Elo, y Elo dice vale, salen a cenar, salen a pasear, salen de fiesta con todos sus amigos y un día Eloísa se emborracha demasiado, he perdido las gafas, dice, y las tiene en la mano, insiste en pedirse otro ron cola, Marcelo la disuade, ella pierde el control, se cae al suelo, reposa la cabeza en el hombro de él dentro del taxi.

Un día Marcelo le organiza a Eloísa una fiesta sorpresa por su treinta cumpleaños, otro día Eloísa acompaña a Marcelo a una colonoscopia y él sale difuso y mareado, un poco como el día que tomaron eme en aquella fiesta, la fiesta de aquel día en que habían hecho nuevos amigos y les habían llevado un vino y un bizcocho. Otro día Eloísa prepara un viaje por su aniversario y otro día Marcelo la invita a una charla que da en la universidad y otro día los dos se disfrazan de Batman y Robin para una fiesta que Pablo y Javi organizan por Halloween, y de repente un día ya es el día, el día en que ya se han hecho una fiesta sorpresa, ya se han acompañado al hospital, ya han viajado juntos, ya han horneado bizcocho, ya han hecho amigos nuevos, ya se han disfrazado incluso de Batman y Robin y entonces solo queda la vida por delante, vivirla vestidos de sí mismos, en vaqueros, jersey y camiseta, salir, entrar, fregar el suelo del baño, recoger esas cosas que se amontonan con perseverancia en la mesa baja del salón –libros, tickets, moneditas de céntimo–, y es ahí cuando ya está, cuando la mesa y la vida y ellos mismos se quedan vacíos de toda novedad, de toda huida. Eloísa mira a su alrededor, se coloca las gafas con la mano derecha y dice cuánto humo, aquí no hay más que humo, cuánto humo, y tose, y abre un poco la ventana y dice ya no pasa de aquí, definitivamente tenemos que dejarlo.

El aparador cojea aunque han seguido paso a paso las instrucciones y, bueno, a veces es así, dice Marcelo, se siguen las instrucciones pero

igualmente la cosa falla por algún sitio. Elo corta un trozo de cartón de la caja y calza el aparador. Hemnes, 157 x 88 cm, tinte blanco/marrón claro, 299 euros. Han tardado un poco en decidirse porque dudaban entre el blanco y el de madera. Bueno, dudaba Eloísa, a Marcelo ambos le parecían bien. Comprueban que con el cartón ya no se mueve, y observan su construcción. El aparador impoluto y recién montado contra la pared de la cocina, un aparador que acaba de convertirse en aparador y que poco a poco irá teniendo huellas de botellines de cerveza y de copas de vino –mira que te digo que uses los posavasos–, un frutero siempre vacío encima, las servilletas y poco más, un aparador sobre el que un día follarán, Eloísa sentada sobre el mueble, y será un polvo malo e incómodo porque el sexo siempre es ridículo cuando se imita a las películas o cuando se quiere innovar de manera forzada, o ambas.

Así, ordenada y metódicamente, cuelgan sobre la mesilla un cuadro que dentro de dos años descolgarán. Juntan en las estanterías los libros de ambos e identifican los repetidos para regalar algún ejemplar, quizá de ahí las disputas dos años más tarde: *El extranjero* era mío, te juro que era mío, pero yo también estoy convencida de que lo tenía, exactamente en esta edición. Y porque así era, porque lo tenían los dos en edición idéntica regalaron uno, y ahora este que queda y que sostienen en sus manos no saben cómo dividirlo. De igual modo pondrán entre los dos una funda de flores al edredón, funda que Marcelo no querrá –las sábanas te las puedes quedar– y comprarán un juego de sartenes y cacerolas que Eloísa cederá a Marcelo con justicia –en realidad yo nunca cocino–. Pero no hoy, no todavía. De momento contemplan el aparador recién armado y Eloísa enciende la luz para hacerle una foto y mandársela a su madre por WhatsApp, foto que dentro de dos años subirá a Wallapop, «aparador Hemnes Ikea usado en buen estado, 200 euros, 150 si se viene a recoger».

La casa común relaja a Marcelo y tensa a Eloísa, en un intercambio de fuerzas que parece no beneficiar demasiado a nadie. Él se relaja por completo, como si ya no solo hubiera comprado el billete sino que además se hubiera subido al vagón, dejado su maleta en el compartimento superior e instalado cómodamente a mirar por la ventana. Es una actitud equivocada pero frecuente: comprometerse como quien se sube a un tren, esperando que la relación avance sola y fluida por los raíles.

Eloísa se tensa por completo, como si ya no tuviera momentos para estar distendida o distraída porque ya no tiene momentos a solas, porque Marcelo está ahí en su misma casa, que es como decir que su

relación está ahí en su misma casa todo el tiempo, y Eloísa sabe que la relación es una tarea diaria, que no solo hay que echar combustible al tren y dirigirlo, sino que poco menos que hay que construir los raíles, alzar puentes, horadar montañas.

Eloísa se asoma al dormitorio para preguntarle a Marcelo sobre qué hora cenarán. Sin embargo, le dice:

–A diario prefiero que no.

–¿Cómo a diario no?

Marcelo la mira, recostado en calzoncillos sobre la cama, el cenicero sobre su ombligo, el cigarrillo a la mitad, la ceniza que se consume pitillo arriba. Lee y fuma en la cama, como siempre. Pero al parecer, ahora, si van a vivir juntos, a diario no. Lo de fumar en la cama quizá, si acaso, después de follar. Y tampoco después de cualquier polvo: después de alguno festivo solamente.

Marcelo no lo entiende: pero si siempre hemos fumado en la cama.

Eloísa en realidad tampoco lo entiende. Antes, fumar en la cama con Marcelo suponía fumar en la cama dos veces a la semana. Pero ahora se siente asfixiar si van a estar los dos fumando en el dormitorio todo el tiempo.

Marcelo parpadea. Bueno, dice.

Pero no hay que sacar las conclusiones equivocadas, conclusiones como que la convivencia no funcionó, que la convivencia mató la relación, que la rutina, que la logística, que la vida misma.

Fue más bien una especie de vacío, una especie de fin de los temas de conversación, como si ya hubieran hablado de todo lo posible. Acaso el amor sea la capacidad de que la conversación siga siendo siempre interesante. Marcelo se encontró cómodo en su silencio, sin la necesidad de compartir sus opiniones con Eloísa. Eloísa se encontró ansiosa en el silencio de Marcelo, buscando constantemente temas de conversación que enseguida se revelaban agotados.

Es fácil ocupar el tiempo cuando tenemos un objeto en el que cifrar la angustia, hablar de la tía a la que él se tiraba cuando ella lo conoció, o del exnovio de ella que la sigue llamando, pero no es tan fácil ver qué queda después de eso, la ansiedad en espiral sobre sí misma, la relación siendo una conversación sobre la relación, los días vacíos por delante, los diálogos idénticos y vacuos, ¿quieres azúcar en el yogur? –pero ella ya sabe que lo toma sin azúcar–, ¿te traigo algo? –pero él ya sabe que ella no quiere nunca nada–. Hay parejas que se apuntan a salsa. Hay parejas que se enganchan a Netflix. Hay parejas que procrean. Hay parejas que se acaban.

–No solo no son más sanos, sino que son más adictivos.

–Siempre tienes que quitarme la ilusión.

–No soy yo, es la realidad.

Eso fue la tarde en que Eloísa decide empezar a fumar cigarrillos mentolados, porque una compañera de trabajo (Luisa) le ha dicho que son más sanos. Luisa dice que lo ha leído en algún sitio, el periódico, una revista, un blog –cuál es la diferencia–, pero lo cierto es que Luisa se lo ha inventado, o más bien lo ha inferido de una asociación intuitiva pero errónea entre la menta, el verdor, la naturaleza y la salud.

Descartan, pues, los cigarrillos mentolados.

Se informan sobre un medicamento que se llama Champix, pero al parecer puede causar cáncer e ideaciones suicidas, y nunca es recomendable que sea peor el remedio que la enfermedad.

Marcelo pasa una semana con parches y chicles de nicotina, experiencia de la que extraen tres conclusiones: la primera es que a Eloísa los chicles le parecen casi tan asquerosos como el tabaco; la segunda es que Marcelo puede aguantar sin fumar en el día a día pero de ningún modo en una fiesta, donde los chicles además no valen porque están asquerosos mezclados con la cerveza; la tercera es que o lo dejan los dos, o no lo deja ninguno.

Eloísa compra dos vapeadores y Marcelo dice que le parecen feos.

–¿Te imaginas a Don Draper fumando con vapeador?

–Si lo que quieres es parecerte a Don Draper, podías ponerte una camisa de vez en cuando.

La acupuntura.

La meditación.

Las pastillas.

La aplicación para el móvil Smoke Free (¿por qué no compartes el progreso con tus amigos?).

La terapia magnética.

La hipnosis.

Elo y Elo, intentándolo todo para dejarlo.

Es difícil decidir qué día empieza a hacer-mucho-que-no-tienen-sexo, ninguno de los dos sabría decirlo con exactitud. Sucede como con el pelo, que un día de repente es absolutamente necesario ir a la peluquería aunque el día anterior no lo parecía y acaso está tan largo por un cúmulo de días en que no reparamos en él. Sucede como con los kilos, un día de repente –de repente– no nos abrocha el pantalón, ayer abrochaba y hoy no, y sin duda ha sido un proceso paulatino pero uno se da cuenta de repente. Sucede, efectivamente, como con el sexo, en que un día *de repente* hace dos meses que no follamos, y otro día *de*

repente ya son cuatro, y otro día *de repente* ya son seis, y Eloísa siente que si no dice –¿si no hace?– nada, bien podrían ser ocho, doce, la frontera del año como una frontera que Eloísa no está dispuesta a traspasar.

Lo ha hablado con Javi, que desde hace unos meses convive ya con Pablo en un piso en Carabanchel de baño diminuto y terraza amplia, pero Javi y Pablo no comparten el problema. Al menos, no todavía. Marcelo no lo ha hablado con nadie.

No es que no le apetezca, dice Marcelo, claro que le apetece, por supuesto que le sigue gustando, es solo que no justamente ahora, justamente ahora está cansado, justamente ahora está agobiado, justamente ahora no le apetece.

A veces sí le apetece, y entonces follan, y lo peor de todo es que follan bien, el polvo es más que correcto, breve pero satisfactorio, directo pero eficaz. Quizá por eso a Eloísa le lleva otros tantos meses darse cuenta de que solo lo inicia ella, a lo que Marcelo responderá que justamente en esta época, en este momento, él tiene menos iniciativa en general, no solo con el sexo, sino con todo.

Cuántos *justamente ahora* hacen un *para siempre* es algo que Eloísa se pregunta de manera difusa en su cabeza y que no acierta a responder.

Marcelo no piensa en un *para siempre* porque no ve más allá del 18 de junio, fecha límite para el depósito de su tesis doctoral. De hecho, justamente ahora tendría que terminar el número de páginas que se ha propuesto escribir hoy, pero lo que hará en realidad será redactar un artículo que ha de llevar como título «Las mejores maneras de llegar al orgasmo», refrito de otro artículo del *Psychology Today,* que tiene que mandar al periódico cuanto antes.

Tienen que dejarlo, y los dos lo saben. Pero hay que reunir la voluntad o el coraje, asumir la incomodidad, el trance duro hasta el bienestar. Así que mejor en quince días. En un mes. En dos meses. Lo van a dejar. De verdad. Solo que no todavía.

–¿Uno a medias?

–Vale.

Los platos de la cena sobre la mesa –ahora los recogen, primero el cigarro–, la ceniza en el yogur vacío, los pies de Eloísa en calcetines sobre el regazo de Marcelo.

Marcelo piensa con malestar en su tesis. Sabe que le está llevando demasiado tiempo. Piensa que quizá tenga que pedir una prórroga, y la prórroga le alivia y le agobia. Más tiempo para la tesis es un alivio. Menos tiempo para la vida es un agobio. Le pasa el pitillo a Eloísa.

Eloísa piensa en su día de trabajo, en la campaña que están

montando, en el equipo. Piensa inocentemente en Rafael.

Rafael es el diseñador gráfico que se ha reunido hoy con ella para presentarle algunos carteles y banners que la empresa de Eloísa necesita para una campaña de sensibilización contra el cambio climático. Rafael escucha la opinión de Eloísa, pero toma todas las decisiones. Rafael dice deberíamos bajarle la tonalidad al verde, deberíamos aumentar dos puntos la tipografía, y Eloísa lo mira pensando lo que tú digas, Rafael, hacemos lo que tú digas. Rafael es muy guapo.

Rafael y Eloísa habían salido a fumarse un cigarro, un cigarro que se prolongó durante media hora, media hora de conversación por otro lado de todo punto inocente. Debería dejarlo, le dijo Eloísa. Al lado de mi pueblo hay una bruja que te hace dejarlo, dijo Rafael. ¿Con hipnosis?, dijo Eloísa. Con algo de los chakras, dijo Rafael. Y luego dijo que su pueblo es Novales, que no está en el mar pero está cerca, que es conocido por los limones. ¿Has estado en Cantabria?, le preguntó a Eloísa, y Eloísa respondió mejor vuelvo ya, que hay mucho trabajo.

–¿En qué piensas?

–En nada.

Eloísa le devuelve el cigarro a Marcelo.

–¿En nada?

–Uno de mi trabajo me ha hablado hoy de una señora que te hace dejar de fumar. Está en Cantabria. Al parecer es conocida en la zona y funciona, ¿eh? Es como una bruja, te hace no sé qué movidas con los chakras, pero tú no tienes que creer en los chakras, simplemente funciona. Podíamos probar.

–Y tú te has creído lo de la bruja, claro.

–Que te juro que funciona. Su hermano lo dejó así. Pon en Google «Sarito dejar de fumar». Está cerca de un pueblo que se llama Novales.

–¿Quién de tu trabajo te lo ha contado?

–Nadie. –Da una calada más larga de lo normal y echa el humo despacio–. Uno que no conoces.

Se ve que Sarito te cita en su casa, en Casar de Periedo. Tras un primer día en que realiza los ritos de rigor frente a los incrédulos pero esperanzados fumadores, vuelve a convocarlos un segundo día y les da su último cigarro. Si después de fumárselo siguen con ganas, les da otro cigarro. Y luego otro, y luego otro, y luego otro. Un mentolado. Otro mentolado. Un purito. Así hasta el asco. A veces lo único que se puede hacer para dejarlo es eso: seguir fumando.

Eloísa y Marcelo nunca irán juntos a Casar de Periedo. Dentro de cinco años Marcelo pasará muy cerca camino de Comillas con una novia pija que tiene casa allí, y se acordará de la bruja. Eloísa pasará dentro

de siete años porque una amiga se casará cerca de Santillana del Mar y pensará: de qué me suena a mí Casar de Periedo.

Eloísa y Marcelo nunca irán juntos pero, de algún modo, sí podemos afirmar que prueban el método Sarito en los últimos meses de su relación.

Elo propone comprar billetes de avión carísimos para hacer un viaje a Japón ese verano y Elo dice que sí, y están un rato los dos en el ordenador comparando precios y finalmente optan por Iberia, del 10 al 25 de julio, vuelo directo.

Los padres de Elo vienen a Madrid y los padres de Elo ya viven en Madrid y movidos por una fuerza imparable e incomprensible deciden presentarlos y organizan una cena los seis en un restaurante céntrico que no es ni muy barato ni muy caro, de comida tradicional pero no tosca, con vino, café y postre.

Elo propone pintar el piso, que al fin y al cabo está ya bastante machacado –más que nada por el tabaco, que deja una nube gris en techo y paredes–, y aunque Elo duda y considera primero que no es realmente necesario, Elo termina de inclinar la balanza al decir que podrían aprovechar para pintar alguna pared de un color distinto, darle un aire nuevo a todo, como tener una casa distinta, como empezar de cero. Pintan casi todo de blanco marfil, salvo una franja en el dormitorio que pintan de mostaza emulando el cabecero de la cama. Los operarios lo llenan todo de plástico y polvo. Por más que limpian, polvo, Elo sigue tosiendo y siente que la casa jamás dejará de tener polvo. Elo le dice que en realidad es culpa del tabaco.

Eloísa se compra un picardías por primera vez en su vida, porque intenta de algún modo mejorar la relación pensando en Marcelo.

Marcelo dobla el número de visitas en Pornhub por primera vez en su vida, porque intenta de algún modo mejorar la relación pensando en otra cosa.

A veces la única forma de que el castillo se venga abajo es seguir colocando naipes sobre él.

El problema es cuando el castillo no cae al mismo tiempo para los dos, lo que no es un problema tanto por el desfase temporal como porque revela lo evidente. Si el castillo de Eloísa cae el 4 de julio y el de Marcelo el 3 de octubre es que irremediablemente estaban mirando –estaban construyendo– castillos distintos.

El castillo de Eloísa se viene abajo un día en que se sorprende emocionada al descubrir que Rafael, el diseñador gráfico, no tiene novia, que resulta ser el mismo día en que falla su compañero de trabajo y se sorprende asimismo ruborizada al tener que reunirse a solas con él.

Eloísa no se ha acostado todavía con Rafael cuando le dice a Marcelo:

–Tenemos que dejarlo.

En este punto, dicho queda, Eloísa no se ha acostado todavía con Rafael. Pero lo haría con los ojos cerrados. Y con eso basta.

No hemos llegado aún. No queda nada.

Para dejarlo, Marcelo y Eloísa prueban muchas cosas distintas, acaso no las mismas. Marcelo prueba a encerrarse. Aprovecha que viven en un quinto sin ascensor. Aprovecha que llegan el jueves y el viernes santo. Se pasa cinco días sin salir de casa, concentrado en trabajar y comer más o menos sano, bebe más cerveza de lo habitual pero consigue no fumar.

Eloísa necesita hacerlo todo. Aprovecha que viven en un quinto sin ascensor. Sale a la calle con excusas inverosímiles varias veces y desfoga la ansiedad en el ejercicio de subir y bajar las escaleras. Queda con varios amigos y les cuenta que está dejando de fumar. Medita mientras chupa una gragea. Bebe más vino del habitual.

Para Marcelo los cigarros son premios o conclusiones. Termino este capítulo y me fumo uno. Recojo la cocina y me fumo uno. Hago la transferencia y me fumo uno.

Para Eloísa los cigarros son prólogos o preparaciones. Me fumo uno y bajo la basura. Me fumo uno y llamo por teléfono. Me fumo uno y vamos.

Se ve que tienen modos diferentes de abordar las cosas.

Se ve que no basta con hacer lo mismo, sino que hay que hacerlo por los mismos motivos. El imperativo categórico kantiano, diría Marcelo. Lo que tú digas, diría Eloísa.

Al final del puente le dice a Marcelo que no concibe un café sin un cigarro, y una copa mucho menos. Marcelo se encoge de hombros y dice: vale, si la que quiere dejarlo eres tú. Peregrinan juntos hasta el estanco del Corte Inglés, siempre abierto, y vuelven a casa aliviados, fumándose un cigarro extremadamente placentero después de cuatro días de abstinencia.

Tampoco es que tengan que ir juntos a todas las fiestas, a todos los planes, a todas las gestiones, al fin y al cabo son una pareja joven y moderna, autónoma e independiente, no necesitan estar pegados a todas horas, de modo que de manera no premeditada y sin embargo evidente dejan de ir juntos a las fiestas, a los planes, a las gestiones.

El viernes Eloísa va a una fiesta con los del grupo de teatro de Javi. Se emborracha, fuma, baila y se magrea con todo el mundo,

fundamentalmente con las amigas y con los homosexuales. Coquetea un poco con un actor, incuestionablemente heterosexual (aunque él dirá bi porque suena moderno), piercing en la oreja, pantalones holgados. Cuando se mete en el baño, Javi se cuela con ella.

–¿Qué haces?

–¿Qué pasa? ¿No puedo hablar con la gente?

Claro que puede. Faltaría más. Claro que puede.

El sábado Marcelo ve a los de siempre en el José Alfredo, donde se quedan bebiendo cuando él termina de trabajar. Desde que vive con Eloísa hace noches sueltas: al fin y al cabo ella cobra bien. Beben sin parar y salen a fumar continuamente, y aparte de las bromas habituales, los comentarios de rigor y la puesta al día, Marcelo pasa buena parte de la noche –de la mitad al final– hablando con Lara, una amiga que ha traído Raúl, los labios pintados de rojo, el pelo oscuro, la mirada perfilada con un rabillo negro bajo el flequillo recto. Lara le cuenta que se dedica a la ilustración, hago collage, dice, y Marcelo le cuenta cómo desde siempre –desde hace treinta segundos: qué morro tienes, Marcelo– es una técnica que ha admirado, y Lara lo mira desconfiada pero se ríe, y de pronto están saliendo a fumar un cigarro desacompasados del resto del grupo, porque cuando ellos quieren salir los demás entran y viceversa.

–Carteles, láminas, portadas de libros.

Esas son las cosas que hace Lara.

–Sí, me da para vivir. La vida del autónomo es un caos, pero me funciona.

Marcelo siente un encogimiento en el estómago y reza por que Lara no le pregunte cuánto gana, a qué se dedica *exactamente,* y se esfuerza por seguir hablando de ella. Podíamos ir un día a una exposición, dice Marcelo, que no ha ido a una exposición desde el colegio. Lara levanta la barbilla y lo mira desde arriba.

–¿Pero tú no tenías novia?

Cuando Eloísa vuelve el viernes de su fiesta Marcelo ya está dormido. Habría querido la cama para ella sola, para dar vueltas en su borrachera hasta encontrar la postura.

Cuando Marcelo vuelve el sábado de su plan, Eloísa está en pijama en el sofá viendo una peli.

–¿Qué tal? ¿Quiénes habéis estado?

–Los de siempre.

Y técnicamente Marcelo no miente.

Entonces Marcelo propone tener un hijo. El naipe definitivo. Eloísa responde con los tres dígitos del salario de Marcelo. Marcelo dice que

puede encargarse más de la casa, del niño.

–¿Pero lo dices en serio?

De todas las huidas hacia delante que se le han ocurrido a Marcelo, esta es la mejor y la peor, la más irreversible y de la que más seguro está. Un hijo –qué duda cabe– les daría quehaceres, proyecto y tema de conversación para los próximos diez años.

Eloísa se queda callada y luego repite la misma cifra, digamos 875 en un mes bueno. Marcelo repite que podría cuidarlo. Eloísa piensa en gestar, parir, amamantar y para colmo ser el soporte económico de esa familia imaginaria que se despliega en su cabeza como un delirio.

Discuten mucho. Discuten de dinero. Discuten de los hijos que no tienen –que no tendrán–. Discuten de ellos mismos. Eloísa le dice que cómo pretende tener un hijo si se pasa el día bebiendo en el José Alfredo. Marcelo dice que al José Alfredo va a trabajar, y ahí estalla y eleva la voz y dice que porque él sea un explotado no significa que no trabaje, que de hecho trabaja mucho. Eloísa llora y dice ya lo sé, ya lo sé que trabajas mucho. Pero no soporta tener que encargarse de todo. Lo dice quitándose las gafas para secarse las lágrimas. Marcelo dice pero si te estoy diciendo *precisamente* que me encargaría yo.

Gestar, parir, amamantar.

–No, Marcelo. No te encargarías tú. Y si nos separamos, ¿cómo coño pagarías los gastos del niño?

–Bueno, es que si vas a tener un hijo conmigo pensando en separarte, pues mejor no lo tenemos.

–Pues mejor.

Marcelo ve un partido en el salón. Piensa en Lara. Siente rabia. Una rabia que le empuja a ir hasta Eloísa y decirle podría estar con otra, con otra mejor, con otra más guapa, más creativa, más relajada. Marcelo *quiere* decirle a Eloísa que ha estado ligando con otra, lo desea con todo su corazón y sin embargo sabe que no debe hacerlo. No quiere acostarse con Lara y mentir, acostarse con Lara y ocultarlo. Quiere acostarse con Lara y que lo sepa todo el mundo.

Eloísa está tumbada en la cama, con el portátil encima, haciendo scroll en las redes sociales, en el periódico, en alguna tienda online de ropa multimarca. Eloísa se descubre deseando que Marcelo haga algo mal. Que Marcelo sea un hijo de puta. Poder ir a Javi llorando y decirle: lo dejo porque es un hijo de puta. Eloísa se sorprende deseando que Marcelo se acueste con otra, que le dé un motivo tangible para dejarlo, para lanzarle un jarrón a la cabeza, para enfadarse con él –como está enfadada ahora–, un motivo que todo el mundo comprenda. Es difícil legitimar los motivos propios.

Marcelo en el salón, Eloísa en la cama, andan deseando lo mismo.

–Tenemos que dejarlo –dice Eloísa mientras Marcelo se enciende un cigarrillo.

Él la mira y lo apaga en el cenicero, sobre la repisa de la ventana.

–Tienes razón. De verdad tienes razón. Vamos a intentarlo juntos, pero en serio.

Eloísa siente que llevan cuatro años intentándolo en serio y que no son capaces, no pueden dejarlo, cómo se deja el hábito fundacional de una relación: se conocieron fumando.

–No, Marcelo –Eloísa mira para abajo, coge un cigarro ya liado de la pitillera de Marcelo, se lo enciende–; no digo el tabaco. Tenemos que dejarlo.

Marcelo la mira y le pregunta que qué coño pasa, y Eloísa le dice que precisamente no pasa nada. Marcelo, entonces sí, se enciende un cigarro y da una calada larga.

–¿Es por el tío de tu curro?

–No.

–Si es por el tío de tu curro me lo dices y la conversación va a ser más fácil y más corta. ¿Te lo quieres follar?

–El problema no es si yo me lo quiero follar a él o no, el problema es si tú quieres follar conmigo.

Entonces Marcelo dice (otra vez) que está agobiado y vuelve a poner sobre la mesa el plazo de entrega de su tesis doctoral, y Eloísa dice con dolor y con sorna que no quiere que su vida sexual dependa del rectorado de la facultad de Filosofía, y la discusión sube de tono y pierde la forma hasta que Marcelo se rompe, se acerca a ella, la besa. Ella le dice que pare. Él para. Entonces le dice que la quiere. Ella responde que necesita pensar. Mete cinco bragas, tres camisetas y cuatro pares de calcetines en una mochila grande, junto con el portátil, el cargador y un neceser.

–Necesito pensar y contigo al lado no puedo. No puedo pensar en ti si estás aquí.

–¿Adónde vas?

–A casa de Javi.

Marcelo se queda solo y se fuma el último cigarro de su vida. Decide con una determinación desconocida en él que realmente tiene que dejarlo, que será otro –alguien mejor– para Eloísa.

En los días en que están separados Eloísa habla con todos sus amigos, se deja cocinar, llama a un psicólogo que le pasa su amiga Ángela, llama a

su madre. Una tarde le dice a Javi la que es la frase de defunción de cualquier pareja: cuando estamos bien estamos muy bien. Claro que ella aún no sabía que esa es la frase de defunción de cualquier pareja.

En los días en que están separados Marcelo no habla con nadie, o habla con el menor número de personas posible. Pablo, que está al corriente de la situación porque tiene a Eloísa durmiendo en su casa, pero que al fin y al cabo es su amigo y excompañero de piso, le escribe: cómo estás? Quieres hablar? Él solo responde: bien.

Su amigo Antón lo invita a su boda –dentro de nueve meses– y él confirma su asistencia.

Vienes con Eloísa, no?

Sí, sí. Cuenta con los dos.

Los días en que están separados no son tantos, pero parecen eternos.

Ella le dice atribulada a Javi que Elo nunca propone nada y que nunca se le ocurren viajes y que está hasta aquí –hasta-quí– de su maldita tesis doctoral, aunque lo que en realidad quiere expresar, lo que expresaría si tuviera la serenidad y la lucidez en este momento, es que el muy solícito –acaso solícito pueda ser un insulto– se entregaba en prometerle todo lo que ella quisiera, cuando lo complicado no es obtenerlo: es identificar lo que uno quiere. Es una treta astuta –hacer que la parte fácil parezca la complicada– y el propio Marcelo no es muy consciente de ella.

Él, por su parte, acaba contando a Pablo que siempre hay que hacer lo que Elo quiere, que todo tiene que ser como ella dice, que claro es muy fácil cuando una gana más de dos mil euros al mes andar pensando en viajes a Japón, aunque lo que en realidad quiere expresar, lo que expresaría si tuviera la sutileza y la claridad en este momento, es que la muy insaciable –insaciable por supuesto puede ser un insulto– no tiene suficiente con nada, porque qué más, qué más puede querer aparte de que la quieran lo que más, de que lo den todo por ella.

–¿Entonces lo habéis dejado?

–Sí.

–¿Entonces lo habéis dejado?

–Más o menos. No es definitivo.

Ya dijimos que los castillos nunca caen a la vez.

Los días en que están separados terminan porque Marcelo escribe a Eloísa: quedemos, tenemos que hablar, tengo cosas que decirte. A Eloísa le sorprende, pero ya es tarde. No importa cuántas iniciativas pudiera tomar ahora Marcelo: ya es tarde. Quedan en un bar del centro. Marcelo para recuperarla. Eloísa para dejarlo definitivamente. Él ya no fuma más. Ella está fumando más que nunca.

Marcelo quiere besarla en los labios y Eloísa pone la mejilla. Piden dos cervezas. Una distancia entre ellos, unos centímetros que antes no existían como si los separase una regla invisible. De la conversación solo recordarán las tres o cuatro frases claves que les contarán a los amigos.

–Nunca cedes en nada –dice Marcelo.

–Pero cómo voy a ceder si tú no te encargas de nada –dice Eloísa.

–Pero si hago todo lo que tú quieres.

–Pues ese es el problema.

Eloísa querría no pensar todo el rato qué es lo que quiere. Está cansada de identificar su deseo. Eloísa quiere hacer lo que diga otro. Marcelo no entiende qué puede haber fallado. ¿No era aquella la frase, tus deseos son órdenes para mí? Quizá sea necesario aquí hacer un alto, recordar que el relato tradicional lo ha contado mal, que no son ellas generalmente las románticas –ellas jamás pierden de vista la logística; Eloísa, en cualquier caso, no lo hace–, que son ellos los que creen en realidad que todo puede solucionarse con amor –Marcelo, por lo menos, lo piensa firmemente–. En realidad, no podemos sorprendernos. Tendríamos que haberlo visto desde el principio. Eloísa trabaja en una empresa ecológica, su visión del mundo pasa por la práctica. Marcelo, bueno. Marcelo es doctorando en Filosofía. Ellos también podrían haberlo visto.

Eloísa dice estoy cansada de decidirlo todo, y Marcelo dice lo decides todo porque todo lo hacemos como tú quieres.

–Y qué quieres tú.

–Yo te quiero a ti.

–Pero quererme a mí no es querer algo.

Y entonces ya sí, ya llegamos: él le reprocha a ella que no sea más cariñosa. Ella le reprocha a él que no sea más realista.

Pierden los dos mil quinientos euros de los billetes a Japón y la pintura está como quien dice fresca cuando Eloísa sale por la puerta con dos maletas y una mochila más.

Los padres de ella dicen: lo que tú decidas está bien, hija, y también: no te preocupes por el dinero, y también: si necesitas algo nos lo dices. Lo que piensan, en realidad, es: vaya follón; una que ya estaba encarrilada, y ahora esto.

Los padres de él dicen: vamos y te ayudamos con la mudanza, y también: ¿es definitivo?, y también: pero ¿qué ha pasado? En realidad piensan: por un lado mal, porque el chico ya sentaba la cabeza. Por otro lado, ella nunca nos terminó de caer bien.

El naipe que derriba el castillo de Marcelo y se le clava afilada y dolorosamente ocurre el 3 de octubre, cuando su amigo Antón tiene un accidente de moto y es trasladado de urgencia hasta el Hospital General de Segovia, donde aguanta con vida todavía unas horas.

Durante los siguientes diez días Marcelo espera, primero, una llamada de Eloísa. A partir del quinto día, decide que se conformaría con un mensaje. El día que incineran a su amigo Antón recibe finalmente un mensaje de Eloísa que dice: lo siento mucho, te mando un abrazo grande, y es con ese abrazo grande cuando su castillo se desploma. No hay nada peor que pasar de la intimidad al protocolo.

Marcelo está triste pensando en todas las cosas que pasaron y que ya no son, en que Eloísa conoció a su abuela, en que su abuela se murió pensando que Eloísa era su novia, en Eloísa en biquini en las Hoces del Duratón, en Eloísa diciéndole que lo quiere, en la casa que de algún modo era agradable gracias a Eloísa, en todas las cosas que han sido y que ya no son porque Eloísa ya no es su novia.

Eloísa está triste porque piensa en las cosas que nunca fueron y que ya no van a ser, en Marcelo doctorándose al fin y ella que tanto ha oído hablar de su tesis no estará ahí, en los billetes comprados para el viaje a Japón que sin duda no usarán, en el cabecero de la cama que le gustaba pero que ya no le gusta porque era para los dos, en una vida futura que ya no será.

Marcelo modificará el pasado, lo hará más amargo y subrayará lo ingrato –Eloísa enfadada, Eloísa con aliento a alcohol, Eloísa intransigente– para ahuyentar su tristeza.

Eloísa modificará el futuro, lo hará lo más diferente posible –cambiará de casa, viajará a otro sitio, aprenderá otro idioma– para ahuyentar la suya.

Hay cosas que tendrán que hacer los dos: cerrar la cuenta común del banco, vender o repartir los muebles, contárselo a los amigos, contarlo en el trabajo, rescindir el contrato de alquiler.

Hay cosas que quedan por inercia, por pereza, por tristeza: la cuenta compartida de Spotify, la suscripción a Disfruta & Verdura que hizo Marcelo desde el correo electrónico de Eloísa.

Eloísa adelgaza cinco kilos, encuentra un piso pequeño en Delicias que puede pagar cómodamente, sigue fumando, fuma más que nunca: su Golden Virginia de siempre prendido con el zippo plateado que perteneció a su abuelo Juan. Con Rafa se acuesta dos o tres veces y ahí queda la cosa –Marcelo, convencido de que Eloísa *lo dejó por Rafa;*

Eloísa convencida de que lo habría dejado por cualquiera, por nadie–, pasa una época de salir mucho, ligar mucho, ir siempre a casa de ellos para no tener que echar a nadie, para no tener que cambiar las sábanas, para poder estar sola –quizá sí eres un poco fría, Eloísa–.

Luego pasa una época de aburrirse, una época de desasosiego, de que no le guste nadie, se centra en el trabajo y viaja con amigos, y Eloísa tiene eso, en un punto ella está bien –pero no, todos estamos mal, diría ella–, pero objetivamente ella en un punto está bien, tiene sus amigos, su trabajo, y acaso sí sea realmente difícil entrar en esa vida tan organizada. En su hastío, un día se abre Tinder. Mujer heterosexual, 34 años, y una canción de Radiohead («Fake Plastic Trees»); el quinto hombre que le sale en la pantalla es Marcelo, suelta el móvil como si quemase y borra la aplicación. Es entonces cuando empieza a ver con asiduidad a un chico –Guille–, al que conoce en una fiesta en un piso en La Latina. Guille trabaja como asesor para la secretaria de Estado de Energía, está por explicar que se trata de un puesto dentro del Ministerio para la Transición Ecológica, pero eso Eloísa ya lo sabe. Le brillan los ojos cuando se lo dice: ya lo sé, yo trabajo en temas de transición ecológica.

Marcelo deposita su tesis y obtiene matrícula de honor y un contrato de profesor ayudante, y parece difícil no hacer una asociación directa, no pensar que necesitaba huir de la presión de Eloísa para relajarse y terminar su investigación. Deja de fumar y empieza a correr por Madrid Río por las tardes, se echa una novia –Laura– a la que le saca diez años, y es fácil con ella la ilusión del noviazgo sin un compromiso real: al fin y al cabo Laura sigue en la carrera. Pero, por supuesto, es muy madura para su edad. Dos años más tarde lo dejan y Marcelo se descarga Tinder por primera vez. Hombre heterosexual, 35 años, Phd Filosofía y un emoticono de un unicornio, que no termina de comprender por qué ha puesto, pero que lo pone: acaso porque siente que se integra así en la red social.

Marcelo está en la línea 6 de camino de una de sus clases en la Complutense cuando recibe en formato digital, vía WhatsApp, la invitación a la boda de Pablo y Javi. La ceremonia civil será en la Casa del Reloj, en la junta municipal de Arganzuela.

Eloísa está saliendo de la ducha cuando recibe en formato digital, vía WhatsApp, la invitación a la boda de Pablo y Javi. La celebración será en un restaurante cercano al Matadero.

Marcelo +1.

Eloísa +1.

Marcelo no está viendo a nadie en serio, la boda es dentro de seis

meses, y dentro de cinco le preguntará a la chica a la que está viendo –¿Beatriz? ¿Belén? Algo con B– que si le acompaña. Marcelo se presenta, pues, en la boda, con americana y sin corbata, y con un ligue –vestido azul, tacones– del brazo.

Eloísa sí está viendo a alguien, y seguirá viéndolo dentro de seis meses, y de seis más, y aunque ya intuye que será –que *está siendo*– algo serio, prefiere ir a la boda de Pablo y Javi sin compañía. Se presenta en la Casa del Reloj el sábado 6 de marzo a las doce en punto con su melena corta semirrecogida, una americana de terciopelo verde, los labios color frambuesa y dos folios doblados en el bolsillo.

Es Eloísa la que se acerca a saludar a Marcelo, porque él está más cómodo dejando que la situación se desarrolle sola, pero ella prefiere romper el hielo cuanto antes. Le da dos besos. Qué tal, cómo estás. Entonces la mira a ella. Lo vuelve a mirar a él.

–Ah, sí –dice Marcelo.

Y entonces presenta a ¿Blanca? ¿Bárbara? –Brenda, Marcelo, se llamaba Brenda–. Eloísa le da dos besos, intenta que no se note que la mira de arriba abajo y le calcula la edad mentalmente. Sin embargo, hoy la observada es ella.

Apenas vuelven a hablar en todo el día, siempre que lo hacen es dentro de grupos grandes de amigos comunes. Pablo y Javi, los protagonistas del día, los testigos incómodos de lo que fue. Son los únicos que los siguen llamando Elo y Elo. Eloísa observa de reojo la actitud de Marcelo con ¿Begoña? ¿Belinda? Marcelo mira a Eloísa, como la miran el resto de invitados, mientras lee las palabras que los novios le han pedido para la ocasión. Todos callan y Eloísa lee.

Marcelo se siente excluido, como si no pudiera ya formar parte plenamente de los lugares en que Eloísa es la protagonista. También se siente mal, la escucha hablar y piensa que sí puede ser cariñosa, solo que con él nunca lo fue del todo. Eloísa se siente poderosa, como si los lugares en los que ella es la protagonista ya no pudieran ser nunca territorio pleno de Marcelo.

En el punto álgido de la fiesta, algo achispada, Eloísa se acerca a Marcelo y le dice que por qué no salen a fumar. Eloísa, que se achispa y se pone sensible y se entrega a la ilusión de ser superamiga de su exnovio. Él responde parcamente que ya no fuma. ¿Te acuerdas, Eloísa? Íbamos a dejarlo. Así se lo dice. Como un reproche tardío: yo cumplí con lo que dijimos, tú no. Ella no le vuelve a hablar.

Cuando la fiesta va muriendo Marcelo se deja besar por ¿Bibiana? ¿Brenda? –eso era: Brenda–, que tiene el regusto amargo del gintonic, mientras Eloísa baila *Suavemente* con dos medio amigas, y en este punto parece irremediable pensar que la historia que tendríamos que haber contado es la de Pablo y Javi, besándose felices, diciéndose sí quiero, y

acaso aquella noche elegimos mal, aquella noche a las once y media pasadas en la calle Valencia, pero también Marcelo y Eloísa eligieron mal, y de eso no se nos puede culpar solo a nosotros.

Eloísa se enciende el cigarrillo, tumbada en la cama, con el ordenador sobre la tripa, y hace scroll en la pantalla mecánicamente: ya no se necesita sangre, la ex de tu ex ha tenido un hijo, un tipo con el que te acostaste hace seis veranos saca nuevo disco, se ha perdido un gatito, te invitan a la presentación de un libro, alguien que no conoces vende una mecedora, la chica que se acuesta con el chico que te gusta se te sugiere como amiga, tienes un recuerdo de 2016 –una foto con tu amiga María en el espejo de un baño, ya no recuerdas cuál: no es un recuerdo–, algunos de tus amigos quedaron ayer, un compañero de la secundaria ha ido a un festival de música, una compañera de la secundaria se casó, encontraron al gatito, se vuelve a necesitar sangre, alguien comentó en el muro de un tipo que te cae mal mencionando a una chica que conociste en el Erasmus, Opticalia ofrece dos pares de gafas a 9,95 al mes durante un año, el hijo de la ex de tu ex se llama Mauro, el disco del tipo con el que te estuviste acostando aquel verano se llama *Salvaje,* la mecedora se vende a 25 euros, la chica que se acuesta con el chico que te gusta tiene como foto de perfil sus labios pintados de rojo en primer plano, el recuerdo de 2016 no lo recuerdas, el bar en el que tus amigos quedaron ayer es el Canuto, no se llama así pero lo llamáis así, eso Facebook no lo sabe.

Eloísa parpadea, hastiada por el monólogo de Facebook. Espera un mensaje. El mensaje del chico que le gusta. El chico le da un poco igual, pero quiere su mensaje. Se frota los ojos, saturada por la información. Tengo que dejar Facebook, piensa.

Siempre está bien tener un vicio, para tener la ilusión de poder dejarlo.

Pero cómo vivir sin saber que ya no se necesita sangre –gracias a los que se acercaron a donar–, que la ex de tu ex ha tenido un hijo –¡bienvenido a nuestras vidas, Mauro!–, que el tipo con el que te acostaste saca disco –ya en Spotify–, que se perdió un gatito –responde al nombre de Gala y es gris–. El banner de Opticalia vuelve a aparecer, dos monturas, los segundos cristales salen gratis, solo por 9,95 durante un año.

Eloísa empuja con el dedo sus gafas nariz arriba. Toca la esquina derecha de la montura. El tornillo aquel cayó, el enganche se partió y lleva un par de meses con un celofán negro que sujeta la patilla y por el que su madre le regaña cada vez que va a comer a su casa –desde luego, podías buscar un chico que te organizara un poco; como Marcelo,

Marcelo te organizaba–. Entra en la web del banco. Rastrea sus gastos. Vuelve a Facebook y pincha en el banner. 9,95 al mes. Exactamente lo que cuesta Spotify. Si dejo Spotify, piensa, me puedo comprar las gafas.

No es que Eloísa necesite dejar Spotify para comprarse unas gafas. Ya hemos dicho que cobra más de dos mil euros al mes. Lo que necesita es una excusa. Spotify es ya lo único que la sigue uniendo a Marcelo. Él quiso cerrarlo todo: la cuenta común del banco, la cuenta de Filmin, los grupos de WhatsApp comunes, todo. Ella quiso dejarlo y entonces él quiso dejarla a ella para siempre, dejarla a ella del todo, vaciar el último cajón y el último estante para que Eloísa viera y palpase su vacío, el vacío que él dejaba, y una noche algo achispada y a pesar de los intentos de disuasión de los amigos, Eloísa lo llamaría y le diría no lo soporto, no soporto mis cajones sin tus calzoncillos, vuelve.

Eloísa jamás llamó, pero tampoco cerró la cuenta de Spotify, en una ilusión de que Marcelo y ella seguían siendo amigos, colegas al menos, cordiales como mínimo. Algo.

Pincha en el banner. Ve unas gafas redondas con montura de carey y patillas doradas. Apaga el cigarro y abre Spotify.

Marcelo corre por la ribera del río a última hora de la tarde, los cascos puestos, las zapatillas nuevas. Ha sustituido el tabaco por cuarenta minutos de carrera y música. Le sienta mejor. Está satisfecho. Corre por la ribera del río cuando de repente la música para en seco, y entonces para en seco él y mira el móvil. Spotify le informa: su cuenta ha sido cancelada. Resopla. Podías avisar, al menos, maja. Podías avisar y yo podía haber migrado mis listas antes de que se borrara todo. Y es cierto, Eloísa, qué duda cabe: podías haberle avisado. No lo hiciste.

Fue a partir de entonces cuando Marcelo eludió sistemáticamente cualquier plan en el que sabía que iba a estar Eloísa, así hasta que naturalmente el entorno social se reorganizó y dejaron, definitivamente, de coincidir. Él borró todas sus redes sociales. Ella solo mantuvo la del trabajo.

Madrid es un pueblo grande y a veces se confabula para que coincidamos con la misma persona en varios sitios, el metro, el teatro, el supermercado, y así se va haciendo una amistad. Por eso, porque es un pueblo grande, resulta increíble cómo dos personas que han estado frecuentando los mismos lugares, de un modo orgánico y no premeditado, no vuelven a verse nunca más. Instintivamente, uno deja de frecuentar los lugares comunes, los lugares que eran los preferidos del otro, y en una coreografía no organizada se cambian los barrios, los

bares, las costumbres, hasta que el territorio es de nuevo neutral. Y, al mismo tiempo, los territorios neutrales están tan llenos de gente que qué posibilidades hay de verse en mitad de la puerta del Sol o de la plaza del Dos de Mayo.

Nunca hemos vuelto a vernos, dirá en alguna ocasión Eloísa.

Mejor así, referirá en alguna ocasión Marcelo.

Cabe señalar que para encontrarse no solo hay que verse: hay que verse a la vez.

El gesto es simple: ella alarga su brazo, horizontal dentro de la cazadora vaquera, y ofrece su zippo encendido sin soltarlo. Marcelo ve la escena a escasos metros y tiene que hacer un esfuerzo para darse cuenta de que el tipo que se agacha hacia la llama y hace pantalla con la mano no es él. La cazadora, el brazo extendido, el zippo plateado. Siente una revelación poética, quizá estúpida, sin duda certera: así es Eloísa, piensa. Te ofrece la llama pero no suelta el mechero. Está rodeada de gente a la puerta de un bar bastante más pijo que el de hace siete años, un bar por Alonso Martínez, y él ve el gesto y la ve a ella aunque no quiera, del mismo modo que no podemos no leer algo cuando lo tenemos delante o no reconocer una melodía que ya nos sabemos de memoria. Marcelo va caminando hacia Tribunal con una cita Tinder y de repente se para. La chica sigue su mirada y llega hasta Eloísa. Lo vuelve a mirar a él.

–¿Quieres saludar?

Está igual. Es escalofriante, pero está igual. La misma melena corta, el mismo gesto de la mano, igual que el día que la conoció. Sigue fumando, y por lo que a Marcelo respecta es como si nunca lo hubiera dejado: de hecho no sabe si realmente llegó a dejarlo en algún momento. ¿Quiere saludar? La mira y siente que es exactamente la misma que hace siete años y tres minutos, cuando él no la conocía de nada, una completa desconocida fumando en la puerta de un bar un viernes a las doce menos cuarto en la calle Lagasca. Tampoco conoce a ninguno de los amigos con los que está. No la odia, pero no tiene nada que decirle. Le parece lo más natural haber vuelto al estado original: el de ser dos perfectos desconocidos.

–No, qué va.

Marcelo pasa de largo sin mirar al grupo y es entonces cuando Eloísa lo ve pasar sin mirarla, y fija su mirada en él, más allá de su grupo de amigos. Lo ve mucho más guapo, mejor vestido que el día que lo conoció. Chupa de cuero negra, pantalones oscuros. Está más delgado y lleva la barba más aseada. Eloísa juega con el zippo plateado, dentro de su mano, dentro del bolsillo de su cazadora. Mira a la chica que lo acompaña y, en un acto de vanidad, piensa: si supieras todo lo que tienes que agradecerme. Siente que no lo conoce. No es, sin duda, el

chico que conoció hace siete años y cuatro minutos, la chulería, la sudadera. No es aquel y no tiene ni idea de quién es ahora.

–Se te ha apagado.

–¿Qué? Ah, sí.

Eloísa mira el cigarro apagado entre sus dedos. Se lo pone en la boca. Sigue mirando de reojo a ese que no es Marcelo, a ese tío que ya no fuma y que le pasa el brazo por el hombro a una mujer que sin duda no es ella. Saca el zippo del bolsillo y enciende el pitillo de nuevo mientras Marcelo se aleja. Mira el cigarro con amor, con rabia. Nunca quiso dejarlo, en realidad. Le sigue gustando acordarse del abuelo Juan y tocarle las narices a su madre.

QUÉ BIEN QUE EXISTE LEONOR

Pablo es el exnovio de mi novia, Patricia, y yo, como buen novio nuevo, odié a Pablo hasta que más o menos dejé de odiarlo, aunque nunca he dejado de odiarlo del todo. Primero lo odié con razón, o más bien con fundamento, un fundamento no exento de toda la irracionalidad que caracteriza a los celos. Luego lo odié menos. Y luego lo odié como por inercia, porque no sé actuar hacia el exnovio de mi pareja de otro modo. Por supuesto, al final del proceso, fingí que lo odiaba por ella.

Pati decía es que Pablo no me entendía cuando yo quería estudiar interpretación, y yo decía por supuesto, qué poco comprensivo era Pablo, has de perseguir tus sueños, amor mío. Ella también decía es que Pablo siempre tiene que elegir el sitio y el lugar en el que quedar y todo hay que hacerlo a su modo, a lo que yo decía indudablemente Pablo es muy inflexible. Ella argumentaba incluso que Pablo era invasivo, pesado, egoísta y poco consecuente, y yo decía cómo no ha de serlo, mi amor, si te dejó marchar.

En ese odiar a Pablo nos entendíamos, aunque ellos quedaban de tanto en tanto a tomar un café. Cuando Pati volvía sosteníamos una breve conversación en la que yo decía qué tal fue y ella decía bien, Pablo, ya sabes, y yo decía ¿pero todo bien?, y ella sí, aunque se empeñó en tal y en cual, yo creo que sigue dolido. Yo entonces lo defendía, tienes que comprenderlo, mi amor, normal que esté dolido, y en esa defensa del vil exnovio me sentía la mejor persona del mundo, un modelo, el hombre bueno cuyo ejemplo las futuras generaciones habrían de seguir.

Entonces llegó Leonor.

Pablo dejó de estar dolido y Pati y él comenzaron a llevarse verdaderamente bien. Yo me cercioré de que no se llevaban *demasiado* bien –los adverbios son de suma importancia– y Pati me confirmó que no, me dijo no, tontito, ¡si justamente ahora tiene novia! Lo dijo mientras se quitaba la camisa y el sujetador para ponerse el pijama, y ahí yo me quedé mirando los pezones perfectos de Pati y me olvidé de Pablo.

Apenas tres semanas después de saber que Pablo era feliz con su nueva novia y siendo yo feliz con su antigua novia, se me convidó a una cena moderna de a cuatro, una cita doble en la que todos nos comportaríamos como los adultos actuales y abiertos de mente que por supuesto somos. Lo cierto es que no puedo negar que la existencia de

Leonor lo aligeraba todo. Un trío habría sido raro, pero esta nueva situación era sencilla. Dos parejas que salen a cenar. Por qué no.

Pati se pintó mucho los ojos, se puso un jersey holgado y lila y me dijo han reservado ellos, creo que vamos a un peruano, y yo dije muy bien mientras estiraba mi camisa de cuadros frente al espejo del dormitorio, un planchado manual de última hora, y le dije que tampoco podía trasnochar mucho porque al día siguiente mandaba un libro a imprenta y ella dijo bueno, tampoco es que vayas a operar a corazón abierto, y yo ya no dije mucho más y llegué a la cita doble como si fuera a cenar con su primo o con su hermano o con su compañero de la carrera, aunque lo cierto es que un bajo continuo en mi cabeza –como el sonido de la lavadora, del aire acondicionado, de la caldera en marcha– se colaba para recordarme que al fin y al cabo era su novio. Entonces yo le respondía a ese bajo continuo que era su ex, con mayúsculas, su EX, que significa «que fue y ha dejado de serlo», viene del latín, informaba pedagógicamente. Entonces el sonido impertinente me decía sí, sin duda, pero con él se fue a Sifnos de vacaciones y vete tú a saber qué cosas le haría que tú no le haces, qué cosas le diría que tú no le dices, y yo carraspeé y paré en seco la lavadora a mitad de programa y los vi saludar con la mano en la puerta del restaurante y pensé qué bien que existe Leonor. Ambos como una pareja que espera a otra pareja a la puerta de un restaurante, Leonor que hace que Pablo ya no esté asociado con Pati, Leonor que viene a posibilitar esta cena moderna en la que yo no tengo que hacer nada, según la propia Pati, nada, tontito, tú déjate llevar, que las cosas fluyan. El único problema es que yo no sé hacer que nada fluya, eso Pati lo sabe, pero no le importó.

Saludé a Pablo con un apretón de manos y una sonrisa contenida y mientras saludaba a Leonor con dos besos miré de refilón el saludo de Pablo y Patricia, y me dije eres tonto, eres claramente tonto, ni que se fueran a comer la boca allí mismo, si lo hicieran ya quedarían a escondidas, Patricia es más lista que eso. Y luego me dije pero por dios, no quedan a escondidas a hacer nada, Patricia también es más buena que eso, y además el tipo siempre dejaba los platos sin enjuagar fuera del fregadero y pensé con fatalidad en que tengo que empezar yo mismo a enjuagar los platos más a menudo.

Pedimos cuatro pisco sours y cada uno eligió un entrante para compartir al centro, yo escogí el ceviche y los demás no recuerdo qué eligieron, estaba demasiado concentrado en ser espontáneo como para andar fijándome en qué íbamos a cenar.

Al acabar los entrantes Pablo me dijo así que eres editor, y yo me lo tomé como una amenaza, editor y no ingeniero, pensé, editor y no multimillonario, y antes de que yo pudiera responder nada Leonor dijo ¡editor, qué interesante!, y yo pensé qué bien que existe Leonor.

Terminando el segundo plato Pablo le dijo a Patricia ay, sí, qué divertido fue Grecia, yo me encogí de hombros y dije que nunca había ido y Leonor dijo yo tampoco, y miró a Pablo y le dijo tenemos que ir juntos, y yo suspiré y pensé qué bien que existe Leonor.

Estuvo bien que existiera Leonor cuando Pati hizo alusión al piso abuhardillado que compartía con Pablo, y Leonor dijo que odiaba las buhardillas. Estuvo bien que existiera Leonor cuando el camarero dijo mirándonos a Pati y a mí a ver, pareja, porque Leonor dejaba claro que nosotros éramos una pareja (de este lado de la mesa) y ellos otra muy distinta (del otro lado de la mesa). Estuvo realmente bien que existiera Leonor cuando Pablo dijo que si tomábamos otra y ella dijo que estaba cansada, que mejor lo dejábamos ahí, que ya habría ocasión para repetir. Yo aproveché y dije que sí, que yo mañana tenía que enviar a imprenta un libro de Simon Critchley y andaba apurado, y entonces volvimos a hacer esa coreografía de los besos cruzados para despedirnos. Mientras Pati y Pablo se abrazaban Leonor me dio dos besos y me dijo ¿Critchley? Me encantó su libro *En qué pensamos cuando pensamos en fútbol,* y entonces yo, por primera vez en toda la noche, miré verdaderamente a Leonor. Tenía el pelo lacio y castaño, un jersey negro de cuello vuelto y unos aritos dorados en las orejas. Sonreía normal, ni mucho ni poco. Conocía, al parecer, a Simon Critchley. Le dije que este libro trataba sobre la tragedia griega y ella dijo qué interesante y yo dije ¿te interesa en serio? y ella dijo claro, y la invité a la presentación del libro que, si todo iba bien, sería al cabo de un mes en la Fundación Telefónica.

Al meterme en la cama aquella noche suspiré aliviado. Sentí que ya no tenía por qué volver a ver a Pablo, que había superado el escollo, me giré y abracé por la espalda al pijama suave de Pati, y cerré los ojos aliviado pensando qué bien que vino Leonor.

Qué bien que vino Leonor: apareció casi idéntica. Con un jersey de cuello vuelto gris, los aritos dorados, el pelo liso y suelto. Estaba esperando respetuosamente en una esquina a que yo terminase de saludar y despedirme, de presentar al autor a algunas personas, de agradecer al personal de la Fundación Telefónica. Solo quería darte las gracias por la invitación, me dijo. ¿Te interesó?, le dije. Mucho, le había interesado mucho. Le presenté brevemente a Critchley, que volvió a su hotel porque cogía un avión temprano al día siguiente, y la invité a unirse a unas cervezas con el resto de la editorial, más por compromiso que por confianza, convencido de que diría que no. Seguramente Pablo la esperaba en casa con los platos sin enjuagar en el fregadero, pero cocinando algo thai o vietnamita, porque Pablo era un desastre pero

cocinaba muy bien. Leonor, sin embargo, dijo vale.

Fuimos caminando a La Realidad, pedimos una cerveza en la barra y comentamos un poco la jugada. Leonor sabía mucho de literatura y estaba muy integrada, habló con Rubén y con Bea, intervino sin invadir, me sonreía del otro lado de las cervezas y no sé en qué momento me descubrí pensando que si Pati estuviera aquí sería un poco invasiva, un poco protagonista cuando no le tocaba, un poco criticona. Inteligente y divertida, sí. Pero un poco demasiado. Me dio tanta culpa la comparación que me pedí otra cerveza, pero justo Rubén dijo que se iba. Miré a mi alrededor y Leonor dijo yo me tomo otra, si queréis, y entonces Bea dijo yo también, y suspiré aliviado y pensé qué bien que existe Beatriz.

No fue otra cerveza, fueron otras varias y en torno a la una de la madrugada recibí un whatsapp de Pati, ¿no vuelves todavía?, y yo respondí brevemente estamos tomando algo, y que tras esa primera persona del plural hubiera tres personas me alivió tanto que me sentí culpable del alivio, y luego Beatriz le preguntó a Leonor que qué iba a hacer en Semana Santa. Ella dijo no lo sé, igual me voy a casa de unos amigos, igual me quedo sola en casa, y entonces reparé en que Leonor llevaba toda la noche comportándose como una persona soltera. Si no hubiera sabido que tenía novio, habría asumido que no lo tenía. Ni una mención a su pareja en toda la velada. Una taxativa primera persona del singular en todos sus comentarios. Una disponibilidad tranquila, propia de las personas que no tienen compromiso alguno, ni ansiedad por tenerlo. Un martes a la una de la madrugada en un bar. Cuando Beatriz se marchó y me quedé solo con Leonor pensé en preguntarle por Pablo. Estaría bien que existiese Pablo.

Quizá quería ir a otro sitio, le dije, pasarnos al gintonic, Pati siempre quería gintonics con pétalos de rosa y bayas de enhebro y yo conocía un sitio cerca. Leonor respondió yo con una Mahou estoy bien, mientras despegaba la etiqueta del botellín –¿estaba nerviosa?–, y yo sentí que todo era deliciosamente sencillo con Leonor. Pati me escribió, me voy ya a la cama, y yo le dije a Leonor que qué tal andaba Pablo y ella se rio y me dijo que no sabía, que tampoco habían andado nunca en serio, y que lo dejaron después de la noche en el peruano. ¿Por qué?, pregunté desconcertado. El ceviche estaba rico, la conversación fue fluida. Ella volvió a reírse. Porque la había llevado a la cena para darle en la cara a Patricia, me dijo. Y Leonor era muchas cosas –lo dijo así: yo puedo ser muchas cosas–, pero un arma arrojadiza, no. Un arma arrojadiza, en ningún caso. Y volvió a sonreír con esa sonrisa que ni sí ni no, y se retiró el pelo detrás de la oreja derecha y le brilló el pendiente dorado, y qué sencilla y qué inteligente y qué guapa, por qué no decirlo, qué guapa, y según apagaba el móvil y pedía las dos últimas, apoyado en la

barra mientras ella pasaba al aseo, pensaba qué horror, qué fatal, qué desastre, qué coyuntura inapropiada, qué mal. Qué mal que existe Leonor.

Dolores Castillo, setenta y tres años, viuda, natural de Plasencia (provincia de Cáceres), en Madrid desde hace cincuenta y cinco años; una casa en la calle Infanta Mercedes con un balcón de toldo verde y un salón amplio; una cadenita que fue de su madre; un gesto de pasarse el pelo por detrás de la oreja, un gesto innecesario, porque su melena corta y cana siempre está por detrás de su oreja, pero hace el gesto igual; tres hijos (dos mujeres y un varón); tres nietos, la gente ahora tiene menos hijos que antes y la del medio no quiso o no pudo, estas cosas nunca terminan por saberse del todo; un yerno y una nuera (la mayor está separada); cada domingo la paella de la abuela Lola, de Dolores Castillo, que se levanta temprano para ir al mercado, para ordenar la casa vacía, las fotos de las bodas de los hijos en el aparador de la entrada (menos la boda de la mayor), las fotos de los nietos recién nacidos, del abuelo cogiendo a la primera nieta, casi todas en marcos de plata, menos la de su propia boda, que tiene un marco de madera marrón lacada, está en color sepia, ellos iban de negro, están serios, no miran a cámara.

¿Por qué te casaste de negro, abuela? Y la abuela, Lola, Dolores, clava la mirada en el reloj de pared del salón –piensa en su tema, tiene que decirlo antes de que se vayan, porque en cuanto terminan de comer se van como si quemara la silla, tiene que encontrar el modo de sacar el tema antes– y ¡abuela!, que por qué te casaste de negro, insiste Violeta, la nieta mayor, haciendo scroll en Instagram, viendo vestidos de novia, vestidos modernos, vestidos de-novia-pero-no-de-novia, y la abuela no sabe, no sé, hija, y retira la mirada del reloj, no sé, esas cosas antes no se pensaban tanto, y la madre que si quieres dejar Instagram y ayudar a poner la mesa, y Violeta sí pero un momento, ¿qué os parece este?, y le enseña una foto a su hermana, a su madre, a sus tías, y enséñasela también a la abuela, mujer, y la abuela –Dolores Castillo– que coge sus gafas, en una cadenita sobre el pecho, y se las pone delante de los ojos sin calzárselas, y dice ah, muy bonito, me parece muy bonito, y en el fondo parece evidente que a la abuela Lola le va a parecer bonito cualquier vestido que le enseñes, porque a la abuela estas cosas ya le dan un poco igual, porque no entiende bien lo que es un vestido de-novia-pero-no-de-novia, ella se casó con un traje negro de falda y chaqueta, el pelo recogido y la mirada seria, y sí, sí, claro que hay Fanta, cómo no voy a tener yo Fanta para mi nieto favorito, y la abuela saca del fondo de la nevera una Fanta de naranja y se la entrega a

Nacho (su nieto favorito, su único nieto varón) con una mano que tiembla un pelín; es solo un poquito, es solo a veces, cuando tiene que servir el caldo de una jarra llena que pesa mucho o cuando tiene que enhebrar una aguja (la montaña de bajos que coger y de sisas que arreglar de la ropa de los nietos), pero nada más, y el médico le ha dicho que con una pastillita de nada se lo quita, el temblor, pero Lola prefiere no tomar pastillas si no es imprescindible, y con esa mano que tiembla solo un poquito, solo para el ojo atento, le alcanza a Nacho una Fanta de naranja, una mano que tiembla y que tiene también las uñas esmaltadas en color rosa clarito. Se las hizo en la peluquería, las uñas; Dolores pensó en qué dirían sus hijas y eligió un color discreto, pero sus hijas no dijeron nada porque sus hijas no repararon en que se había pintado las uñas, uñas esmaltadas en rosa clarito con las que agarró las dos asas de la paellera y dijo venga, a comer, un ojo por delante para no caerse, un ojo puesto en el reloj de pared del salón, sobre la butaca beis.

Dolores Castillo tantos domingos sentada en el borde de la silla, rodeada de sus tres hijos y sus tres nietos, su yerno, su nuera, con las gafas en una cadenita sobre el pecho y el delantal puesto, porque se le olvida quitárselo, y ese gesto de retirarse el pelo por detrás de la oreja, aunque su melenita cana y peinada ya está siempre recogida detrás de la oreja, es solo el gesto, el gesto que la predispone para enfrentarse al mundo, y su hijo Alfonso se levanta de la mesa para hablar por teléfono, y a ella eso le molesta pero no dice nada, Alfonso tiene mucho trabajo y por tanto muchos motivos importantes para levantarse de la mesa, y mientras Violeta sigue hablando de su vestido de novia; Violeta se va a casar pero su novio nunca viene a estas comidas, y Lola no dice nada, Lola nunca dice nada, pero a ella le parece raro; un día se lo dejó caer a su hija, no por criticar, como un comentario solamente, y ay mamá, ahora son así las cosas, las parejas no son como antes todo el día juntos, si tú hubieras podido no aguantar a tu suegra, ¿no lo habrías hecho? Y Lola que responde con un silencio y guarda su estupefacción para sus adentros, porque a ella no le parece que sea tan horrible aguantarla un domingo a la hora de comer, y le parece que al chico su paella podría gustarle, aunque también y bien mirado entiende lo de separar ambientes.

Mira esto, dice Julia, la nieta que falta, dieciséis años, un top rosa con el que enseña el ombligo y con el que se le ve el sujetador, y a su madre le espanta, aunque su madre ya pasa, yo ya paso, dice su madre, divorciada y superada por la vida, su madre, la mayor, la que más llama a Lola, casi siempre porque tiene algún problema, para ver si puede ir a hacerle la cena de mañana, o para ver si le puede arreglar un vestido que necesita Julia para una fiesta, o para contarle la última diatriba con su exmarido, y Lola puede, claro que puede, cuándo una madre no está

disponible para sus hijos, una madre está ahí siempre, y Lola –Dolores Castillo– sigue mirando el reloj y no sabe cuándo intervenir, porque ellos hablan de sus cosas, Alfonso de su trabajo, Violeta de su vestido, y ella tiene algo que decir pero no sabe cómo, y los minutos pasan y sabe que en cuanto llega el postre todos empiezan a levantarse, y les entra prisa, y tienen cosas urgentes, pero ella necesita pedirles un favor y espera el momento oportuno, el momento de silencio, entonces Julia dice ¡mira esto!, y le enseña a su primo pequeño un vídeo de TikTok en el que un gatito y un perrito se hacen amigos, y su tío Alfonso dice a ver, y luego se ríe, y luego dice es cachondo el vídeo, y cuando Alfonso lo ha legitimado lo ven todos, juntan las cabezas para verlo, se pasan el móvil, y cuando la ronda ha terminado alguien dice pero enseñádselo a la abuela, y Julia ay claro, mira, abuela, y la abuela Lola –Dolores Castillo– se pone las gafas delante de los ojos sin calzárselas, sin abrirles las patillas, y dice mira tú qué bonito, aunque a Dolores el gatito le da igual, y Nacho dice –el bigote lleno de Fanta de naranja– ¿tú sabes lo que es TikTok, abuela?, y la hija del medio explica la abuela no sabe lo que es TikTok ni falta que le hace, y Lola suspira, y se retira el pelo por detrás de la oreja y dice bueno, pues una red social de esas, ¿no? Porque Lola quiere decir que ella sí sabe, que ella de hecho tiene Facebook, y quiere hablar del día en que entró al aula de informática de la Complutense, el bolso en el hombro y la carpeta contra el pecho como si fuera una adolescente, hola, bonita, a la becaria diligente, mira, soy Dolores Castillo, estudio aquí en la universidad de mayores, era por si podías ayudarme con el campus virtual, y después de comprender el funcionamiento del campus virtual, Dolores, sentada frente al ordenador con las gafas calzadas, le pide a esa chica tan maja de sudadera roja si quizá no podría ella hacerle una cuenta de Facebook, porque hay un grupo de los que van a cine, y la becaria encantadora y hasta divertida, hombre pues claro, y al preguntarle el nombre dice mejor pon solo Lola, y al pedirle una foto dice pon cualquiera de una flor, un geranio por ejemplo, y Lola se mete en el «Grupo de Cine-UCM Universidad para mayores» y busca entre sus miembros a Francisco Torres Delgado, también viudo, setenta y cinco años, cuatro hijas y siete nietos, natural de Olivares de Júcar (Cuenca), en Madrid desde los dieciséis, pelo blanco peinado hacia atrás y entradas pronunciadas, camisa de rayas regalo de sus hijas por su cumpleaños, aficionado al Ribera del Duero y matriculado en todas las asignaturas de Antropología, Historia y Sociología. Enviar solicitud de amistad. Clic.

Dolores Castillo, Lola, la abuela, abre la boca porque quiere decirlo y la vuelve a cerrar porque no quiere decirlo, porque ella es una señora mayor, una señora viuda, y cómo cuenta una señora mayor estas cosas, y en ese amago de ir a hablar pero no alguien ya la ha interrumpido,

quizá Violeta, quizá la del medio, quizá Nacho, que quiere saber si puede repetir y claro que sí, cariño, trae aquí el plato, y Lola sirve la paella sin contar nada porque tampoco sabría bien qué contar, además a ellos no les interesa, piensa, y además no hay nada tampoco que contar, y siente como un pecado su teléfono móvil dentro de su funda con tapa, metido dentro del cajón de la ropa interior de su mesilla, donde guarda planchadas y dobladas siete bragas color carne, siete bragas blancas, cuatro sujetadores color carne, dos sujetadores blancos y, desde hace un mes, un par de bragas también blancas pero con un ribete de encaje, y un par de sujetadores de color rosa clarito, total para qué, para nada, los compró porque necesitaba ropa interior nueva y bueno, mejor esa que otra, nada más. Dolores piensa en su móvil y se pone nerviosa, porque pensar en su móvil es pensar en Francisco –llámame Paco–, que no es que Francisco sea nada ni mucho menos –nada ni mucho menos, como un mantra dentro de la cabeza de Lola–, solo hablan, hablan todas las tardes a las ocho y Francisco le cuenta a Dolores la película que ha visto, porque Francisco –Paco– cada tarde ve una película, y se la cuenta a Lola, y Lola sin embargo solo ve lo que les ponen en clase y lo que echan por la tele, y eso no puede ser, y además el domingo que viene no podrá recibirlos, por eso tiene que pedirlo hoy, si se lo dejan hecho hoy podrá ver la película y sorprenderle, y contársela ella a él por una vez, tiene de hecho cierta ansiedad por contársela, por decirle hoy he visto yo una película y te la voy a contar. Todo empezó la tarde que se quedaron solos en la cafetería (todos se fueron marchando, menos ellos), y ella se rio y él dijo coño, Dolores, qué bonitos se te ponen los ojos cuando te ríes, y ella se ruborizó y dijo llámame Lola, y mamá, ¿me oyes?, que si sacamos ya el postre, y Dolores vuelve en sí y claro, sí, hija, ya voy, el postre, y se va para la cocina y oye primero el silencio, y luego el murmullo, está mayor, mamá, ¿eh?, a veces como que no se entera, y es verdad, de un tiempo a esta parte a veces se queda pensando en otra cosa y no se entera, y piensa en su móvil metido en el cajón de la ropa interior, en si habrá recibido algún mensaje, y aunque no tiene nada que ocultar, porque ni que haya pasado nada ni mucho menos, qué va a pasar, bueno, tiene que guardar el móvil cuando vienen todos porque sus hijas cogen su móvil y lo abren como si nada, suena el teléfono y lo cogen, porque ella ya no tiene intimidad, qué intimidad va a tener, por qué no van a poder cogerle el móvil a mamá, seguramente sea Telefónica o la vecina Charo o Banesto (Banco Santander desde 2013, siempre Banesto para Lola), y escucha cómo su hija entra en la cocina, toma, las cucharillas, ahora saco yo el flan, llévate los platos también, y se reparten platos, y cucharillas, y trozos de flan, y a todos se les llena la boca, está riquísimo, abuela, está que flipas, de lujo, mamá, cada día te queda más rico, y qué bien, y gracias, y qué alegría, y todos

hablan con la boca llena y se interrumpen y se roban trozos de flan y la abuela Lola, Dolores Castillo, les mira y dice oye, pero nadie contesta, Julia dice quiero más y la del medio dice ¿hay más nata? y nadie contesta, y entonces Dolores carraspea de nuevo, y los mira, y pone los antebrazos sobre el borde de la mesa, y dice otra vez oye, una cosa os quería decir yo, y Carmen y Andrea y Alfonso (sus tres hijos) levantan la vista y dicen qué, y ella se pone en pie y dice ahora vengo y desaparece, y Elsa y Juanjo (su nuera y su yerno) miran con inquietud a sus respectivas parejas, y Violeta y Julia y Nacho (sus tres nietos) levantan la vista y se miran y se encogen de hombros.

La abuela Lola vuelve con un papelito, un trozo de papel cuadriculado arrancado de alguna libreta, en el que hay algo escrito con un bolígrafo bic de color azul, sus tres hijos (Carmen, Andrea, Alfonso) y sus tres nietos (Violeta, Julia, Nacho), así como su nuera y su yerno (Elsa y Juanjo) la miran expectantes, y ella se pone las gafas, se las calza bien y lee despacio Fil-mín, y luego los mira por encima de las lentes, las gafas en la punta de la nariz, ¿vosotros me podríais poner en la televisión una cosa que se llama Filmín? Es de películas. ¡Se dice Filmin!, responde Alfonso, abuela, qué moderna, tú con Filmin, dice Violeta, bueno bueno, interviene la del medio, es que no sabéis la abuela todo el cine que ve, ¿eh? Nos ha adelantado a todos por la izquierda, vamos, ve unas películas que yo flipo, y su nuera deja la cucharilla en el plato y le limpia la boca a su hijo Nacho y dice desde luego, Lola, lo bien que te ha sentado la universidad de mayores, ¿eh? Y Dolores Castillo piensa que su nuera siempre ha sido un poco pelota, y además ella no ve tanto cine, ve menos que Paco, ella quiere poder ver más, y por eso ha pedido Filmín, o como se diga, ya está, ya lo ha dicho: está aliviada porque ya lo ha dicho; y tienen que dejárselo puesto antes de irse, por favor, dice Dolores Castillo, y sonríe tímidamente plantada en mitad de su salón, con el papelito en la mano, la palabra escrita con boli bic azul, y Julia que dice yo me suicido, vamos, si de vieja tengo que seguir yendo a clase, y su madre le da un cachete en el muslo y ella dice ¡ah! y la madre pero a ti te parece normal, es que no valoráis nada, de verdad, no valoráis nada, la abuela no pudo estudiar entonces y estudia ahora, y Dolores que haya paz, haya paz, es que ella ya ha estudiado mucho y es normal, y la del medio que intenta medio cambiar de tema, pero es verdad, mamá, qué bien te ha sentado, mira que te lo dijimos que algo tenías que hacer, ¿ves cómo teníamos razón? Y sí, sí, hija, claro que teníais razón, y Alfonso que se levanta y abre la ventana y se enciende un cigarro, Alfonso que explica que es que está genial, que su madre es una grande, que él ha leído un artículo sobre las neuronas espejo, ¿vosotros sabéis lo que son, las neuronas espejo?, pues unas neuronas que es fundamental ejercitarlas, y para eso nos tenemos que

relacionar, y dice que su madre –la abuela Lola, Dolores Castillo– ha sido una valiente al apuntarse a la universidad para mayores, que así ha hecho amigas. Amigas, repite Dolores, y sonríe con cortesía, y hace el gesto de retirarse por detrás de la oreja una melena corta y cana que ya está de hecho recogida detrás de su oreja, y dice pero lo de Filmín ¿me lo podéis dejar hecho hoy? Y mira el reloj de pared sobre la butaca beis, si se lo hacen ahora, y se van a eso de las cinco como siempre, le da tiempo a ver la película antes de llamarlo, le puede llamar un poco más tarde si hace falta, pero hoy será ella, hoy le va a contar que vio *Lo que queda del día,* aunque no solo hablan de cine, claro, hoy ella le contará vinieron mis hijos y mis nietos, y lo dirá sentada en la butaca beis, mirándose las uñas esmaltadas, las manos suaves y con manchitas, y de algún modo el nervio interior le hará acordarse de cuando tenía dieciséis años y el que luego sería su marido la llamaba a casa de sus padres, y ella cogía el auricular en medio del salón familiar y respondía con monosílabos mientras enredaba nerviosamente sus dedos en el cable. Ahora el teléfono no tiene cable y si Dolores estira la mano para mirarse las uñas, le tiembla un poco. Es un temblor apenas perceptible, un temblor que el médico le ha dicho que le puede quitar con una pastilla. Pero total, para qué.

Han quedado algunas veces, siempre con el grupo de clase, claro, pero a veces se quedan al final los dos, porque son los últimos en irse, sencillamente, y ya está, no cuenta nada porque qué va a contar, sus hijos y sus nietos tienen sus cosas, ella solo quiere que si tienen un momentito le pongan lo de Filmín, y trae su tarjeta de crédito y Alfonso dice quita, quita, mamá, lo pago yo, y Dolores dice de ninguna manera, por qué me lo vas a pagar tú, pero ponédmelo, haced el favor, porque ella sabe que dicen que sí pero luego se van sin haberlo hecho, entonces Violeta dice que eso tiene que ser en el ordenador, ¿cómo en el ordenador? En la tele no se puede, hay que tener un aparato para verlo en la tele, y Dolores se decepciona pero claudica, bueno, pues en el ordenador, es que es muy importante, lo necesito para las clases, y Julia dice de verdad, que los ancianos tengan deberes me parece ilegal, y Alfonso ¿seguro que no prefieres Netflix? Netflix es más entretenido, eh, mamá, y ella se impacienta, no, no, tiene que ser Filmín, y enciende su ordenador, en una mesa color crema en una esquina del salón, y agarra a Violeta del brazo y la obliga a sentarse y a concluir la misión encomendada.

Violeta le pregunta por un nombre de usuario, y ella dice pues Lola, pero Lola ya existe, así que prueban con Lolacastillo, pero también existe, y lola1946, y finalmente dolores1946, y ese sí, ese finalmente lo aceptan, ¿y la suscripción la quieres anual o mensual?, la mensual son 7,99 al mes y la anual 84 al año, y Alfonso dice ponle la mensual, por si

se cansa, y Andrea dice bueno, le pondrá la que ella diga, y Dolores Castillo, dolores1946, suspira y dice sí, mejor mensual, por si acaso, y mira a su nieta mover el ratón y clicar en la pantalla a una velocidad que siempre la pasma, y dime tu email, abuela, y Dolores recita su email, dolorescastillo1@gmail.com, y dime una contraseña, y Dolores dice pon 1111, y Violeta dice pero abuela, ¿cómo voy a poner 1111?, y Dolores dice es que si no se me olvida, es la que tengo para todo, para el banco, para el correo, para todo, y de inmediato todos ríen y ella se arrepiente porque cosas como esta certifican que no tiene intimidad; entonces Violeta dice ¡ya está!, y Dolores dice ¿ya está?, y tras una breve explicación de su nieta (este es el buscador, estas son las colecciones), se da por satisfecha y dice que bueno, que quizá se les esté haciendo ya tarde, y la del medio te ayudamos a recoger, mamá, y su nuera ¿el jueves no te importa ir por el niño a inglés?, y no os preocupéis que yo me encargo de todo, tres tuppers con paella, uno para cada casa, tres tuppers con flan, uno para cada casa, y Violeta, abuela, ¿seguro que te da tiempo a coserme la blusa para el martes?, y Julia le da un beso desganado, haz pellas, abuela, tú que puedes, y Nacho se le abraza a la pierna y ella le besa la cabeza, los besa a todos, que se arremolinan en la entrada cogiendo abrigos, bolsas, el pantalón, que ya te cogí el bajo, y entonces Alfonso bueno, mamá, nos vemos el domingo que viene, y Juanjo a las dos y media como siempre, ¿no?, y Carmen nosotras llegaremos un pelín tarde, y ay, el domingo, lo del domingo, piensa Dolores Castillo, que los quiere más que a nada, que le encanta que estén todos juntos, y sin embargo se quita el delantal –al fin repara en que aún lo lleva puesto– y lo pliega en seis dobleces, y mirando muy fijamente el delantal dice pues es que el domingo, yo creo que justamente el próximo domingo no voy a poder.

Carmen, Andrea, Alfonso, Juanjo, Eva, Violeta, Julia y Nacho paran en seco, dejan de hacer ruido y de moverse y la miran, se quedan todos muy callados, Dolores Castillo, la abuela Dolores, en la entrada de su casa, las fotos de sus hijos y nietos sobre el aparador, el delantal doblado entre las manos y un silencio de varios segundos que rompe Carmen reaccionando a tiempo –ah, bueno, no te preocupes, claro–, y Andrea que añade que si le viene mal, otro día, por supuesto, y Alfonso que tiene dificultades para resultar sutil y dice qué es lo que tienes, mamá, el domingo próximo, y su mujer le da un codazo y él rectifica, más o menos, y dice no, por si tenemos que acercarte a algún sitio o algo, y Dolores Castillo sonríe y hace el gesto de pasarse el pelo por detrás de la oreja y vuelve a plegar el delantal, y dice ay, no, muchas gracias, no os preocupéis, es que hay unos ciclos de cine en la Filmoteca y vamos a ir todos los de la universidad de mayores, si no os importa, claro, tampoco pasa nada si me lo pierdo, y su nuera que no, por favor,

cómo se lo va a perder, y su nieta mayor que qué guay, que ella lo ha visto anunciado, son unos ciclos de cine clásico, y Alfonso que insiste si quieres yo te acerco a la Filmoteca, pero no hace falta porque han quedado algunos en Nuevos Ministerios para ir juntos en metro, y la mayor dice que quiénes van, y Dolores sonríe y dice bueno, aún no ha confirmado todo el mundo, y vuelve a sonreír y a mirar fijamente el reloj de pared sobre la butaca beis, si se van ya, le da tiempo, y clava sus ojos en su delantal plegado, y la del medio sigue su mirada, el reloj, el delantal, y le coge la mano derecha y le dice mamá, ¿te has pintado las uñas? Y Dolores Castillo dice huy, una tontería, la peluquera, que se emperró, y se hace un silencio en el que todos se miran sin saber qué decir, y entonces Lola dice pero bueno, a lo mejor podemos comer el sábado, ¿no?, y el sábado Alfonso y Eva no pueden y Violeta tampoco y Carmen y Andrea tampoco y parece que ha ganado la batalla, los que se sienten mal son ellos de vuelta, y besos, y ya hablamos, y vamos viendo, y claro que sí, tesoro, lo hablamos, cuando mejor os venga, claro que sí.

La puerta que se cierra. Lola que suspira, que deja el delantal en cualquier sitio, sobre el aparador mismo, al lado de su foto de bodas en un marco de madera oscura lacada, la foto en color sepia, ellos que no miran a cámara, Lola que deja puesto el lavaplatos y sin quitar el mantel ni recoger las servilletas ni adecentar el salón –quién la ha visto y quién la ve– se sienta frente al ordenador de sobremesa y pone en el buscador «lo que queda día», porque en clase de informática le han explicado que las mayúsculas y las preposiciones no hacen falta, y le da al play –un breve temblor en la mano– y se apoya en la butaca y se saca el pelo de detrás de la oreja y se calza bien sus gafas –como una niña viendo sus dibujos–, y ahí está, Dolores Castillo, setenta y tres años, viuda, tres hijos, tres nietos y siete vasos sin fregar en el fregadero, viendo la película a través de los ojos de Francisco Torres Delgado –llámame Paco–, pensando bien en qué le va a contar cuando lo llame a las ocho de la tarde.

CLAMOROSA Y FRENÉTICO

1

Fran lleva todo el día pensando en el gesto que pone Claudia cuando le hace una broma un poco malvada. Si algo le hace gracia, sonríe; si algo le hace mucha gracia, se ríe; si algo la asombra verdaderamente, estalla en una carcajada; pero si la broma reúne todas las condiciones necesarias –sorpresa, tino, ironía, ingenio, ternura y mucha incorrección política– Claudia abre mucho la boca, enarca las cejas y se asombra con los ojos. Incapaz de reír o de expresarse, se queda callada un momento y luego, como desechando la broma, le dice: «No me lo creo».

«¿Qué no te crees?», responde Fran, y ella entonces ya se ríe un poco, mira al suelo y clausura con un: «Nada».

Ese gesto –la boca, las cejas, los ojos–, que le gusta en parte porque lo estimula él, le lleva acompañando todo el día de manera más o menos sosegada, de fondo, como un bajo continuo o como el sonido de la campana extractora; molestando quizá, pero por lo menos sin intervenir. Francisco García Retuerta es profesor de Inglés en el instituto público La Estrella, apenas a unos pasos del metro homónimo aunque él siempre se baja en Conde de Casal, y ha impartido sus clases, corregido sus exámenes y preparado sus lecciones con el éxito que acostumbra. Quizá alguna pausa en la corrección con la mirada perdida en el aire, mirada que está en realidad puesta en el gesto de Claudia –la boca, las cejas, los ojos–, ese gesto que ella esbozó ayer atravesando una plaza sin coches cuando él dijo mirándola la frase que todo lo reunía: sorpresa, tino, ironía, ingenio, ternura y mucha incorrección política.

Fran acaba de dejarlo con su exnovia, en la que apenas piensa. Eso le da bastante tristeza: siete años de amor –uno de noviazgo, seis de convivencia– para recoger sus cosas una mañana y salir de aquel piso sintiendo que no dejaba rastro. Se buscó un estudio pequeño para él solo en el que fuera imposible añorar el rastro de Clotilde, en el que fuera imposible vislumbrar el rastro de nadie más. Todo lo puso impar: una mesilla de noche, un mantel individual, una sola silla con respaldo. Las visitas se apañarán con taburetes. Incluso cuando su amiga Bea, que vive en Vallecas y trasnocha a menudo en su piso, dejó un cepillo de dientes en su lavabo, él añadió un tercero –sin dueño ni utilidad– solo para no contemplar la desagradable escena: el duplo de cepillos de dientes en el vaso, cruzándose, dándose la espalda, contagiándose gérmenes. Como todos los duplos.

Clotilde de las Navas Bermejo. Es guapa, Clotilde, es inteligente, tiene unas caderas perfectas –eso sí lo recuerda: cómo olvidarlo– y una sonrisa abierta. Es pija, Clotilde, pero solo tiene lo bueno de los pijos: el dinero, el buen gusto, las ganas de hacer submarinismo en las islas Similan (Tailandia) y contactos para todo. No entiende por qué no funcionó y eso le desconcierta. Por lo pronto, está intentando comprender que quizá nunca entienda por qué no funcionó. Las cosas se terminan. Y, sin tener nada que reprocharle, a veces se encuentra con actitudes por las que rebosa un poquito de odio para con Clotilde, actitudes que empezó a tener todavía estando con ella. Es normal, supone, al fin y al cabo es una ruptura. De todas las expresiones del odio, la más manifiesta fue la manía que le cogió a las palabras que empiezan por cl: cloroformo, clasificación, cloaca, claxon, clamidia, Clotilde. Entonces conoció a Claudia.

En realidad, la conoció antes. La conoció cuando aún era el novio de Clotilde.

Claudia era la nueva orientadora del instituto y Fran al verla pensó dos cosas. La primera: Francisco García Retuerta, tienes novia. Se lo dijo a sí mismo como quien se amenaza. La segunda: además, es una pésima idea, mezclar amor (¿amor?, sexo, lo que sea) y trabajo. Días más tarde, se consoló con una tercera cosa: seguro que me cae mal; de momento solo nos hemos cruzado por el pasillo, coincidido en un par de reuniones, no la conozco realmente. Apenas hable con ella, me caerá mal, segurísimo.

Claudia, como era de esperar, le cayó bien. Le cayó muy bien. Tan bien que un día cuando sonó el timbre –los chicos no lo saben, pero ese sonido le da más alegría a él que a ellos– se colgó su cartera como un estudiante y salieron juntos andando. Él fingió que vivía en una dirección que no era –lo fingió y no lo fingió: su atención no vivía ya en esa dirección que sabe recitar como un salmo, calle Viriato 20, 2.º 2– y ella fingió que vivía más cerca de lo que vivía –lo fingió y no lo fingió: tenía que comprar un par de libros en el centro y, por qué no, podía hacerlo esa tarde–. Atravesaron el Retiro y, al llegar al final, se confesaron sus mentiras solo para tener una excusa (esta vez, verdadera) para atravesarlo de vuelta. Hicieron el perímetro del Retiro. El del lago. Entraron al Palacio de Cristal. Salieron. Se sentaron en los bancos y en el césped y bromearon sobre montarse en las barcas. Parecían sus propios alumnos, un compendio resumido de pudor adolescente: un leve contacto físico que por nimio era relevante –su mano en el antebrazo, de repente–, miradas de no más de tres segundos, sonrisas tímidas, una búsqueda vergonzosa de la complicidad. Habrían prolongado el parque hasta el infinito si no fuera porque esa noción –el infinito– los devolvía a la línea del tiempo. «¿Has leído *Continuidad de los parques?*». Y Claudia

lo había leído.

Se hizo de noche y el Retiro lo cerraban. Se despidieron con un beso casto en la mejilla. Ni siquiera: entre la frondosa barba de él y el pelo suelto de ella, aquello fue una especie de medio abrazo raro. Un medio abrazo adolescente. Y se dijeron hasta mañana.

Pero no fue hasta mañana.

Cuarenta y tres minutos más tarde ella le escribió por WhatsApp a él, que no dudó en responder al instante, y ella correspondió –es de mala educación no responder a quien te responde– y él a su vez hizo lo propio –no está bonito dejar una pregunta sin responder– y por una pura cuestión de cortesía se mantuvieron conectados hasta las cuatro de la madrugada. «No me esperes para acostarte, tengo mucho que corregir», le había dicho Francisco a su novia. «Sí que está intenso hoy el grupo de WhatsApp del colegio», observó, desganada, Clotilde.

Cuarenta y ocho horas de mensajería instantánea más tarde y de miradas de lo más profesionales en los pasillos del colegio –«Buenos días, profesor Retuerta», había dicho ella–, Francisco volvía a su casa –o a esa casa que dejaba ya de ser suya– sintiendo que tenía algo que contar. Pero qué, si técnicamente no había pasado *nada.* Llegó a casa y el móvil le ardía en el bolsillo. Claudia le dijo que por qué no quedaban en su piso. Fran respondió que por qué no quedaban en un bar. Ella dijo: «Bueno». Entonces Fran se asomó al despacho, donde Clotilde –tan guapa, tan erguida– trabajaba frente al Mac de sobremesa –era diseñadora gráfica, Clotilde; lo sigue siendo– y dijo: «Oye, me voy a ir a casa de Pedro. No lo está pasando bien con lo de Sofi. Igual no duermo aquí». Fue su primera mentira en siete años. Clotilde respondió: «Vale. Salúdale de mi parte. Y dame un beso, ¿no?». Se dieron un beso con lengua largo y prolongado, un beso en el que él le puso la mano en el cuello –la piel fina del cuello, ese tacto– y ella en la cadera. Fue su último beso con lengua, largo y prolongado. Ninguno de los dos lo sabía, así que pudieron disfrutarlo.

Fran salió del portal y se subió las solapas de la cazadora porque hacía más frío del que esperaba. Caminó decidido durante cuarenta minutos. Podría haber cogido el metro, pero necesitaba el movimiento. A la altura de la plaza de Quevedo había tomado ya una decisión: se enrollaría con Claudia, aunque solo fuera para tener algo –*algo*– que contarle a Clotilde.

Ante la rapidez de la decisión –«Pero quedamos ahora?», «Sí, no?», «Dónde?»– y lo apresurado del asunto, se habían citado en el lugar más absurdo en que se puede uno citar en Madrid: la puerta del Sol. En la puerta del Sol un martes a las diez de la noche no hay ya japoneses. Atraviesan la plaza un grupo de mujeres que rondan los cuarenta y que, portando grandes penes rosas en la frente, celebran una despedida de

soltera –cómo no celebrar que se abandona la soltería para ¿siempre?– y un bullicioso plantel de guiris ruidosos, cerveza en mano; y hay un Pikachu enorme que lanza cositas brillantes al aire y un mimo y un coche de policía y gitanas que ofrecen romero y un tipo de una ONG con un chalequito azul que se recoge ya y una bici eléctrica que atraviesa por zona peatonal y Pikachu otra vez y las farolas y el reloj de las uvas impertérrito y un Micky Mouse y alguien que se tropieza y una mujer que pasa hablando por teléfono y dos chicas que venden pulseras de colores y de hilo y otra bici y unas latas de cerveza y de repente Claudia.

«Joder», pensó, y luego lo pensó otra vez: «Joder». ¿Debería, quizás, también contarle a Claudia que existía Clotilde? Que, además de existir, era su novia. Que compartía con él a diario una cama de uno cuarenta desde hacía siete años en un barrio medio pijo al norte de Madrid. Eso, indudablemente, era *algo.* Pero ¿con qué pretexto? Nada *(¿nada?)* había pasado entre Claudia y él –Claudia ahí apoyada contra la boca del metro, escribiendo en su móvil «Ya he llegado»–, y si le decía a Claudia que tenía novia a lo mejor Claudia respondía «Y a mí qué» o «A mí no tienes que darme explicaciones» o «Y qué me quieres decir con eso». Entonces lo volvió a decidir: se enrollaría con Claudia aunque solo fuera para tener algún motivo –*alguno*– para contarle que existía Clotilde.

En aquella noche de sexo Claudia le devolvió a Francisco las palabras que empiezan por cl. Claudia. Claudia que claudica. Claudia claudicando. La clavícula de Claudia. La clarísima clavícula de Claudia claudicando. La claridad de Claudia, la clavícula de Claudia y también –claro– el clítoris de Claudia. El clítoris de Claudia y Claudia que clama y clama y sigue clamando clarísimamente, la clavícula, Claudia, el clítoris, Claudia clamando y clamando hasta el clímax de Claudia, el clímax del clítoris de Claudia, y la claudicación y la clausura.

2

Claudia lleva todo el día disimulando la sonrisa, pensando en la broma que le hizo ayer Fran mientras paseaban por una plaza sin coches. Tiene que disimular porque está rellenando un informe que debe comentar en cosa de una hora con los padres de un chaval que está explorando los beneficios del THC en su organismo, y debe presentarse como una persona seria. Pero la broma se queda de fondo en algún lugar de su cabeza y, con la broma, el gesto que hace él cuando le gasta una broma un poco malvada –la ceja derecha levantada, la sonrisa de medio lado, la expectación–. «¿Qué no te crees?», recuerda Claudia que pregunta él con insaciable curiosidad, y entonces ya no puede evitar la sonrisa de

ojera a ojera –¿cuánto hace que no duerme al menos siete horas?– y la evocación de aquella frase que todo lo reunía: sorpresa, tino, ironía, ingenio, ternura y mucha incorrección política.

Claudia no se cree que las cosas sean a un tiempo como las había imaginado y como nunca había sido capaz de imaginarlas, no se cree esa broma que podría haber hecho ella y al mismo tiempo jamás se le habría ocurrido, no se cree el breve milagro de la comunicación –al que no le pide ya más que tres o cuatro minutos: lo que dura una broma–, ni a la gente que pide dinero por la calle, ni las promesas de las cremas anticelulíticas ni las de los poemas de amor ni tampoco las de las páginas de ofertas de empleo. Es una incrédula, Claudia.

Ese gesto –la ceja derecha levantada, la sonrisa de medio lado, la expectación– la acompaña todo el día como el sonido de la nevera, esos ruidos que solo percibimos cuando cesan, que molestan aunque no interfieren. Pero Claudia Pérez Prada hace solo seis semanas que se ha incorporado como orientadora al instituto público de La Estrella –Legazpi-Conde de Casal, línea directa: quién tarda veinte minutos al trabajo viviendo en Madrid– y quiere mostrarse profesional, por lo que deja que el ruido de fondo se mitigue bajo el informe que está redactando.

Hace tres meses que Claudia lo ha dejado con su exnovio, que la llamaba Claus, apelativo que al principio le resultó encantador y ante el que ahora solo podía pensar: «Ni que fuera gorda o tuviera barba; además, nunca voy de rojo». Se siente, sobre todo, aliviada, y cuando piensa en él involuntariamente aparta el pensamiento como quien aparta las moscas mientras lee en la tumbona en verano: no con un gesto grácil, sino con una palmada contundente que puede terminar en autolesión.

Fred Lasserre. Lo dice y se marea. Fred es francés y tiene un tupé perfecto y le encajan los pantalones y las americanas como un guante –valga la paradoja–, y no puede negar –cómo olvidarlo– el culo que tenía bajo esos pantalones bien planchados. Han sido dos años y medio de idas y venidas y celos y llamadas y aquel viaje a París. Para lo poco que le importa él hoy, lo pasó verdaderamente mal en la ruptura: aquel día en que Fred llegó a su piso a llevarse sus cosas –el cepillo de dientes, un libro de Modiano y otro de química inorgánica y otros cuatro que eran suyos y no quiso reconocerlo, tres calzoncillos, dos camisetas, la gomina que erige cada mañana ese tupé, el líquido de las lentillas, las zapatillas de estar por casa–, y ella que había metido todo en una bolsa de plástico y que se echó a llorar cuando él le reprochó su falta de atención y lo exagerada que era, y entonces ella le dijo que él era un celoso y un machista y encima de todo eso, francés.

Él se llevó sus cosas y se fue lloroso y dando mucha pena y ella

pensó: «A mí no me vas a hacer sentir culpable». Pero se sintió culpable y, lo que es peor, estúpida. La balda vacía del armario y el cajón vacío del cuarto de baño y el tramo vacío de estantería la agobiaban, y expandió sus cosas en menos de cinco minutos borrando así –o creyendo borrar– cualquier sensación de vacío. En su siguiente sesión con el psicólogo pronunció sin reírse –Claudia siempre se ríe cuando va a decir algo doloroso– una sentencia categórica: «Creo que no estoy hecha para compartir mi vida con ningún hombre. Y me parece bien». El psicólogo se creyó la primera frase –o al menos creyó que ella creía en la primera frase–, pero no la segunda. Las siguientes sesiones fueron una enfurecida sucesión de todas las cosas que odiaba de Fred o que, aún peor, odiaba por culpa de Fred, entre las que destacó con claridad una manía irremediable para con las palabras que comienzan por fr: fregar, fraude, fractura, franquicia, fratricida, frigidez, Fred. Entonces conoció a Fran.

La primera vez que se cruzó con Fran por el pasillo del nuevo colegio en el que había comenzado a trabajar como orientadora no reparó en él. La segunda vez, tampoco. En una reunión él se sentó a su lado e intercambiaron apenas tres o cuatro frases vagas. Una tarde él la agregó a Facebook. Ella aceptó. Y entonces fue aquel martes en que los de 1.º C estaban de visita en el Museo Arqueológico y coincidieron los dos en una hora libre inusual, junto con otra profesora de Matemáticas y otra de Biología en la sala de reuniones. Se hicieron un café y menos mal que estaban ellas dos –la rígida profesora de la Vega, la mullida profesora García– porque así pudieron cruzar varias miradas y bromas subterráneas. La complicidad se subrayó con los testigos.

Fran aún tenía una hora más de clase pero Claudia no teme reconocer que merodeó por el hall hasta que lo vio salir y entonces ya no quedó más remedio que caminar juntos un rato. Ella fingió que vivía más cerca de lo que vivía –lo fingió y no lo fingió: tampoco le iba mal pasar por el centro a por un par de libros– y él fingió que vivía en una dirección que no era –lo fingió y no lo fingió: su atención no vivía ya en esa dirección que sabe recitar como un salmo, calle Viriato 20, 2.º 2–. Atravesaron el Retiro y en el Ángel Caído se dieron media vuelta, confesando con torpeza sus mentiras, para atravesarlo de vuelta, rodearlo, completar el perímetro del Retiro, primero, y del lago después. Entraron y salieron del Palacio de Cristal, se sentaron en bancos y en jardines y bromearon, incluso, sobre la posibilidad adolescente de montarse en las barcas. Parecían sus propios alumnos, una coreografía de infundado rubor juvenil: miradas que no se sostienen, un leve contacto físico que por nimio era relevante –su mano en la rodilla, de repente–, sonrisas tímidas y una búsqueda vergonzosa de intereses comunes. Habrían prolongado el parque hasta el infinito si no fuera porque esa noción –el infinito– los devolvía a la línea del tiempo. «¿Has

leído *Continuidad de los parques?».* Y Claudia lo había leído.

Se hizo de noche y el Retiro lo cerraban. «¿Lo beso?», pensó Claudia, y por algún motivo no lo besó. No en la boca: se dieron un beso casto en la mejilla, un medio abrazo adolescente mitigado por el pelo suelto de ella y la barba de él. Y se dijeron hasta mañana.

Pero no fue hasta mañana.

Cuarenta y tres minutos más tarde ella, que ha aprendido a ser autónoma pero que nunca será paciente, le escribió por WhatsApp a él, que no dudó en responder al instante, y ella correspondió –¿no es de mala educación no responder a un mensaje?– y él hizo a su vez lo propio –¿no es bastante feo dejar una pregunta sin responder?– y por una mera cuestión de educación se mantuvieron conectados hasta las cuatro de la mañana. Claudia se hizo un sándwich con huevo, se puso un pijama desparejado y hasta se tocó un poco mientras mantenía las pupilas clavadas en el rectángulo vertical de la pantalla del teléfono.

Cuarenta y ocho horas de mensajería instantánea más tarde y de cruces de lo más profesionales en los pasillos del colegio –ni la mirada se había atrevido a devolverle Fran cuando ella lo saludó protocolariamente–, Claudia cogía el metro de vuelta a casa y –cómo no– empezaba a impacientarse. Tanta explicitud por whatsapp y hoy ni la había mirado. Pero el móvil seguía ardiendo y esa misma noche ella pensó «Hasta aquí», y le escribió que si le invitaba a un vino en su casa. «En un bar mejor», dijo él, y ella enarcó una ceja sospechosa, analizó las diez últimas frases, pensó que si no tenía ya novio era para no analizar nada y respondió que vale. Se quitó el pijama que ya tenía puesto y sacó del cesto de la ropa sucia la camisa que había llevado ese día al colegio, no fuera a pensar Fran que se vestía para la ocasión. Se maquilló, eso sí, natural y certeramente. Comprobó que la puerta de la terraza estaba cerrada, apagó todas las luces, cogió las llaves y salió por la puerta. Suspiró, cogió el metro, llegó pronto.

«Qué frío hace», pensó al salir en Sol, lugar sin duda alguna insospechado para que dos madrileños queden un martes por la noche. Pero cuando hay que tomar una decisión deprisa, Claudia se queda sin imaginación. «Sol?», «Vale», «Venga». Y ahí estaba, quince minutos antes de la cita. Anduvo apresurada por la calle Mayor hasta Bailén y dio media vuelta, el paseo la relajó en cierto modo, y a y veinticinco se apoyó contra la boca del metro y decidió esperar. Enfocada como estaba en la pantalla de su teléfono móvil no vio al Pikachu enorme que lanzaba cositas brillantes al aire, ni al tipo de una ONG con chalequito azul que volvía ya para su casa. Levantó la vista, eso sí, ante los gritos de un grupo de cuarentañeras que enarbolaban penes en la cabeza –sonrió y pensó que estaban locas: no se celebra el fin de los placeres– y también tuvo que apartar a un plantel de guiris de entre los cuales uno –

el más alto– le dijo que por qué no los acompañaba: la party, la fiesta, Madrid, come with us. Varias gitanas ofrecían romero –pero no a ella–, y tampoco reparó en el coche de policía ni en esa bici eléctrica que pasaba veloz por la zona peatonal ni en el Mickey Mouse ni en las farolas ni en la mujer hablando por teléfono ni en alguien que tropieza ni en el Pikachu que otra vez lanzaba cosas brillantes al aire, ni siquiera veía –a sus espaldas– el impertérrito reloj de las uvas ni a las chicas que vendían pulseras de hilo y de colores ni las latas de cerveza por el suelo y de repente «Hola» y ella levanta la vista y Fran.

«Joder», pensó, porque lo vio nervioso, y luego lo volvió a pensar: «Joder». Debería, quizás, explicarle a Fran que hacía tres meses lo había dejado con un francés que, además de francés, era obsesivo y celoso. Que ella ahora mismo quería seguir escribiéndose con ansiedad por WhatsApp y que, sin lugar a dudas, quería también hacer otras muchas cosas con él, pero que no quería complicaciones. Aunque tal vez se estaba precipitando y si le explicaba todo eso Fran le respondería «Y a mí qué» o «A mí no tienes que darme explicaciones» o «Y qué me quieres decir con eso». Al fin y al cabo, no había pasado *nada.* Quizás era mejor esperar a que ocurriese *algo.* Entonces respondió: «Hola».

En aquella noche de sexo Francisco le devolvió a Claudia las palabras que empiezan por fr. Fran. Fran que se frota. Fran frotándose. La frecuencia de Fran. La frecuencia de la fricción de Fran. La franqueza de Fran y su frecuencia y también –francamente– el frenillo de Fran. El frenético y frágil frenillo de Fran que se frota y la fricción, la fricción y Fran y su frenillo frotándose frenéticamente, en una frecuencia fractal, la fricción, la frecuencia y la fricción y Fran frotándose y el fragor, el fragor, el fragor del frenillo de Fran hasta el frenazo.

3

Ahora están así: Fran recordando el gesto de Claudia –la boca, las cejas, los ojos– y Claudia evocando la broma de Fran –sorpresa, tino, ironía, ingenio, ternura y mucha incorrección política–. Llevan tres semanas sin renunciar a ningún placer: ni el conversacional, ni el gastronómico, ni el físico. Solo lo están pagando con horas de sueño.

Salen del colegio por puertas diferentes y se encuentran varias calles más allá, aunque no se besan hasta que atraviesan la cancela del Retiro, como si fuera la indicación de que están entrando en terreno seguro. Pero cómo va a ser un parque terreno seguro cuando se está al borde de la excitación y el enamoramiento –amor: ninguno de los dos llama ya a nada amor–.

La tarde transcurre como siempre –es pronto, pero ya tienen un

siempre–. Comentan cosas de los chicos –«Sarita parece que va mejor», «¿Te enteraste de lo de los padres de Julio? El chico de 4.º B pelirrojo, ¿sabes quién?»–, se compran una lata de cerveza que comparten y se sientan en la hierba, llevados por la inercia hasta el mismo claro soleado de la última vez, y de la penúltima. Claudia se sienta con las piernas cruzadas y Fran se tumba apoyando la cabeza en el muslo de ella, que le acaricia el pelo. Se quedan en silencio.

Fran se deja adormecer por las caricias de Claudia y piensa. No quedó nunca claro si Clotilde dejó a Fran porque él se había acostado con otra mujer o si Fran dejó a Clotilde porque se había enamorado de otra mujer, y si no quedó nunca claro fue porque no fue ni una cosa ni la otra: Fran ya llevaba siete meses odiando las palabras por cl –cloroformo, clasificación, cloaca, claxon, clamidia, Clotilde– y Clotilde llevaba al menos doce meses sin quererle y sin querer reconocérselo. Lo dejaron, en fin. Como se dejan las parejas. Si se pudiera medir el porcentaje de motivos en proporción, como en las recetas. Pero no se puede. Y aunque se pudiera.

«8 gramos de levadura en polvo, 250 gramos de azúcar, la ralladura de un limón, el zumo de dos limones, dos huevos, 180 gramos de harina, 60 gramos de mantequilla fundida». Clotilde se lo había repetido tantas veces que se sabía las cantidades de memoria. Pero a la hora de la verdad se liaba, qué sabía él cuánto eran 16 gramos de levadura, ¿se mide igual el polvo que la mantequilla?, ¿huevos grandes o pequeños?, qué sabía él. «Es mi bizcocho favorito, podrías aprender a hacerlo. Sabes controlar a treinta adolescentes hormonados y no sabes hacer un bizcocho de limón, no lo entiendo». Él lo intentó en varias ocasiones para sorprenderla en su cumpleaños o en el aniversario de ambos, pero el bizcocho se hundía o se elevaba demasiado, quedaba soso o ácido o demasiado azucarado, duro y compacto –si lo mojamos en leche…– o demasiado deshecho. No se le puede pedir a alguien lo que es incapaz de dar, y Fran sabía muchas cosas, pero no sabía hornear un buen bizcocho de limón.

Claudia cierra los ojos contra el sol y se deja mecer por el movimiento de su mano en el pelo de Fran, y piensa. No quedó nunca claro si Fred dejó a Claudia porque no satisfacía sus siempre clásicas expectativas de seguridad o si Claudia dejó a Fred por sentir que vivía disculpándose por un pecado no cometido, y si no quedó nunca claro fue porque no fue ni una cosa ni la otra: Claudia ya llevaba tres meses odiando las palabras por fr –fregar, fraude, fractura, franquicia, fratricida, frigidez, Fred– y Fred llevaba ya dos meses pensando que no le gustaba tanto Madrid, y con Madrid quería decir Claudia. Lo dejaron, en fin. Como se dejan las parejas. Si Claudia pudiera ordenar los motivos de la ruptura como se ordena un armario. Pero no se puede. Y

aunque se pudiera.

«Las perchas, hacia la izquierda, los pantalones en la primera balda, los calcetines no se hacen una pelota porque se dan de sí y las camisas se echan a lavar del revés para que no se estropeen». Fred se lo había repetido tantas veces que se sabía las instrucciones de memoria. Pero a la hora de la verdad se liaba, qué sabía ella en una apresurada tarde en el piso de él en qué balda iban los pantalones, o por qué iba a querer emplear su tiempo en doblar calcetines o en darle la vuelta a las camisas para tener que dársela de nuevo otra vez al sacarlas de la lavadora. «Sabes analizar en profundidad la psicología humana, pero no sabes poner una lavadora, no lo entiendo». Ella lo intentaba, a veces, cuando se acordaba o cuando quería ponerle de buen humor o cuando él la había puesto de buen humor a ella, pero era evidente: no le salía con naturalidad. No se le puede pedir a alguien lo que no le sale del alma, y a Claudia muchas cosas le salían del alma, pero una de ellas no era doblar la ropa interior.

El curso está llegando a su fin. Las notas están puestas. Están los dos adormecidos por la desidia de la tarde de verano, las caricias y la cerveza, y Claudia propone hacer un viaje y Fran dice bostezando: «Vale. ¿Adónde?». «Adonde sea, al mar», y Claudia dice que sus padres tienen una casa en Galicia, «podemos ir». La proyección del viaje les llena de ilusión y se van juntos a la casa impar de Fran –calle Humilladero 11, 1.º A– y se acuestan en un polvo frenético y clamoroso.

La mañana del 4 de julio Claudia está en el andén de la estación de Chamartín con una maleta en la que guarda ropa de verano, un chubasquero, dos libros, un neceser y una caja entera de preservativos. Francisco no aparece. Claudia le escribe. Francisco no responde. Claudia piensa que igual Francisco ha muerto, y lo creería de veras si no fuera porque tiene la certeza de que no, de que no ha muerto. Cuando quedan tres minutos para que salga el tren Claudia salta al interior del vagón y al llegar a la casa familiar coloca las cosas –libros, el móvil, la crema de manos– en ambas mesillas de noche para que nada pueda ser interpretado como un vacío. Gasta dos de los preservativos de la caja. Come percebes frente al mar. Llora un poco.

La mañana del 4 de julio Francisco está en su cama y vislumbra a Clotilde haciendo maletas, Clotilde diciendo «¿Has cogido la crema solar?», Clotilde con toda una serie de actividades planificadas en algo que a Fran le parecían unas vacaciones agobiantes, y de repente ve su maleta, su misma maleta, la maleta como la confirmación de la pareja, y entonces siente mucho miedo, un gran bloqueo y opta por la más fácil de todas las opciones. En un acto irreflexivo que él siente como una mezcla de necesidad e incapacidad apaga el móvil y se dirige a Moncloa para coger el primer autobús que salga hacia Carrucedo, lugar en el que

pasó los veranos de su infancia. Se emborracha con los amigos que le quedan de entonces. Se masturba a diario frente al ordenador. Lee a Julio Cortázar.

Ninguna vuelta al cole fue tan difícil para Francisco ni tan incómoda para Claudia. A petición de él, se toman un café civilizado. Fran expone razonamientos obtusos e incontables. Dice que nunca fueron novios y que en ese sentido él no tenía ninguna explicación que darle, pero que lamenta no haber escrito apenas ni un mensaje. Luego habla de una relación muy larga, de que tuvo miedo, de que le sobrepasó la situación. Luego le dice que está más guapa: «Te sentó bien el verano sin mí».

Claudia le mira. Sabe que está ante un tópico –tuve miedo, me agobié– y también sabe que ese tópico es cierto, porque le mira a los ojos y al fin y al cabo Fran y ella se entienden, y sabe que realmente tuvo miedo y se agobió. Sabe que sigue parapetado en la cobardía: ni siquiera le está pidiendo perdón. Pero no es su problema. Ha aprendido ya que ella es responsable de lo que a ella le pasa, y que si enfrente tiene a alguien celoso o asustado, pues es una pena, pero es una pena que no es suya. Comprensiva, le dice: «Mira, no te preocupes. Está todo bien».

Fran se siente aún peor que antes frente a la indiferencia tranquilizadora de Claudia, y evoca de pronto y sin quererlo su clavícula y su claridad y sus clamores. La mira jugar con el sobrecito del azúcar, aún cerrado, pensativa.

Piensa ella que no, que ya no le pide al breve milagro de la comunicación más que tres o cuatro minutos –lo que dura una broma–. Lo que no significa que no anhele, en el fondo, que dure un poco más. Es una incrédula, Claudia. Pero tiene aún la esperanza de no serlo.

«Normalmente no me entusiasman los gatos, pero el tuyo sí», te dijo, mirándote, y fue como la adolescente que les dice a sus padres: «Mis amigos beben, pero yo no». Tú fuiste como los padres inocentes y bienintencionados, y en un primer momento la creíste.

Mientras hablaba le hizo dos desganadas caricias en el lomo. Luego se quitó la bufanda, se sentó, aceptó una cerveza y pasó el resto de la noche ignorando deliberadamente al gato. Entonces se hizo evidente que el gesto cariñoso fue por cumplir. Tampoco es que el gato se hubiera dejado. «Es muy asustadizo», lo intentaste justificar. Ella dijo: «Bueno», y siguió hablando. Te dio rabia. Que no le gustaran los gatos en general, ni el tuyo en particular, no te pareció tan grave. Tampoco es que tuvieras intención de nada muy serio, o muy constante, o quién sabe qué adjetivo, con ella, con nadie. Quizá por eso. Es una excusa fácil para ligar, el gato. Y tú eres tímido y torpe, así que dices algo como «Mira, el gatito» o «A veces se sube ahí y hace tal cosa» o «¿Sabes que los gatos amasan la ropa?». Si se deja, lo acariciáis y aprovechas para hacer algún movimiento de aproximación. Por no hablar de la ternura que suscita. La has visto, esa ternura. Les dices que tienes un gato y ellas dicen algo como «¡Oh! Un gatito» o «Qué bonito» o «¿De qué color? ¡Qué monada!». Ya en casa lo acaricias, él se refugia en tu regazo y entonces lo ves, el brillo en sus pupilas: la ternura. De repente les gustas más por acariciar un gato. Ser hombre a veces es muy sencillo.

Te puso nervioso que no le gustara el gato, no porque te importase, sino porque te dejó sin la ternura. Solo lo mencionó una vez, para inquirir: «¿Duerme contigo, el gato?». Ni siquiera lo llamaba por su nombre. Lo llamaba «el gato». Respondiste «No, jamás», y aunque hubiera sido mentira lo habrías dicho igual, porque comprendiste que ella nunca atravesaría el umbral del dormitorio de haber sabido que tenía que compartir territorio con él. «El gato», lo llamaba.

Cuando empezó a ir más por el piso, cambió a la variante *«tu* gato», para subrayar que ella nada tenía que ver con el animal, para enfatizar que esa basura esparcida por el suelo o que ese rollo de papel higiénico destrozado en el baño eran, en última instancia, culpa tuya. Tuviste, al menos, que advertirle de las cuestiones prácticas: «Las ventanas tienen que estar cerradas, por favor, no te olvides, puede saltar». Vivías en un octavo piso y en un pánico constante a que tu gato, en la inconsciente persecución de una mosca, saltase por la ventana y se matase. «No te

preocupes», dijo ella, y te explicó que la gata de su mejor amigo se había caído de un sexto piso, que lo tenía presente.

–¿Cómo se llama?

–Félix.

–¿La gata?

–Ah, no, Félix es mi mejor amigo. La gata se llamaba Gladys.

Tragaste saliva.

–¿Murió?

–Sí. Desde un sexto piso, tú qué crees.

–Ya.

–Ahora tiene otra. Se llama Gloria.

La historia no te resultó especialmente tranquilizadora, porque cada vez que se terminaba un cigarrillo dejaba la ventana entornada, no precisamente cerrada, y quedaban así entreabiertas la portezuela y la posibilidad. Si ante la experiencia de un gato muerto al caerse desde un sexto piso no mostraba delicadeza, ante qué la mostraría. Llegaste a pensar que no le importaría que el gato saltase por la ventana.

Su despedida era siempre parecida. Salía de tu piso con la seguridad que la caracterizaba, o que tú entonces creías ver en ella y sí, si creías verla era porque sin duda estaba. Te daba un beso a ti, cogía su bufanda, su bolso, su abrigo y desaparecía sin una palabra, sin una carantoña, sin un gesto para con el gato. Para con *tu* gato. Sabías que la volverías a ver, pero no sabías cuándo. Por primera vez en varios meses aquel día pensaste que te gustaría volver a verla mañana, volver a verla incluso hoy más tarde, que no se hubiera ido, ni siquiera. Tenía una fiesta, dijo. Quería pasar por su casa, dijo. En el fondo, mejor, pensaste. Tú también tenías una fiesta.

De repente, quién sabe qué le pasó a su vida social, ella dejó de tener fiestas. Quién sabe qué le pasó a la tuya, tú dejaste también de tener fiestas. Se ve que ya no os invitaban a ninguna. De repente un fin de semana ella quiso verte el viernes y os visteis, y tú quisiste verla el sábado y ella se quedó, y el domingo no dijisteis nada y pasasteis el día juntos, y cuando el lunes hubo que ir a trabajar y ella volvía irremediablemente a su vida y tú a la tuya, especificasteis: «Nos vemos por la tarde». Hicieron falta setenta y cinco horas de seguido para que ella, al fin, reparase en el gato. «No se porta tan mal, en realidad», dijo.

–Odias a mi gato, ¿verdad? –dijiste tú, al fin.

Ahora sí era innegable que la querías, ahora sí tenías que saber qué pasaba con el gato.

–No lo odio –dijo.

Entonces os quedasteis en silencio.

–Pero tampoco te gusta –dijiste al fin.

–No me importa –concedió ella.

Luego te dijo que el que sí le gustaba eras tú y te olvidaste, tú también, del gato.

Empezasteis a dormir juntos de seguido y ella, que había sido acorazada hasta la fecha, de repente abrió acogedora las puertas de su casa. Todas, no solo la principal. También las de los cajones y los armarios. A menudo, también, las de las ventanas. «Deja lo que quieras», dijo. Pronto descubriste que ella madrugaba más que tú, que tenía más combinaciones de ropa posibles que tú, que en aquel baño estaban su rímel, su peine y su crema hidratante, y que su casa os pillaba a los dos –y esto era innegable– más cerca del trabajo. El gato, *tu* gato, pasaba días solo como si te hubieras ido de viaje. Te acercabas a mediodía, cambiabas la arena y echabas más pienso, y salías de allí deseoso de verla a ella, otra vez, de besarla de nuevo, a ella que había hecho que tú te olvidaras del gato. Una noche por cuestiones prácticas volvisteis a elegir tu casa. «Mira, acarícialo», le dijiste. «Ah, no, el cariño no se fuerza», respondió. La felina era ella.

Aquella noche tu casa te pareció más incómoda y fría de lo normal, y su cuerpo más cómodo y cálido, aunque lo era siempre, y entre un beso y otro le dijiste que querías vivir con ella. Ella dijo que también. Tú dijiste: «Pero ahora». Ella respondió con un silencio. Una semana más tarde, dijo: «Vale, ahora».

«Si quieres, esperamos», dijiste tú. Ella negó con la cabeza. «Bueno, piénsatelo». Ella volvió a negar y se acercó para abrazarte. Tú la paraste: «Tendría que ser con el gato». Ella se enfadó: «¡Qué pesadilla, de verdad, qué manía con que no me gustan los gatos! ¿De dónde te sacas que no me gustan los gatos?». Bueno, te lo había dicho su hermana, su mejor amiga, te lo habían confirmado sus compañeros de trabajo y sus amigos de la infancia. Al parecer, era un rasgo identitario claro. «Pues qué bien que todo el mundo sabe cómo soy mejor que yo». «No te enfades», le dijiste, «¿No te importa, seguro?», le dijiste, y ella negó con la cabeza y miró al gato: «Ven aquí, Colega». El gato obedeció. Ya en su regazo, lo acarició y le dijo: «Cómo vamos a querernos tú y yo, Colega, con tanta expectativa alrededor. Díselo: es mucha presión». Sería exagerado decir que fue la primera vez que lo llamó por su nombre, Colega, pero sí fue quizás la cuarta o la quinta. «Te va a arañar los sofás», advertiste. «Sí, claro» –ella soltó una carcajada y el gato bajó de un salto–, «porque lo que más miedo me da de la convivencia es que el gato arañe los sofás». Enarcaste las cejas. El que tuvo miedo, entonces, fuiste tú: miedo de su miedo. Ser hombre a veces es muy complicado.

Fue inusitado cómo apenas maulló en el taxi de tu casa a la suya y cómo se adaptó al nuevo espacio. Eligió, claro, la butaca de ella, su butaca de terciopelo verde, y tú temiste una disputa territorial, pero de

algún modo se las apañaban para sentarse los dos al mismo tiempo en la butaca pequeña. «Eso sí, al lecho conyugal no entra», prohibió ella. Tú lo educaste las primeras semanas con el deseo de que todo fuera bien, y te enfadabas con Colega si traspasaba el umbral del dormitorio. Insististe: «Las ventanas, por favor». Ella puso los ojos en blanco y dijo: «Que sí», ofendida por que la tratases de despistada. Pero es que lo era, despistada, por eso la tratabas así. Le insistías en que dejase de fumar con la excusa de la salud, cuando lo que no te gustaba era que le hacía abrir las ventanas del piso.

El miedo al amor es como el miedo a los gatos. A la sibilina imprecisión del silencio, a la felina predisposición al capricho. El miedo a que se te suban encima de repente, sin avisar, las pisadas mitigadas por la almohadilla suave de sus patas. A que se te acerquen, se te instalen, te acaricien, ronroneen y entonces, cuando ya te hayas acostumbrado a su calor y su forma, sin dar explicación alguna, se vayan. Es el miedo a que te desdeñen, a que te ignoren, a que parezcan mullidos y saquen las zarpas, a que parezcan mininos y te bufen. Es el miedo a la inconstancia, a la incoherencia, al gesto repentino. Ahora está mimoso y de repente no. Ahora quiere estar contigo y de repente salta. Pero también es el miedo a la invasión, a la incomprensión. A compartir el espacio con otro mamífero, a que le duela algo y no poder comprender qué. El miedo a la reacción propia ante la compañía ajena, el miedo a que el sofá y la cama y la bañera se llenen de pelos, el miedo a que te miren fijamente con esos ojos felinos como si supieran algo de ti que tú no sabes. Pero qué es el amor sino descubrirse a uno mismo ante la compañía ajena, que te miren fijamente como si supieran algo de ti que tú no sabes, que el sofá y la cama y la bañera estén llenos de pelos.

Un día volviste de un viaje breve y entraste a casa de madrugada. Sabías que ella estaba dormida, pero te extrañó no verlo a él por ningún sitio. «Colega», lo llamaste bajito. El gato no estaba. Te entró un pánico súbito en el pecho –el miedo al amor es el miedo a que se haya ido–, entraste a la cocina, al baño, al despacho, miraste debajo de las mesas y sobre los radiadores. Colega no estaba. Una brisa te acarició la nuca. Al girarte viste la ventana del fondo del pasillo abierta. Sobre la mesa baja del salón, el cenicero sucio, la colilla. El pánico se aceleró. Comprendiste que ella había sido negligente pero no malintencionada, intentaste ser comprensivo y no enfadarte, atravesaste el pasillo a toda velocidad y, agarrado a la ventana, miraste la acera. Colega no estaba. Miraste a los lados. Calculaste distancias. Era posible que hubiera saltado del alféizar al tejado. Quizá no estaba muerto, quizá estaba perdido –el miedo al amor es el miedo a que no vuelva–. Tenías que despertarla, preguntarle, hace cuánto te dormiste, cuándo fue la última

vez que lo viste, cómo se te pudo olvidar cerrar la ventana. Abriste la puerta del dormitorio dispuesto a zarandearla apresuradamente, a decirle «Para una vez que lo tienes que cuidar tú», a decirle «No es tan difícil cerrar las ventanas», a decirle tantas cosas que al encender la luz no tuviste tiempo ya de callarte y gritaste su nombre a pesar de la imagen que te ofrecía la bombilla: gato y mujer ovillados entre las sábanas blancas.

«¿Qué pasa?», dijo ella, desconcertada. «Nada», dijiste tú, y le besaste la frente, aliviado y torciendo un gesto irónico. El gato saltó de la cama como si supiera que tres son multitud y se instaló en la butaca de terciopelo verde del salón. Entonces ella salió de debajo de la colcha y caminó despacio y en pijama hacia la puerta. «¿Adónde vas?», dijiste. «A cerrar la ventana del pasillo, que está abierta», respondió, aún medio dormida. Cuando volvió y se te abrazó lo hizo repentinamente; no la sentiste llegar porque caminaba descalza, las pisadas mitigadas por la desnudez de sus pies.

LA VIRGEN DE LA MACARENA

Macarena llevaba siempre una medalla redonda, una cadena fina y larga colgada del cuello que a David le resultaba fría al contacto con los huevos cuando ella le hacía una felación. Macarena se inclinaba y la medallita colgaba hasta impactar suavemente contra sus testículos, donde se quedaba hasta que Macarena terminaba o, visto de otro modo, hasta que terminaba David.

Se la regalaron en su primera comunión, la medalla, sus abuelos maternos: mira, hija, es la Virgen de la Macarena, la de tu nombre. La habían celebrado en un restaurante con jardín y una fuente, ella llevaba un vestido a medida abullonado y se sentía la Cenicienta, vinieron todos sus primos. Vino también un fotógrafo. Le regalaron muchas cosas, entre las que destacan la apertura de una cuenta en el BBVA con algunas transferencias nada desdeñables y la medalla de la Virgen de la Macarena. Cuelga todavía hoy de su cuello. Con catorce años jugaba con ella con el dedo índice durante las clases de química; con veintiuno la enredaba nerviosamente con el dedo índice mientras hacía los exámenes de la carrera; la movía nerviosamente con su dedo índice cuando le dijo a David que igual tenían que dejarlo, en mitad de un polvo, con la camiseta puesta y las bragas quitadas, en su cuarto infantil de colcha de flores y papel pintado, sus padres en la casa de Sotogrande durante todo el puente, ella a punto de echarse a llorar. Ese día la Virgen de la Macarena aún no había impactado contra los testículos de David. Ni siquiera se había quitado lo calzoncillos todavía.

–Pero qué pasa, Maca.

Y Maca a punto de echarse a llorar.

–¿Es por las vacaciones?

Maca bajó los ojos y David se incorporó, se sentó en la cama, se pasó las manos por el pelo y suspiró. Su primera reacción fue el enfado, el enfado sobre todo consigo mismo, por no haberse fiado de su instinto. Por haberse fiado de ella.

Cómo se conocieron. Quizá ella era actriz y él auxiliar de producción. Quizá ella fue la invitada a la fiesta que acabó mareada a la puerta de los baños y él el camarero solícito –¿necesita algo, señorita?–. Quizá ella iba a un congreso sobre robótica para la industria farmacéutica en representación de la Farmacia Lahuerta (heredada de papá o puesta con el dinero de papá) y él repartía los bolígrafos promocionales y cambiaba los posavasos. Se terminaron enrollando en

la fiesta de fin de rodaje, o en la parte trasera de la discoteca, o en el cóctel de clausura del congreso. Sea como fuere, los padres de ella tenían una casa en Sotogrande. Sea como fuere, él cobraba la mitad de su sueldo en negro, y de esa parte le daba casi todo a su madre, menos veinte euros que se guardaba para el hachís.

Él supo enseguida que como mucho sería un único polvo. Le pareció guapa, pero no guapa con la simetría neutral de algunas pijas, sino guapa y sensual, guapa y divertida. La medalla dorada contra el esternón moreno. Conocía a las tías con pasta. Había trabajado como auxiliar de producción en varios rodajes, conciertos y programas de televisión, o acaso había sido camarero y guardarropas en Serrano 41 durante varios años, o quizá había currado en congresos de alto standing en varias ocasiones. Sea como fuere, conocía a las tías con pasta. Las ha visto desfilar, ha visto sus coches y sus vestidos, sabe lo que se dejan olvidado en los bolsillos, cómo les gustan los cócteles, si se van a ir a casa con el tío que las está invitando a las copas o no. Distingue a los diferentes tipos. Está la pija que tenía que recoger su cuarto antes de que llegara la asistenta y la que tenía asistenta para que le recogiera el cuarto. Está la pija-Santander y la pija-Marbella. La pija mocasines y la pija Nike. Se parecen, pero no son lo mismo. Y luego estaba Maca.

Maca con la medalla dorada sobre su esternón moreno, Maca diciendo por qué no quedamos otra vez, Maca con sus ojos abiertos, con su sonrisa inocente, con su venga tonto, por qué no. La citó en el parque del Oeste. No podía llevarla a los bares de Usera. No podía pagar un restaurante en Núñez de Balboa. Ni siquiera la mitad de la cena. Tuvo un arranque de lucidez y la citó en el parque del Oeste. Era invierno pero tuvieron la suerte de que hiciera sol. Chispeó un poco mientras rodeaban el templo de Debod. Pasearon entre el olor a tierra mojada y se besaron, y se besaban tan bien y tan a gusto que parecía imposible que algo pudiera salir mal, aunque era evidente que todo podía salir mal. Ella quiso un helado.

Caminaban mano a mano entre la tierra húmeda, ella con su Magnum almendrado, él con su Magnum de chocolate blanco. Sus amigos le llamaban mariquita por elegir siempre el de chocolate blanco. Maca no dijo nada. Había una extraña relajación en estar con Maca. Ella lo miró de reojo sin dejar de chupar su helado y vio cómo a él le goteaba por la barbilla y le manchaba la camiseta. Se rio.

–Espera, tontito. Mira.

Y le explicó: si dejas el envoltorio en el palito y lo colocas así, cuando chorrea no te manchas. Maca había colocado con delicadeza el envoltorio haciendo una especie de cono en la base del palo del helado, sus manos finas y suaves.

–Te las sabes todas, rubia.

Pero a Maca no le gustaba que la llamara rubia, porque no era rubia. Es un decir, explicaba él. Y ella insistía: pues a mí no me gusta, rubia será otra.

–Lo que tú digas, morena.

Y morena sí era. El pelo oscuro y la raya al lado. La medalla dorada sobre el esternón, moreno como el pelo.

El helado les dio sed. Él quiso beber algo. En una terraza a punto de cerrar les dieron para llevar un botellín y una botella de agua sin gas. El camarero no se equivocó cuando le dio a él la cerveza y a ella el agua. Ya habían caminado varios metros y la terraza había echado la persiana cuando ella se dio cuenta de que le habían dado el botellín sin abrir. Quiso volver y él la frenó.

David sonrió y, con lentitud y parsimonia, sacó el mechero del bolsillo derecho. Agarrando el cuello del botellín con una mano y haciendo palanca con la otra, hizo saltar de golpe la chapa. Ella abrió los ojos y sonrió pasmada. Él sonrió más, orgulloso, y le dio un trago largo a la cerveza. Había una extraña facilidad en sorprender a Maca.

Ella no paraba de reírse, le parecía en cierto modo superespecial que el plan fuera no hacer nada, solo vagar por el parque, besarse, comer helado. Le parecía muy guay hacer un plan tan distinto. Él iba ganando en seguridad, le parecía maravilloso que su plan de siempre, estar en el parque sin hacer nada, estuviera funcionando con una chica como Maca. Llegaron hasta Moncloa y ahí se quedaron parados, como si el intercambiador fuera la señal de que había que despedirse. El intercambiador y que ya era muy de noche. ¿Cuándo nos vemos otra vez?, dijo ella. Él suspiró. Quiso decirle: esto no va a funcionar porque yo soy técnico de luces o camarero o reponedor de posavasos y tú eres rica.

Pero no se lo dijo. No se lo dijo porque él también quería volver a verla. Quedaron varias veces más y en la cuarta o la quinta David confesó.

–Maca, yo no tengo un duro.

Le contó que sus padres estaban separados. Que de su padre no se sabía nada desde hacía cinco años. Que bebía. Que luego empezó a beber su madre, que trabajaba limpiando casas. Que casi todo lo que ganaba se lo pasaba a su madre. Que tenía tres hermanos. Que un colega tuvo una novia un par de meses que había ido a un colegio privado y que le había recomendado para su primer curro, y de ahí se iba moviendo como podía. Que era a lo más que podía aspirar. Que de verdad, de verdad, esto no iba a funcionar.

Maca lo entendió todo al revés. Entendió que porque su padre era alcohólico y los había abandonado, eran pobres. Que porque su madre

era asistenta y se daba a la bebida, nunca llegaban a fin de mes. Que porque entregaba todo el dinero en casa, no tenía dinero. No comprendió que era al revés, que porque eran pobres su padre se hizo alcohólico y su madre era asistenta y su padre se largó y su madre se dio a la bebida. Lo escuchó como si David le estuviera contando que tenía una enfermedad, una mala suerte que con los cuidados adecuados pudiera remediarse. No entendió que pertenecían a mundos distintos. Creía que pertenecían al mismo, pero que la familia de David había tenido muy muy muy mala suerte. Abrió mucho sus ojos y el sol de la tarde rebotó contra la medalla dorada. Me da igual, le dijo, y lo cierto es que le daba igual, lo cierto es que si en esta historia no está muy claro si David era auxiliar de producción o camarero o reponedor de posavasos, es porque poco importa. Tampoco importa si ella era actriz, invitada a una fiesta o dueña de una farmacia. Las profesiones, le explicó Maca, no son lo importante. Lo importante es ser buena persona. Ella se sentía superbuena persona en ese momento, accediendo a estar con un chico así.

–David, a mí no me importa nada. Y seguro que si sigues trabajando y esforzándote cada vez tendrás un trabajo mejor. Me gustas por cómo eres.

David la besó y le metió mano, los dos tirados en el césped. Dios, me gustas muchísimo, le dijo. Maca olía siempre bien y siempre estaba suave. Era domingo.

Al día siguiente por la tarde informaron del cierre de los colegios. El sábado se cerró el país. Maca se quedó encerrada con sus padres, la interna (que es como de la familia), sus dos hermanas y su perro, Algodón, en una casa con jardín y piscina en El Viso. David se quedó encerrado en un bajo interior, con su madre y sus tres hermanos, un único baño y habitación compartida en Usera. Hablaban compulsivamente por WhatsApp.

Primero:

Qué haces?
Cómo vas?
Me aburro
Cuando abran otra vez te voy a llevar a
Cuando salgamos podíamos volver a
Qué tal?
Mira este vídeo
Toma esta canción
Mira esta serie

Después:

No puedo más
Me aburro
Mi hermana es gilipollas
Mi hermano también
Necesito volver a currar
Ya

Y entonces, un día:

Jajajajaja
Eres tonto
Tú más
No, en realidad te encanto
Imbécil
Te quiero

Cinco larguísimos segundos, cinco segundos eternos, y después:

Yo también te quiero ♥

David lo escribió tumbado de lado sobre la cama, contra la pared, para que su hermano no pudiera ver ni lo que escribía ni su cara. Macarena lo escribió tumbada bocarriba sobre su colcha de flores, las piernas sobre la pared, los calcetines rosas contra el papel pintado. Le dijo te quiero por primera vez exactamente en el mismo lugar en el que ahora mismo le estaba diciendo tenemos que dejarlo.

–Maca –David la miró fijamente–, ¿es por las vacaciones?

–Es por todo, David, no sé –ella bajó la vista.

Había sido muy fácil, extremadamente fácil estar juntos cuando el mundo no existía. Cuando solo se podía salir a pasear, cuando las reuniones no podían ser numerosas, cuando los viajes estaban descartados y uno siempre podía decir que no por miedo a contagiar a su abuela en lugar de decir: no tengo pasta. En lugar de decir: me pone insegura conocer a tus amigos. El número de muertos ascendía a diario en los periódicos y ellos eran felices porque la vida no existía.

Ahora la vida volvía y lo de Maca y David se iba acabando, pero ya era tarde para que no doliera, y por eso David estaba cabreado. Maca lo pagaba casi todo, pero el problema ni siquiera era ese. No es que no tenga la pasta, es que no tengo el tiempo, morena. Aunque lo pagues tú, yo no puedo irme dos meses de vacaciones.

Y Maca, que había ido cediendo ante casi todo, que se había enternecido incluso cuando David apareció con una camisa y sin pendiente en la oreja el día que la recogió en la puerta de su casa, se terminó cansando. Podía estar con alguien que no tuviera su dinero,

pero no podía estar con alguien que no tuviera sus costumbres. Por eso dijo: es por todo, David, no sé. Se sintió supermala persona en ese momento, dejando a un chico así. Por eso miraba hacia abajo, los ojos llenos de lágrimas clavados en la colcha de flores.

–¿Has leído un libro que se llama *Últimas tardes con Teresa?* –dijo ella.

–No, ¿por? –dijo él.

–No sé. Me lo ha dado mi padre.

David se vistió y Maca se puso las bragas. El condón usado pero sin semen quedó pegajoso contra el parqué como una prueba de la tristeza que ambos compartían. Ella le acompañó hasta el vestíbulo. Se dieron un abrazo, David se fue y Maca cerró la puerta. Ella volvió a su cama y se quedó tirada, mirando al techo. Él entró en su casa como una estela, atravesando la entrada. Su foto de comunión sobre el mueblecito del recibidor. La comunión de David: mediasnoches de jamón y queso, celebrada a medias con su primo, una camiseta falsa de Fernando Torres como regalo estrella. Se tumbó en su cama y se echó a llorar, la cabeza contra la pared con gotelé, en la pared clavada con dos chinchetas la camiseta roja y blanca con el número 9.

Ella pasó por todas las fases previsibles: la tristeza mohína y las canciones en bucle, hablar con sus amigas hasta la saciedad sobre la ineptitud masculina, envidiar a sus amigas lesbianas (esto solo en caso de que Maca fuese actriz), morrearse incluso con alguna de ellas una noche de fiesta (definitivamente: solo en caso de que fuese actriz).

Él pasó igualmente por todas las fases previsibles: informar parcamente a los amigos de la nueva situación, acostarse rápidamente con otra, fingir rápidamente que todo estaba superado.

Lo cierto es que Maca sí quedó con otros chicos, aunque lo contara menos, aunque con ninguno se riera y se sintiera tan bien como con David. La cosa cuajó con Álvaro, que era ordenadamente aventurero, que era pijo pero llevaba el pelo medio largo, que no quería trabajar en la empresa de papá sino buscar su camino. Llevaban un buen rato en una terraza de Rosales, frente a una copa de ginebra con bayas de eneldo y cáscara de limón, esperando a que el camarero viniera a abrir los botellines de tónica. Entonces Macarena abrió mucho los ojos y dijo:

–Espera.

Cogió el mechero de la mesa y haciendo palanca, quitó poco a poco la chapa. Cuando mostró el botellín abierto, sonriente y triunfal, encontró en Álvaro un gesto de desagrado:

–Pero llama al camarero, hombre. Mira, si te has hecho daño.

Álvaro cogió la mano de Maca y Maca apreció la suavidad y vio su uña rota. Tienes razón, dijo, y esperó obediente a que llegara el camarero.

Lo cierto es que David, aunque se acostaba con otras, no conseguía empalmarse, o no todo lo que debería. Cerraba los ojos y se concentraba en la boca de ella, en la lengua de ella contra su glande, pero de algún modo esperaba el impacto de la medalla contra los testículos, y la medalla nunca llegaba, y la erección se bajaba. Entonces conoció a Jenni.

Jennifer se rio de él por escoger el helado de chocolate blanco, y dijo míralo qué fino, para que no le gotee el helado, y se le puso a horcajadas en el parque mismo. El parque no era el parque del Oeste. Era el parque de las Tetas, porque Jennifer vivía por Moratalaz. David dijo que él comía el helado como le salía de los huevos, dijo que menos risitas, dijo qué rápido vas, rubia. Jenni tenía una coleta alta y morena y aros en las orejas. Le dio un beso y se sentó a su lado. David estaba calibrando si se animaba o no a invitarla a casa (su madre no llegaba hasta dentro de una hora), cuando Jenni dejó su Calippo en el césped y se quitó la sudadera, dejando al descubierto las tiras fucsias de su sujetador push-up y una cadena plateada de la que colgaba una palabra: j-e-n-n-i-f-e-r. La cadena brilló con el sol de la tarde y las pupilas de David brillaron contra las ocho letras plateadas. Sonrió de oreja a oreja.

–¿Qué? Te gustan mis tetas, ¿eh?

–Mucho –dijo David–, me gustan mucho.

LO DE VERÓNICA

Es tan guapo. Es muy guapo. Es guapísimo. Nos conocimos porque salimos los del curro por el cumple de Héctor, uno de la ofi. Él hace márketing también. Se conocían de la carrera, Héctor y él. Desde el principio nos caímos superbién, fue todo como muy fácil, muy guay. Yo creo que esta vez es distinto.

Verónica dijo «esta vez es distinto» cuando conoció, por orden de aparición en su vida, a Rodri, a Miki y a Quique. Lo dijo, también, tras tres polvos anodinos con tres ligues que no fueron a más, lo dijo de un chico con el que habló por WhatsApp tres meses y con el que nunca llegó a pasar nada (ni siquiera se vieron), y lo dice, al parecer, ahora, con la misma ilusión del primer día

Y tan majo. Estamos muy enamorados.

Verónica, al menos, está muy enamorada

Esas cosas se ven, se saben. Yo noto que no es igual, que me quiere, que se interesa… Eso se siente, todas sabemos cuando algo va bien o cuando en el fondo tiene un punto raro, y además yo tengo buen instinto para estas cosas.

Verónica tiene un instinto terrible

Estoy muy feliz, la verdad. Mira, el otro día, cuando fuimos con las chicas al Mad Cool, en un momento yo me agobié, ya sabes que de fiesta si hay mucha gente a veces me da calor y me agobio. Pues estuvo tan atento, tía. Se salió conmigo, me pilló agua, estuvimos sentados en el césped, tranquilos. No estaba como ansioso de que se me pasase, ¿sabes? ¿Te acuerdas con Rodri, cómo era el tema? Es que en cuanto nos íbamos de fiesta él estaba a lo suyo y joder, que yo lo entiendo por una parte, pero el día que me mareé en la Caracol no hizo nada, ¿te acuerdas? Yo en la puerta y él dentro, a lo suyo. Que a mí me daba igual que se metiera coca, pero hay límites. Y no es que yo lo dejara con Rodri por la coca, de hecho no fue para nada por eso,

Verónica dice con cierta regularidad que no fue por la coca por lo que lo dejó con Rodri, de modo que cabe deducir indefectiblemente que fue precisamente porque Rodrigo consumía cocaína con más frecuencia de la deseable, al menos de la deseable por Verónica

pero al final unas cosas influyen en otras, los horarios…, la confianza, también. Que yo confiaba en él, ¿eh? Rodri era un buen tipo y de hecho ahora nos llevamos genial, yo confiaba mucho en él,

evidentemente, Verónica no confiaba en Rodri

pero le llamaba y no me cogía, si no estaba conmigo no me cogía. Y seguramente no hacía nada raro, simplemente estaba a lo suyo,

lo suyo

pero no sé, que no puedas coger nunca el teléfono… Luego me decía que era una controladora, que si no le dejaba salir tranquilo con los amigos y tal, pero se supone que nosotras también tenemos que estar tranquilas, ¿no? Eso dice Nora, que tengo derecho a estar tranquila,

Nora es la psicóloga de Verónica

que pida lo que necesito, y eso hacía yo, pedir lo que necesitaba. ¿Que igual me pasaba? Igual. Yo sé que no mola salir de repente y ver cinco llamadas perdidas o siete whatsapps. A ver, tampoco eran tantos. Pero es que si no me coges, es normal que insista, ¿no?

¿Sí?

La cuestión: que Dani no es así para nada. Cien por cien otra cosa. Me cuida, me responde siempre, me pregunta él también. Que a Rodri parecía que le daba igual dónde estaba. Dani es atento, que si dónde estoy, con quién, que si me lo estoy pasando bien… Me da seguridad, ¿sabes?, como que me siento cuidada. Sí que se droga a veces, pero siempre conmigo. Ya sabes que de fiesta pasan cosas, no te lo voy a negar. El otro día estuvimos a punto de hacer un trío con Nuria. Flipa. Pues sin más. Estábamos de fiesta, en la terraza de Nuria, todos muy cariñosos, y en un momento Dani le empezó a chupar el cuello, yo le acaricié la pierna, y casi nos enrollamos los tres. Pero Nuria se rayó. Que lo entiendo, ¿eh? Porque al final la complicidad es entre Dani y yo. Pero es lo que te digo, todo de frente, ¿sabes? Que igual que de fiesta él se puede poner cariñoso con otra tía, yo me puedo poner cariñosa con otro tío.

Verónica nunca se pone cariñosa con otro tío

Sí, sí, lo hemos hablado. La segunda o la tercera noche que nos acostamos lo hablamos. Yo misma se lo dije, que conmigo no encaja mucho la monogamia. Si lo piensas, al final con Rodri, con Miki, con Quique, siempre acabé buscando otra cosa. Mejor que esté hablado. Pero ahora estamos tan bien que no nos apetece ver a otra gente. Que si pasa, pues perfecto, pero no nos apetece.

No le apetece a Verónica

Y en lo demás es que no hay color. Propone cosas, yo veo que le gusta estar conmigo, me lleva a planes. El otro día conocí a sus amigos y muy bien, de verdad que superbién,

Verónica está diciendo superbién demasiadas veces

majos conmigo, no sé, como que Miki siempre ponía ese límite y yo me sentía mal, pero ahora es cien por cien distinto. No sabes lo majo que es con mi madre. ¿Te acuerdas con Miki? Cinco años, tía, cinco años estuvimos y ni una Navidad quiso venir a mi casa. Que yo entiendo que

una no puedas, o que un año sea complicado por lo que sea, pero ¿ninguna? Esto es otra cosa. El otro día fuimos a casa de mis padres un segundo para pillar las llaves del coche y él no se quedó en el portal, subió, fue encantador. A mi madre le cayó genial. Vamos, demasiado bien. Ahora está todo el día que si qué tal Dani, que si ¿vas con Dani?, que si qué hay de Dani. Es verdad que a mis padres Miki no les gustaba nada, pero vamos, que a mí eso me daba igual. Yo he hecho siempre lo que me ha parecido. Lo que pasa es que Dani lo pone fácil.

Quizá la que lo pone fácil, por una vez, es la madre de Verónica que, en vista de los secuenciales fracasos amorosos de su hija, ha decidido bajar el listón o acaso prescindir del listón por completo

Yo me veo con él. Es así de sencillo. Debería ser sencillo siempre, de hecho. Como que hemos naturalizado las relaciones tóxicas y el drama y tal, pero yo creo que el amor debería ser sencillo. Es que estoy super a gusto. Me veo, me gusta muchísimo, estamos genial. Ha sido todo rodado. Fácil. Yo creo que quiere tener hijos. No, no, no lo hemos hablado. Pero es muy familiar, le pega, no sé. Ya sé que suena precipitado, pero de verdad, es que es otra cosa esto, no todo el mundo se enamora así, te lo juro. No creo que esto se pueda comparar con nada. Por eso pienso en los hijos. Que a mí me da igual, ¿eh? Te digo cómo lo veo a él. Yo no soy para nada ese tipo de tía, no es que sea mi sueño ser madre ni nada de eso. O sea, lo piensas y por un lado como que te gustaría, ¿no?

Verónica quiere decir «me gustaría», pero solo es capaz de decir «te gustaría»

Pero yo creo que porque cuando te lo imaginas lo idealizas también. No sé. Pero vamos que tengo treinta y ocho años, tampoco tengo que decidirlo ahora. A ver, no, ya sé, no puedo esperar mil años, pero no tengo que decirlo ahora mismo.

Ahora mismo, en este preciso instante, no. Pero

Si estamos empezando. Solo digo que si en un futuro él quisiera, por mí bien. Pero vamos, que ya lo conocerás, claro. Te lo tengo que presentar. No, hoy no creo que se venga porque los sábados tiene fútbol, y luego siempre se toma algo con los del equipo. Los sábados, sí. Mañana por la tarde hemos quedado, le pregunto y un día te lo presento. Mi hermana estuvo a punto de conocerlo el otro día, pero al final nos enfadamos y pasé. Nada, está en plan aguafiestas. Está obsesionada. No sé cuántas veces le tengo que decir que no todo el mundo le es infiel a su pareja. Como le pasó lo suyo, ya sabes.

Lo suyo

No dice nada. Que no le cae bien, y ni siquiera lo conoce. A ver, también mi hermana porque tiene su propio trauma, ¿eh? Ya te digo que está obsesionada. Pero no todo el mundo le es infiel a su pareja.

«No todo el mundo le es infiel a su pareja», ha repetido Verónica en este punto ya dos veces, de lo que cabe concluir que en breves momentos (quizá ahora mismo) Verónica vivirá una infidelidad o acaso la perpetrará, ambas cosas igual de probables, porque aunque Verónica pueda parecer ingenua (lo es, qué duda cabe), también es ciertamente caprichosa y bastante inconsistente, y podría ocurrir que fuera precisamente ella, en su inconsistencia, la infiel

Pero es que mi hermana ya no ve otra cosa. En cuanto no me contesta un mensaje, que es un capullo. Pero no todo el mundo está ahí pegado al teléfono a cada minuto. Él tiene su vida, sus cosas, es normal. En cuanto me tengo que adaptar yo, que soy una pringada. Pero está bien también adaptarse al otro, ¿no? Nora dice que está bien, siempre que sea mutuo,

¿Es mutuo?

y en este caso es mutuo, entonces qué problema hay. Yo le intento hablar de mis dudas, pero enseguida me echa todo por tierra. A ver, sí, siempre hay dudas. Todo el mundo tiene dudas. También por mi propia historia, ¿sabes? Es verdad que si no me contesta me pongo un poco nerviosa. Pero yo sé que no todo el mundo se pone nervioso, que es mi traumita.

Y quizá sí todo el mundo se pone un poco nervioso si no le contestan. Quizá Verónica es muy dura consigo misma y, aunque no es perfecta –nadie lo es–, no tiene la culpa de todo

Tampoco es que me encante que se drogue. No me importa, ¿eh?

Verónica no quiere parecer una mojigata

Pero no sé. Se lleva guay con sus ex, y eso por ejemplo me raya pero me parece buena señal en el fondo, ¿sabes? Señal de que es buena persona. Llevarse bien, normal. Quedan, les comenta en Instagram, lo típico.

Lo típico

Lo suyo

Lo normal

Pero estas cosas a mi hermana no se las puedo contar. Desde lo de Jaime, ¿te acuerdas? Pues eso. Pero no todo el mundo tiene otra novia en Murcia. Es que mi hermana ya es como si todo el mundo tuviera una doble vida. Además que Dani es de Madrid. Una novia en su lugar de nacimiento no puede tener.

Sí puede. Eres tú, Verónica. ¿No?

Otra novia, me refiero. En fin, que qué tontería. Te digo: esto es muy distinto. Distinto de lo de antes, de lo de mi hermana, de todo. No todo el mundo es igual, ¿no?

…

¿No?

EL RASTRO

Siempre le habían molestado los rastros que las exparejas dejaban en la vida de sus novios. Un abrigo. Un retrato. Una costumbre. Cosas imperceptibles para los demás, porque quién va a saber de dónde salió ese abrigo. Cosas que acaban por surgir en la conversación, y ese retrato en blanco y negro, qué bueno, quién te lo hizo, y de ahí al mi ex era fotógrafa. Cosas que saben todos los amigos: Luismi fumaba hasta que conoció a Loreto.

Siempre le habían molestado los rastros que las exparejas dejaban en la vida de sus novios, aunque sabía que era un sentimiento infantil: como si no fuera lo lógico, como si uno no llegara a los treinta y cinco con un pasado. Si hubiera conocido a un hombre sin un pasado a los treinta y cinco habría salido corriendo.

Sin embargo, con Pedro la cosa se agravó. En este caso el problema no era el abrigo, ni el retrato, ni la costumbre, sino que el rastro principal de una vida pasada tenía once años, un flequillo recto, dos coletas y brackets de color rosa tanto en los dientes de arriba como en los de abajo. De Rita no se puede decir «la han perdido en la tintorería» ni «quizá esto quedaría mejor colgado en el cuartito del fondo» ni «en realidad conmigo a veces se fuma un par». A Rita había que acogerla como lo que era: la prueba fehaciente de que Pedro tenía un pasado.

Quizá por eso le costó tanto decirle que no. Que no quería un hijo con él. Le costó porque la tentación estaba ahí: igualar e incluso superar en número, tener no un hijo con Pedro sino incluso dos, de modo que Rita se disolviera en la nueva prole y nadie dudara de que la novia definitiva era ella, Eva. Era una tentación grande y Eva se lo pensó durante siete días. Al séptimo, decidió no pecar. No se podía tener un hijo para empatar con nadie. Pensó en sus senos y en sus tobillos hinchados, en perder la cintura, en no poder irse un martes a las seis al cine, en que nada de improvisar unas cervezas un jueves, y dijo que no, que no quería tener un hijo con Pedro, renunciando así al empate y comprendiendo que la angustia que Rita le suponía tendría que eliminarla de otro modo. Con lo fácil que habría sido gestar una criatura durante nueve meses, parirla durante catorce horas, criarla durante dieciocho años y velar por ella la vida entera.

Pedro dijo vale. Le hacía ilusión tener un hijo con ella, pero vale. Serían solo ellos dos. Ellos dos en semanas alternas. Ellos dos y a veces Rita.

Celebraban su aniversario el 15 de mayo: se presentaron en sociedad como novios en la pradera de San Isidro, compartieron un bocata de panceta, se subieron a la noria y se rieron de los amigos del grupo que se mareaban. Pedro era uno de esos amigos. Al bajar vomitó discretamente detrás de una papelera el medio bocata de panceta. Eva se rio, le dio un clínex y luego le tendió una lata de Coca-Cola: bebe y quítate el mal sabor, que te quiero besar. ¿No te importa que vomite en las norias? No le importaba.

Pero este 15 de mayo les tocaba Rita, y a Eva le irritaban aún más ese flequillo recto, esos brackets arriba y abajo y esas dos coletas cuando venían a interferir en lo que a todas luces debería ser un plan íntimo, un plan romántico, un plan de dos.

–¿Quieres un algodón de azúcar?

Eva intentaba ser maja.

–Mamá dice que el azúcar es malo.

El rastro tenía muchas formas. La forma, por ejemplo, de la Organización Mundial de la Salud. El rastro era insolente y siempre estaba de parte de su madre.

Además del rastro, estaba la gente.

–¡Pero qué niña tan guapa! –dijo la churrera desde su quiosco–. ¿No quieres unos churritos? ¿O unas rosquillas? Anda, dile a papá y a mamá que les regalo un par si se llevan una docena.

Y cómo decir que no eres su mamá sin que suene feo. Pedro y Eva intercambian una mirada rápida. Rita se queda en silencio, primero, y luego dice que sí, que quiere rosquillas, tontas y listas, de las dos, y Pedro paga y dice ¿están ricas, cariño?, mientras le hace un gesto a la churrera para que se quede con el cambio. Eva piensa con amargura: como si las rosquillas no tuvieran azúcar.

A la semana siguiente Pedro la invitó a cenar al Nina Pasta Bar, el italiano favorito de Eva, pero Eva estaba mohína porque Eva quería haber celebrado su aniversario con un clavel en la oreja, con el inicio del buen tiempo, con la noria, los amigos, con el achispamiento tonto de las cuatro de la tarde y el bocata de panceta a medias sentados en la pradera. Pedro ponía su cara de es-lo-que-hay, y tenía razón, era lo que había. A Eva se le pasó cuando llegó la puttanesca.

El rastro se evidenciaba en las semanas alternas, en las confusiones con la churrera, con el pediatra, con el quiosquero, en la madre de Eva, que no sabía cómo tratar a la niña, en la madre de Pedro, que no sabía cómo tratar a Eva. El rastro era infinito e incomparable a un abrigo, a un retrato, a una costumbre. Entonces ocurrió la primera cosa insospechada. Insospechada al menos para Eva.

Tan sutil como el paso de la niñez a la preadolescencia, Rita llegó un día con una trenza rosa en el pelo, y otro día dijo que si le compraban

una camiseta de tirantes (mamá no me deja), para terminar un gran día sentenciando:

–Mamá es imbécil.

A Eva le brillaron los ojos. Sintió cómo se le ensanchaba el pecho. Se apresuró a responder antes que Pedro:

–No hables así de mamá, Rita, ella hace las cosas pensando en ti. –Y le pasó un mechón por detrás de la oreja con una caricia.

Qué fácil, facilísimo, era de repente ser buena persona. Todo lo pérfida que se sentía al inicio de la relación, se sentía ahora María Teresa de Calcuta. Defendiendo a la madre y sin embargo siendo el referente cool, dejándole el pintalabios y las gafas de sol a Rita, haciéndose fotos con ella con los filtros de Instagram, con orejitas de conejo, con corazones en las mejillas, con colores psicodélicos.

–Mamá no tiene Instagram. Es vieja.

–No es vieja, bonita, será que no le interesa.

Felicidad pura. Facilidad máxima. Ir con Rita a comprarle su primer bikini, totalmente innecesario y sin embargo tan urgente. Pintarse juntas las uñas. Escuchar juntas a Leiva. Defender a mamá. Qué fácil. Le enseñó a hacerse una trenza sin un espejo, y a anudársela sacando la goma de la muñeca agarrándola con los dientes, para no soltar el pelo de la mano izquierda. Fue el día que la encontró llorando en el baño. Tenía un cumpleaños y había intentado hacerse una trenza desde arriba, había usado dos espejos, pero no conseguía verse la cabeza.

–Se llama trenza de espiga –dijo Eva, didáctica. Y luego dijo–: Ven.

Se sentaron las dos en dos taburetes frente al espejo. Eva le explicó que en realidad es un lío intentar mirarse la trenza, porque además el espejo devuelve el reflejo invertido. Lo que hay que hacer es mirar al frente o cerrar los ojos y concentrarse en el pelo. Vamos a hacerlo a la vez. Coge pelo para medio recogido. Divídelo en tres. Y ahora cruza un mechón. Luego el otro. Luego el otro.

Eva abrió los ojos y se encontró con Rita en el espejo, muy concentrada, los ojos muy cerrados.

Cuando ya tienes la trenza, agarras la goma de tu muñeca con la boca y te la subes a la mano para poder usarla. Y anudas la trenza. Y ya está. Rita lo hizo y dijo que le daba mucha dentera morder la goma del pelo, pero se quedó satisfecha con el resultado, que era sin duda mejorable y sin duda mejor que cualquier intento anterior.

–Verás como papá te dice que estás guapísima.

–A papá cualquiera le parece guapísima.

Eva se puso seria y Rita se dio cuenta.

–Me refería a antes. Ahora ya no.

–Ya. –Eva le pasó un mechón por detrás de la oreja. Le tocaba ser la razonable. No importaba–. No te preocupes.

Rita se fue a su cumpleaños y le dijo a todo el mundo que Eva le había enseñado a hacerse su trenza.

–¡Hala! Desde arriba.

–Se llama de espiga –respondía la niña, resuelta.

Eva se sentía feliz, feliz y tranquila por primera vez en mucho tiempo. Estaba bien con Pedro, se llevaba genial con su hija. No tenía que valorar si tener o no una familia porque ya tenía una. En semanas alternas. Era perfecto.

Entonces ocurrió la segunda cosa insospechada. Insospechada al menos para Eva.

Estaban desayunando un lunes a las siete de la mañana, faltaban treinta minutos para que Eva tuviera que salir disparada, caminar rápido hasta Atocha, la Renfe hasta el Ramón y Cajal. Llevaba trabajando de enfermera desde que terminó la carrera, pero solo desde que estaba con Pedro había reparado en lo triste que era trabajar en un hospital que no tenía maternidad. Ahí las flores que entraban siempre tenían forma de corona funeraria. Igualmente, le gustaba su trabajo. Estaba ya pensando en lo que haría hoy –llegar, el pijama, el café, avisar a Peláez del cambio de turno–, cuando Pedro dijo:

–Eva, hoy no ceno en casa. Deberíamos hablar, creo.

Eva miró el reloj de pared de la cocina.

–¿Ahora?

–Bueno, no. Igual mañana.

Eva resopló, dejó la tostada, se echó para atrás.

–Dime. Ahora.

Como en todas las rupturas, Eva no comprendió nada en la primera conversación. Solo comprendió que Pedro quería dejarlo, pero no comprendió ni por qué, ni desde cuándo, ni si había otra, ni nada. Así se lo dijo por teléfono a su amiga Marisa, que a su pesar vivía en Barcelona desde hacía cinco años. Lo dijo mientras lloraba en un tren tardío con pocos pasajeros.

De la segunda conversación sacó algo más en claro. Que estaba guay que se llevara tan bien con Rita. Que le abrumaba que se llevara tan bien con Rita. Que en cierto modo él quería una novia, no *otra mujer con toda la parafernalia.* La traducción a Marisa fue: tócate el pie, si ahora es un problema que me lleve bien con la niña. La parafernalia, dice, ¿qué parafernalia? Si me habló él de tener hijos. El veredicto de Marisa, al otro lado del teléfono, fue conciso: mira, este tío es un impresentable, sinceramente.

En la tercera conversación él juró y perjuró que no había nadie más.

En la cuarta conversación quizá sí había alguien más. Nada serio. Solo alguien que le hacía dudar. Alguien que había sido no causa, sino consecuencia, dijo. No un motivo, sino una revelación. Métete tu

revelación por el culo, dijo Eva.

Él querría irse de casa para darle a ella tiempo de buscar otro sitio, pero, claro, estaba la habitación de Rita. Eva se fue primero a casa de un amigo, luego a un Airbnb, luego alquiló un piso al norte de Madrid, más cerca del hospital, más lejos de ellos. Lloró cuando recogió sus cosas, lloró cuando quitó de la nevera el selfie de los dos en la noria de la pradera de San Isidro, lloró cuando le dejó a la niña un pintaúñas rosa purpurina en la mesilla de noche.

Lo peor de dejarlo con Pedro fue dejarlo con Rita. Se dieron un abrazo larguísimo. Rita también lloró.

–¿Nos podremos ver a veces?

Eva dijo que sí, pero sabía que era que no. Al menos no durante un tiempo.

Siguió el protocolo. Se mudó a su nuevo barrio. Se compró ropa nueva. Se cogió una semana de vacaciones en temporada baja y se fue a Barcelona, a dormir en el piso de Marisa, a tomar daikiris de fresa *como antaño* (joder, tía, cuándo antaño ha empezado a ser antaño), a aprovechar el puntito del alcohol para reír y para llorar.

Como a veces ocurre, Pedro nunca quiso tener otro hijo con nadie más. Acaso solo lo proponía cuando veía resistencia, decía que sí ante la seguridad de que no ocurriría. Eva, sin embargo, consideraba cada día más triste trabajar en un hospital sin servicio de Maternidad. Tuvo una sobrina. Conoció a Carlos, y sus rastros le dieron más igual, quizá porque ella coleccionaba ya un buen montón de rastros propios.

Unos años más tarde estaba embarazada de tres meses y medio y desayunaba con Carlos en una cafetería, los ojos brillantes frente a la ecografía de papel, el sexo del bebé recién revelado. Era una niña.

–¿En qué piensas? –dijo Carlos cuando Eva se quedó callada. Era raro que Eva se quedara callada.

En qué pensaba Eva. Eva pensaba en unos brackets rosas arriba y abajo, en una trenza rosa, en un pintaúñas de purpurina rosa. Eva pensaba en si su bebé querría también que todo fuera rosa cuando llegara a la preadolescencia, en si su preadolescente diría: mamá es imbécil. Eva pensaba en Rita. Y secundariamente en Pedro. En cómo tener un hijo te vinculaba irremediablemente a alguien. En cómo ella ni siquiera sería la ex de Pedro para sus futuras novias, porque la ex de Pedro (la ex-ex) siempre sería la madre de Rita. En cómo ella no dejó rastro.

Lo que Eva no sabe es que en este mismo momento, viernes del inicio de la primavera a media mañana, Rita, dieciséis años, uñas pintadas de negro, eyeliner negro, camiseta negra, desayuna con su padre en una cafetería enfrente del centro de salud de su barrio después de haberse hecho unos análisis rutinarios. Ha tenido algunos desmayos, pero parece

que son desarreglos hormonales más o menos frecuentes, vinculados a la menstruación. Rita quiere dilatar el momento (me pido otra tostada y ya me voy al instituto, te lo juro), y el padre aprovecha para sacar un tema espinoso.

–Entonces, Cecilia, ¿te cayó bien?

–Sí, ya te lo he dicho. –Rita mira su tostada.

–¿Pero bien-bien? Para mí es importante que tú estés a gusto, porque estoy valorando que igual vivamos juntos.

–Es maja.

Pedro miró el silencio de su hija.

–¿Pero?

–Pero qué.

–¿Es maja, pero?

–Pero no es Eva.

Pedro suspiró y se reclinó en la silla.

Rita con doce años gritándole a Sandra: ¡Eva era muchísimo más simpática que tú!

Rita con trece años gritándole a Lucía: ¡no te soporto! ¡Si fueras como Eva todo iría mejor!

Rita con catorce años diciéndole a su padre: fuiste un imbécil. Echo de menos a Eva.

Rita con quince años callada.

Rita ahora, desayunando con su padre. Al menos ya no se lo dice a ellas a la cara, es todo lo que puede pensar Pedro. Le parece suficiente, de momento.

Rita le mira con su cara de es-lo-que-hay, y tiene razón: es lo que hay. Luego se limpia las manos, se echa para atrás en la silla y se hace una trenza. Medio recogido. Divide el pelo en tres. Cruza un mechón. Luego otro. Luego otro.

–¿Pido la cuenta? –dice Pedro.

–Vale.

Al mismo tiempo que Carlos le dice a Eva:

–¿Pido la cuenta?

–Sí.

Mientras, ella se hace una trenza. Medio recogido. Divide el pelo en tres. Cruza un mechón. Luego otro. Luego otro.

Un bebé que se llamará Berta dentro de Eva. Un pintaúñas de purpurina rosa dentro de la mesilla de noche de Rita. Eva y Rita, en dos cafeterías distintas, un viernes de inicio de primavera, agarran con los dientes una goma de pelo de su muñeca derecha y se anudan el pelo trenzado. A Rita le da dentera. Eva se acuerda de que a Rita le daba dentera.

PUPILA

La llamaban Pupila porque era su alumna y las primeras veces que se vieron fue tomando MDMA. Porque a ella se le agrandaban las pupilas y porque era su alumna la llamaban Pupila. La llamaban Pupila los amigos de él. Ella se llamaba Nerea. Él la llamaba Nere. Ella a él, Luis, porque se llamaba Luis y ella –Nerea– no le daba vueltas a las cosas. Los amigos de ella le llamaban el Profesor.

Que era espinoso se lo dijeron desde el principio. Los amigos de Luis, a Luis. Porque Luis no era solo Luis, ni el Profesor, ni Luisito, ni Luisón, ni Luiggi. Luis era, además, Luis González de Enterría, conocido de sobra en todo el mundo cultural de habla hispana, delgado, ágil, canoso bien –eso decían las amigas de Nere: canoso bien–, reputadísimo y aclamado director de cine, además de guionista y periodista ocasional. Luis tenía cincuenta y dos años, un piso en propiedad de noventa metros cuadrados y cinco películas estrenadas. Había optado al Goya una vez, hacía dos años. Entró a la carrera por el Goya, dijeron los periodistas. Se lo llevó Sorogoyen.

Que era espinoso se lo dijeron desde el principio. También a Nerea. Porque Luis no era solo Luis, ni el Profesor, ni Luisito, ni Luisón, ni Luiggi. Luis era, además, Luis González de Enterría. Quién sabe a cuántas alumnas iba por ahí invitando a MDMA, le dijeron. Pero si el eme lo pongo yo, dijo ella. Quién sabe a cuántas alumnas iba seduciendo por ahí, le dijeron. Pero si lo seduje yo, dijo ella. Quién sabe a cuántas jóvenes aspirantes a cineastas se va tirando por ahí, le dijeron. Quién sabe a cuántos directores me voy tirando yo por ahí, dijo ella.

–Yo, yo lo sé: a ningún otro –zanjó su amigo Pablo.

También se llamaba Pablo el amigo que le dijo a Luis: no te la tires, ni de coña te la tires, aparte de que sea tu alumna, ¿cuántos años tiene? Luis respondió bajando la mirada.

Nerea tenía veinte años, una cámara de fotos analógica con la que iba a todas partes y tres libros de feminismo en su mesilla de noche: *Teoría King Kong, Todos deberíamos ser feministas* y *Calibán y la bruja*. Solo se había leído el segundo, que es el más corto.

Empezaron a hablar por email porque ella tenía una duda urgente y él se la resolvió con rapidez, y estuvieron hablando por email dos meses. Hablaban como quien se whatsappea, pero ninguno se atrevía a pedirle al otro el número de teléfono, así que tenían constantemente abierta la aplicación del correo electrónico. Fue Nerea la que le pidió el móvil. Es

absurdo, le dijo. Él no supo si se refería a la relación que estaban entablando o al medio escogido. Le dio su móvil.

Tres meses más tarde los amigos de él –que no la conocían a ella más que por lo que Luis contaba– insistían: ándate con ojo. Tres meses más tarde los amigos de ella –que de él sabían lo que revelaba Google– insistían: ándate con ojo. Ellos ya se habían enamorado.

Quiero follar contigo hasta la muerte, le dijo un día Nerea, desnudándose en su salón. El de Luis. Siempre quedaban en casa de Luis, porque Nerea vivía en una habitación de siete metros cuadrados, en una casa con las paredes de papel, con dos compañeros de piso ruidosos y sucios. Quiero follar contigo hasta la muerte, le dijo, y él comprendió o quiso comprender que estaba enamorada, que quería follar con él hasta el fin de sus días, hasta la eternidad. Apenas catorce segundos más tarde, cuando Nerea sudaba a horcajadas sobre él como si estuviera de eme –y aquella vez no lo estaba–, cuando Nerea parecía estar más presente y más ausente que nunca, cuando la cadera de Nerea iba tan rápido que él apenas percibía el rebotar de sus tetas, porque subían y bajaban tan deprisa que al final siempre estaban en el mismo sitio; entonces Luis comprendió que Nerea quería follarlo literalmente hasta la muerte: no dejar de follar hasta que uno de los dos muriese. Por una cuestión de edad, de sexo y de estadística, pensó que todas las papeletas las tenía él. La hipocondría lo invadió y pensó que realmente se moría: que Nerea lo estaba matando. Pensó en decirle: para. En bajarla y recuperar el ritmo normal de sus pulsaciones. Lo hizo. Le dijo: para. Y Nerea dijo: no. Él estaba ya a punto de correrse. Para, insistió. Nerea negó con la cabeza y siguió moviéndose. Cuando ella gritó un orgasmo que escandalizó al edificio –nos debe de haber oído la familia del tercero, pensó Luis, pudoroso– él se dejó, al fin, eyacular.

Nere se levantó para ir al baño y él la reclamó a su lado –pero ven–. Ella dijo: ahora. Él se miró su propio cuerpo cansado. No se había muerto.

Nerea volvió desnuda y despeinada con su cámara analógica colgada del cuello. Le apuntó y sonrió. ¿Lo estaba matando ahora, con ese disparo? Clic. A Luis le incomodó un poco que Nerea tuviera una foto suya desnudo. No es que pasara nada. No es que no confiara en ella. Pero.

–¿Qué saben tus amigos de mí? –preguntó ella en el desayuno.

Desayunaba zumo de naranja y yogur con avena. Nerea era sana. Era de esas que desayuna fruta. Que no toma café. Nerea colocaba su desayuno sobre un fondo bonito y lo subía a Instagram. El pie de foto era la frase de alguna peli. O de algún libro. O tan solo «martes» y el

emoji de una planta.

–Te llaman Pupila –explicó él abriendo la ventana. Luis desayunaba un café solo, un cigarro y, a veces, un Ibuprofeno. Desayunaba de pie y en calzoncillos. Luis era desde cierto punto de vista un desastre, pero a él su método le funcionaba. Pensó en su núcleo duro: Pablo, Isa, Cris. La miró–. Pupila, por el eme y porque eres mi pupila, básicamente.

–¿Cuándo me los vas a presentar?

Nerea lo dijo mirando fijamente su cuenco de yogur con avena, temerosa acaso de la respuesta de Luis. Él levantó las cejas y ganó tiempo con una calada larga. La verdad es que nunca lo había pensado. Sentía una cierta resistencia a hacerlo, pero sentía aún una resistencia mayor a disgustar a Nerea o a tener un conflicto.

–¿Por qué no te vienes el jueves? Es el pase privado del documental de Bea en la sala Berlanga.

Nerea pensó: Bea, Beatriz Hermosilla, Goya a mejor cortometraje documental. Pensó en llegar allí de la mano de Luis. Pensó en quién podría estar. Pensó en que estarían seguro Pablo, Isa, Cris y el resto. Es decir: Pablo González, Isabel L. Cuesta, Cristina Calderón. Se le iluminaron los ojos y se le ensancharon las costillas, e intentando que no se le notara demasiado la emoción levantó la vista, miró a Luis y dijo:

–Vale.

Se encontraron en la esquina de Donoso Cortés. Nerea llegó exultante y al mismo tiempo con gesto forzado de normalidad, como si hubiera ido a muchos pases privados de documentales en su vida. Iba con una falda de tul rosa fucsia y el resto toda de negro, con una camiseta semitransparente y los ojos muy delineados. Luis la miró y pensó qué piernas tan bonitas. Él llegó normal, con sus vaqueros gastados y su chupa de cuero de siempre, y creyendo que todo era perfectamente normal, y que él se encontraba perfectamente normal, pero había fumado a esas alturas del día más del doble de lo que solía. Se besaron y ella empezó a contar atropelladamente que esa misma tarde había visto *Solaris.* Entonces Luis pensó qué lista. Qué piernas tan bonitas y qué lista. Y se sintió rejuvenecer llegando con una tía tan joven y tan culta, asumiendo que era un combo poco habitual. Entraron un poquito tarde y antes de la proyección apenas saludaron a nadie. En las cañas de después, sí.

Luis saludó a todo el mundo. Luis conocía a todo el mundo. Les presentó a Nerea a Pablo, a Isa, a Cris –esta es Nerea, dijo él; hola, dijo Nerea– y luego fue de grupo en grupo hablando, dando abrazos a varias chicas, charlando con gente que Nerea creía que era importante (actores, directores), pero que en realidad solo era famosa, y charlando

también con gente realmente importante (productores, distribuidores), que Nerea ignoró porque no eran famosos.

Ella se sentía resuelta. Le explicó a Cris todo lo que sabía sobre Eisenstein, habló con Pablo tocándole un poco el brazo y fue encantadora con Isa, porque sabía que hacía años había sido novia de Luis. Cris la escuchó con simpatía y Pablo le hizo muchas preguntas. Es verdad que Isa fue seca, pero le parecía normal: seguramente estaba celosa. Al tercer vino los dejó a los tres en su esquina y se acercó al grupo en el que estaba Luis, presentándose, hola, soy Nerea, y Luis dijo enseguida ah, sí, esta es Nerea; y Nerea estaba allí, con su camiseta semitransparente y una copa de vino en la mano, hablando con dos actores madrileños, un director de cine y dos desconocidos, al lado de Luis, y pensó que ya estaba, que era un paso importante en su relación, y que además estaba ahí hablando de tú a tú con la gente del cine, y le brillaban los ojos y ni siquiera pretendía disimularlo.

Luis pensaba que todo iba bien. Dejó a Nerea con Isa, Pablo y Cris, sintiendo que cumplía con ella, sintiendo que la dejaba en confianza. Luego se fue a saludar y a hacer relaciones profesionales, porque al final estas cosas eran trabajo, y cuando volvía al lado de Nerea así se lo relataba, nada, no te he dicho que vinieras porque al final, aunque no lo parezca, son conversaciones de trabajo. En otras ocasiones Nerea sí iba y se quedaba allí, plantada a su lado, su brazo a cinco centímetros del brazo de Luis y Luis se descubrió esforzándose por evitar el contacto. Esto no lo vio venir. Pensaba que todo iba bien, pero ahí estaba Nerea, hablándole de Tarkovski a un productor de Antena 3 que quizá ni sepa quién es Tarkovski, y a Luis comenzó a invadirle un ligero bochorno. La gente la miraba, eso era cierto. Nerea era joven, era guapa. Luis respiró y dijo ahora vengo, voy a por una copa, y se acodó en la barra. A su lado se acodó Isa.

–¿Te cae bien?

Isa sonrió y se cerró la boca con una cremallera invisible. Las exnovias no opinan de las nuevas acompañantes, porque no pueden ser tomadas en serio. Pero Luis le dio un codazo: venga, Isa.

–Es una cría, Luiggi.

Luis no dijo nada, aunque le hizo un gesto al camarero para que su copa la cargase bien.

–¿Y ese tutú? –añadió Isa, y Luis recordó que cuando más odiaba a Isa era cuando tenía razón.

No dijo nada, pero la vergüenza ya se había instalado en él. Miró a Nerea en mitad de la fiesta y sintió el bochorno de verla explicándole cosas a gente que le sacaba treinta años, y se preguntó efectivamente por qué coño iba en tutú; no es que importara, pero la vergüenza de Luis se centró en esa falda de tul fucsia que de repente le pareció

ridícula en medio de un montón de gente en vaqueros en un bar cualquiera de Madrid.

De vuelta a casa –a casa de Luis– Nerea seguía exultante y él cambió la normalidad por un leve estado de tristeza, se le fue la vergüenza y se quedó solamente un poco deprimido. Ella quiso follar al llegar, porque no se había puesto una camiseta semitransparente para nada, y porque nunca había estado tan enamorada de Luis, y porque nunca se había gustado tanto a sí misma como esa noche. Luis no quiso follar pero no supo resistirse. Mientras se enrollaban le venían flashazos de la noche, Isa y él acodados en la barra esperando su bebida –es una cría, Luiggi–, Nerea hablándole de Tarkovski a Javier Delgado, productor de Antena 3, y Javier Delgado poniendo cara de póker, Nerea con esa falda ridícula. No se empalmó y dijo perdona, es que he bebido mucho, y ella dijo no importa, tonto, y él le practicó el sexo oral protocolario de cuando uno no quiere o no puede follar, el sexo oral de la disculpa, el sexo oral de a ver si se corre rápido y terminamos con esto, y ella fingió que se corría mucho aunque solo se corrió normal, pero Nerea ya había decidido que esa noche sería exultante hasta el final.

Él se despertó antes que ella, y cuando Nerea entró en la cocina Luis ya estaba con su café y su cigarro, acodado al lado de la ventana. Ella no paraba de hablar. Mientras se preparaba su yogur con granola (¿desde cuándo había más cosas de ella que de él en la nevera?) comentaba minuciosa y divertida los detalles de la noche anterior. Luis la recordó en la esquina, con Pablo, con Isa, con Cris, con el resto. Con su camiseta semitransparente y sus piernas muy juntas, con su estudiada estética de jovencita intelectual. Es maja, iban a decir. Menos Isa, que siempre decía la verdad, los demás iban a decir es maja, porque lo quieren.

–Oye, podíamos enmarcarlo y colgarlo en la entrada, quedaría genial en la entrada.

Nerea señaló el póster de *Los abrazos rotos* que se había encontrado ayer. Luis odiaba a Almodóvar. Nerea seguía hablando, Nerea no se callaba y Luis solo quería que esa tía no estuviera en su cocina. Que no hubiera estado nunca.

–Nere.

–Qué.

Luis tardó en contestar, porque por un lado sentía que quería romper con ella, y por otro lado sentía que no había nada que romper. Al fin y al cabo no habían sido una pareja, ayer fue la primera vez que estuvieron juntos en algún sitio. Era tan evidente, de repente, que esto no tenía sentido.

Nerea lo miró pensando que al fin Luis diría algo como tengamos

algo serio, deja tus cosas en mi casa, por qué no pasamos juntos las vacaciones. Ya había conocido a sus amigos, ya había demostrado ser una más, ya estaba.

Él apagó el cigarro, cerró la ventana y se sentó frente a ella. Ella se quedó parada con la cuchara de yogur con avena metida en la boca. La sacó limpia. Tragó. Repitió:

–Qué.

Él suspiró y miró los ojos brillantes de ella, y nunca se había sentido con nadie en dos universos tan distintos. Nerea nunca se había sentido tan en el mismo universo con nadie. Luis cogió todo el aire que pudo y haciendo un grandísimo esfuerzo dijo, al fin:

–Yo creo que es mejor que nos veamos menos. Que dejemos de vernos, al menos por ahora.

Algo dentro de Nerea se rompió. Como doscientos espejos partiéndose de golpe contra el suelo. Como si no hubiera entendido nada de la noche anterior, de los meses anteriores:

–¿Perdón?

La conversación se volvió densa y complicada, ella insistió, insistió mucho, intentémoslo, por favor, vamos a intentarlo, yo sé que esto va a funcionar, yo sé que en el fondo me quieres, aunque tengas dudas. Él reunió toda su fuerza para mostrarse tajante y todo su cariño para no ser despreciativo, de verdad que no, Nere, de verdad que no, me pareces genial, de verdad que no es nada contra ti, pero esto no va a funcionar. Cuanto más insistía Nerea en que sí iba a funcionar, más la odiaba Luis por ponérselo complicado.

–Y entonces para qué coño me invitaste a lo de ayer.

Lo dijo casi gritando y Luis suspiró. Por una vez, estaba de acuerdo con ella: para qué coño la invitaría a lo de ayer.

–No sé, Nere. Pero me doy cuenta de que no tiene mucho sentido. Lo siento.

Nerea, rígida y tensa, le dio una tregua a la conversación y dijo: me voy a duchar. Luis no la siguió. Volvió a abrir la ventana y se encendió otro cigarrillo. Escuchó el agua de la ducha. Se relajó brevemente. De verdad se había ido a duchar.

La edad sí importa, pensó. La edad y no solo la edad. Parecía tan moderna, Nerea. Quizá esa había sido la trampa, se dijo, dando un toque para que la ceniza cayera en el fregadero. Luis se agobiaba con facilidad, pero con Nerea no se agobió. No se agobió porque Nerea tenía veinte años y evidentemente no había un futuro en esa relación. Además, Nerea fingía muy bien.

Luis miró su cámara de fotos, su tutú fucsia en el suelo del salón. Nerea lo había dejado claro desde el principio, aquella primera tarde en que se vieron solos –los ojos delineados muy oscuros, las uñas pintadas

de azul eléctrico–, a mí no me importa que te acuestes con otras chicas, nosotros no somos nada, somos amigos, y en la fluidez de la amistad y de los cuerpos y del eme compartido echaron un polvo que a Luis le pareció fantástico aunque no se corrió, pero muchas veces no se corre y menos de eme, se lo explicó y a ella le pareció bien. Eso era un poco lo bueno de Nerea (al principio), que todo le parecía bien.

No es que no tuviera personalidad, tampoco. Era inteligente, de eso no cabía duda, sus opiniones le interesaban, y ella se las daba, le daba sus opiniones como te roza una tela que pasa por ahí: tu ex es supertóxica, yo no la vería tanto; deberías comer más fruta; te he colgado ese cuadro, queda mucho mejor, ¿verdad? Siempre se dejaba cosas en casa. Un jersey, un pasador de pelo, un libro. También se dejaba cosas que no eran cosas: su cuenta de Gmail en el ordenador de Luis, la nevera ordenada distinto, la mesilla vacía. La mesilla vacía no era nada: el rastro de que alguien había estado ahí, de que sus pendientes y su móvil cargándose habían estado ahí, porque de lo contrario en la mesilla estarían los libros de Luis, y un lápiz, y la funda de las gafas, y un blíster a medias de Ibuprofeno.

Luis miró el póster de Almodóvar, los copos de avena, el tutú fucsia. Había entrado de lleno porque todo parecía fácil, porque todo parecía imposible, porque a ella no le importaba que follara con otra gente –con otra gente: con otras tías–, y esa fue su pérfida llave para invadirle la casa entera, la vida entera. Como si follar puestos de eme los protegiera de follar por amor. Nerea era controladora pero tenía medidamente estudiado cómo no parecerlo. La manicura perfecta, pero azul eléctrico. Una dieta hiperrestrictiva amparada por el ecologismo. Etcétera. Y ahora tenía que dejarla con delicadeza, porque, bueno, porque la situación era delicada. Espinoso, había dicho Pablo. Es una cría, había dicho Isa. Pues eso. Y sin embargo estaba enfadado, estaba muy enfadado, enfadado porque para no ser *un mal tío* se había dejado invadir, no había puesto límites, y encima con una exalumna, y encima con una niña. Escuchó cómo el agua de la ducha paraba.

Nerea giró el grifo hacia la izquierda y el agua paró. Hacía quince minutos lo había girado a la derecha para abrirlo. Nerea entrando en el baño llorosa. Nerea desnudándose rápido. Nerea abriendo la ducha y mirando el agua un rato sin mojarse, para esperar a que se calentara y también por ver si Luis venía. Luis no vino. Es gilipollas, Luis. Dio un paso adelante y se metió bajo el chorro. Cerró los ojos. Se sintió mal. Una parte de ella –el estómago– sabía que había tirado de la cuerda, que había dicho que sí cuando pero, que había dicho que todo bien y luego había intentado anudar la cuerda. Una parte de ella –el estómago, el pinchazo– sabía que había ido de guay y que estaba enamorada. Una parte de ella sabía que se había sentido fuera la noche anterior: cuando

hablaron de hipotecas, cuando hablaron de sus fisioterapeutas, cuando hablaron de Espinete. Sabía que había intentado que las cosas fueran como no eran. Que quería colgar un cuadro como si eso fuera a modificar los sentimientos de él, como el perrito que mea en un árbol que no puede moverse. Lo que más le dolía de que él la dejara no era que él la dejara, lo que más le dolía era quedar revelada como un cliché: la alumna jovencita encandilada por su profesor, más adulto, más frío, más lúcido que ella. Lo que más le dolía no era que él no la quisiera ahora, sino sentir que nunca la había querido realmente, si bien le tenía cariño –¿hay algo peor que que te tengan cariño?–, si bien la trataba bien. Nerea terminó de aclararse el jabón y giró el grifo. El agua paró. Se envolvió en una toalla y salió del baño a grandes zancadas descalzas, los hombros empapados, el pelo pegado a los hombros, la barbilla temblando. Una parte de Nerea sabía todas esas cosas. El resto de partes no.

–Eres un imbécil, has dado señales y ahora qué, como si yo me lo hubiera inventado todo.

Luis –que estaba enfadado–, se incorporó:

–No, no y no, yo siempre fui meridianamente claro, siempre hablamos de lo que había, lo que había era entendimiento y sexo y ningún futuro, te lo dije siempre.

–Pero me invitabas a cenar –dijo Nerea, como el más agudo de los reproches–. Pero me invitaste a lo de ayer.

Luis pensó: te invitaba a cenar porque tú tienes veinte años y no tienes dinero y vives en siete metros cuadrados con dos compañeros de piso horribles, y yo, bueno, yo tengo una casa en propiedad. Cómo no iba a invitarte a cenar. También pensó: te invité a lo de ayer porque te pusiste pesadísima, porque llevabas meses que si mis amigos, mis amigos, mis amigos. Luis pensó muchas cosas pero no las dijo. Solo suspiró y suplicó: Nerea, esto no puede ser. Ella, entonces sí, lloró, y él no la abrazó pero le puso una mano en el hombro. Ella enumeró todo lo que había hecho (la escucha, la nevera, el cuadro) y él le hizo notar que nadie le había pedido que lo hiciera. Luego ella enumeró toda una serie de tópicos en los que creía de verdad (la edad no importa, por qué no vamos a poder estar juntos, lo que importa es el sentimiento), y él se sintió mal al mirar su ingenuidad con condescendencia. Acaso ese era el problema principal: que él se adaptaba, que la miraba con condescendencia, que pensaba que era muy inteligente, muy lista, muy particular *para tener veinte años.*

La discusión duró lo que duran las conversaciones importantes, con pausas para mear, para encender otro cigarrillo, para que Nerea fuese a vestirse y volviera con el pelo todavía mojado, empapando su camiseta azul. No te olvides de esto, y de esto, y tampoco de esto otro.

–Todavía tengo libros tuyos –dijo ella, en un impulso de volver a verle, dolida al notar que Luis pretendía que esta fuera la despedida definitiva.

–Te los puedes quedar.

Los amigos de Nerea siguieron hablando de Luis mucho tiempo. Luis, al que dejaron de llamar el Profesor porque era solo Luis, Luis-Luis-Luis, ¿sabes lo que te digo? Y todos los amigos a coro: sí, lo sabemos. No solo hablaron de él, sino que lo rastrearon en internet para saber qué era de su vida y analizaron cada mínimo detalle. De vez en cuando salía en la prensa, y eso lo ponía fácil. Nerea intentaría contactarle aún dos veces, en las que dijo que solo quería una amistad con él. La segunda de las veces Luis accedió a un café y comprobó enseguida que no solo no quería una amistad, sino que además quería contactos. Estuvo tentado de dárselos –al fin y al cabo quería ser *un buen tipo–,* pero no se sentía cómodo recomendando a Nerea en ningún sitio. Ella, en algún momento de la tarde en que todo era evidente, y para no ser rechazada una vez más, se levantó de pronto y dijo que tenía que irse. Se fue.

Los amigos de Luis apenas volvieron a hablar de Nerea. Mejor, fue todo lo que dijeron cuando él comentó que ya no la estaba viendo. En una única ocasión Luis se refirió a ella. Pablo y él caminaban por la plaza de Comendadoras y se pararon un momento a saludar a una conocida de Pablo. Luis aguantó sonriendo educadamente una breve conversación de cortesía y, cuando la chica se fue, le dijo a Pablo:

–Se parece un poco a Nerea esa chica.

–¿Nerea? ¿Quién?

–Pupila.

–Ah, ya. Pupila.

Por su nombre no volvió a llamarla nunca más.

HALLELUJAH

Fue un ataque de lucidez retrospectivo, un pinchazo fugaz de certeza, una clarividencia real entre el insomnio y la vigilia, un fogonazo: la puerta entreabierta del baño, la imagen de la espalda suave y desnuda de su marido reflejada en el espejo. Alicia lo vislumbró desde la butaca, el niño enganchado a la teta y el camisón a medio quitar, las uñas quebradizas, la tripa flácida, el cansancio irreal por el esfuerzo físico y por un amor que no sabe aún colocar. Alicia fue madre hace dos meses y sigue sin tocar tierra, sin enterarse muy bien de nada, comprobando que el bebé respira cuando duerme, poniendo lavadoras, sin mirarse al espejo desnuda porque confía en hacerlo cuando la cosa mejore; agotada, feliz y sobre todo ida, un poco ida, y de repente tiene un ataque de lucidez cuando ve a su marido a las siete de la mañana entrar a la ducha y se da cuenta de que se ha depilado la espalda, y la lucidez es retrospectiva porque seguramente no se la ha depilado ahora, sino que lleva varios días (¿semanas?) con la espalda depilada, ella ya lo había visto, seguramente, pero no había reparado en ello. Ello: su marido se ha depilado la espalda.

El ataque de lucidez es en la cabeza y el pinchazo mortal es en el estómago. Lo que une la lucidez cerebral con el hachazo visceral son toda una serie de conclusiones veloces que tendemos a llamar intuición, pero que llevan a determinaciones inequívocas sobre por qué un hombre blanco heterosexual, casado, padre reciente, con tendencia al vello en la parte inferior (en la prolongación de las nalgas) y en la superior (sobre los hombros), ha decidido en este preciso momento de su vida depilarse la espalda. La lucidez hay que digerirla. Alicia cierra un momento los ojos porque el niño está haciendo algo con su pezón que le duele mucho y Alberto, ya vestido de traje y corbata, le da un beso en la frente y les dice «que tengáis un buen día», y ella sigue procesando la imagen de la espalda desnuda y tersa de su marido entrando en la ducha, saliendo, secándose con la toalla, poniéndose una camisa blanca y colonia, y que tengan un buen día, claro que sí, cómo no van a tenerlo, las llaves, la puerta, el trabajo, adiós. Alguien tiene que meter dinero en casa.

Se le irguió la espalda y cambió al niño de teta con cuidado pero ya tensa, y su cerebro se disparó como hacía tiempo no se disparaba, y por un lado fue un alivio: al parecer no ha perdido la capacidad de dispararse.

Cuándo. Cómo. Dónde. Con quién. Qué.

Tenía que ser en las comidas. Tenía que ser a la puta hora de comer. No volvía tarde a casa y no solía tener reuniones *–reuniones–* por la tarde, pero a comer casi nunca venía. Es verdad que no es tan fácil y que no tiene tanto tiempo, pero antes a veces lo hacía, o quedaban en un punto intermedio; ahora nunca le propone quedar a comer, pero cómo saber si es por el niño o por otro motivo. Cuando no tiene comida de trabajo dice que va al gimnasio. El gimnasio. Alicia echa la cabeza hacia atrás, el cuello abandonado sobre el final del respaldo. La espalda depilada, me estás vacilando, piensa, y no sabe qué le duele más, si que se esté follando a otra o que se haya depilado la espalda por otra, que otra merezca su espalda suave y ella no. Comprueba que el niño se ha dormido y lo deja en la cuna.

Lo primero es el email. Se sabe su contraseña del correo electrónico porque él también se sabe la suya, la de Alicia, no por nada y un poco por todo, porque así son las parejas bien avenidas. Ni siquiera tenía claro si se sabía concretamente la contraseña del email, pero Alberto –será imbécil– es de esos que tiene la misma contraseña para todo, con variaciones, una contraseña alfanumérica compuesta por su DNI y sus iniciales, contraseña que Alicia se sabe porque son once años de sacar billetes de avión, billetes de tren, citas médicas. Porque han firmado una hipoteca, un matrimonio y un libro de familia. Será subnormal, piensa sentándose en el ordenador de sobremesa que aún tienen en una esquina del salón.

En el email de Alberto no hay nada. Absolutamente nada. Alicia ya había visualizado los intercambios tórridos con alguna compañera de trabajo que está buenísima y además es inteligentísima, ingeniera como él, una ingeniera como las nerdies de las pelis porno de los noventa, con gafas que de algún modo son sensuales y la camisa blanca a punto de reventar por culpa de las tetas. Se reclina en la silla y duda de sí misma. Pero por qué coño si no su marido se depila ahora la espalda. Por qué coño no viene a comer, por qué coño todos los viernes tiene reuniones. Por qué coño, piensa, literalmente por qué coño, y entonces se echa a reír en una risa histérica y nerviosa. Alicia, céntrate.

Alicia ha vuelto a ser la que era, conectada de nuevo a sus miedos prebebé, de repente le importan las cosas que le importaban antes, las cosas nimias y absurdas que le importaban antes, y es una angustia y un alivio y una regresión, y en esa regresión decide centrarse como se centraba antes y hace algo que hace trece meses que no hace. Se va al cajón de su mesilla, rebusca entre cables, crema de manos, un vibrador y un blíster de píldoras anticonceptivas, y entre todas esas reliquias de un tiempo pasado encuentra otra: un paquete de puritos de vainilla, que empezó a fumar esporádicamente en las fiestas cuando dejó de fumar tabaco. Mira al bebé, sale del cuarto y se va a la cocina, en la estancia

contigua. Saca un mechero del primer cajón y se apoya en la pared para dar una calada. Fuma en silencio, escuchando el silencio del bebé, escuchando la posibilidad de llanto. Fuma a espaldas de su hijo como ha fumado a espaldas de sus padres. La regresión. La lucidez de vuelta. El spam. El spam y la mano temblando sobre el ratón. El humo. La espiración. Pero en el spam tampoco hay nada.

Alicia, tranquila. Alicia, sé razonable. Igual no está pasando nada. A lo mejor se te está yendo la pinza. Seguramente no hay nadie. Conoces a sus compañeros de trabajo. Es cierto, los conoces. Eres amiga de varios. Seguro que no es una compañera. Seguro que no es nada. Y sin embargo. Un sin embargo del que quedarse enganchada correosamente, un sin embargo del que es imposible desasirse, porque por qué –por qué– se depila nadie la espalda, un hombre de treinta y ocho casado y con un hijo, un hombre que hasta los treinta y ocho años no había pensado en depilarse la espalda. La espalda que es para los demás, necesariamente. La espalda que uno no se ve a sí mismo. La espalda que es siempre para otro. Para otra. Y para quién, si no para una amante.

No puede ser una compañera, pero tiene que conocerla del trabajo –cómo, si no–, y Alicia razona buscando verosimilitud, quizá alguien del trabajo pero no tanto, una mensajera, una repartidora, una chica más bien quinqui, con una minifalda vaquera desgastada y un tatuaje por debajo del ombligo y antes del pubis, un tatuaje como un señuelo, quizás un piercing en la nariz o en la lengua –o en sitios peores, y Alicia piensa en sus pezones rasgados por la lactancia–, y el pelo teñido mal. El top a punto de estallar por culpa de las tetas se mantiene. Algo así como la misma actriz, distinta caracterización.

La ceniza del purito se le cae al suelo y se siente una madre a la que tendrían que intervenir los servicios sociales, en camisón y fuera de sí, fumándose un puro a las nueve de la mañana sin haberse tomado un café y con el niño en la habitación de al lado. Deja el purito y va a comprobar que sigue dormido, y de algún modo al mirarle piensa lo mismo que pensó de su marido hace once años: tú no serás como los demás. Tú no serás un imbécil.

Lo siguiente es Instagram.

Alicia recorre su casa como un perro rastrea la droga en los aeropuertos, con el hocico por delante y los ojos fijos en algo que aún no se sabe dónde está, levanta cojines y revistas, va a la cocina, al salón, al dormitorio y finalmente ahí, en el baño, sobre el cesto de mimbre de la ropa sucia, la tablet descansando como la prueba del delito. La abre y el aparato le pide la contraseña. El DNI sin la letra. Ahí está. Todo. Instagram, Facebook, Google, el email de nuevo, Telegram. Suspira. Le asusta lo que está a punto de hacer y sabe que lo hará igual. Se sienta en el váter y abre Instagram. En la cuenta de Alberto hay muchas fotos de

paisajes –«De relax»–, alguna de la oficina –«Día de curro intenso»–, ninguna de Alicia. Es parco, ya lo sabe. Es tímido, no le sale compartir ese tipo de cosas. La última es una foto del pie de un bebé recién nacido, con un texto que dice: «Bienvenido al mundo». Ese pie es el de su hijo Miguel, pero nadie podría deducir al ver la foto que no es, por ejemplo, el pie de un sobrino. ¿Sabrá esa tía *–esa tía–* que Alberto tiene un hijo? ¿Sabrá que existe ella? ¿Qué sabrá de ella? ¿Que está teniendo un puerperio terrorífico en el que ha perdido pelo y ganado flacidez? En la foto del pie de bebé hay un comentario de @carlotafit: «Qué monada ♥!». Clic.

@carlotafit es monitora en el gimnasio al que va Alberto los lunes y miércoles a la hora de comer, o esos son los datos que maneja Alicia, porque Alicia ya no sabe qué datos son ciertos y qué datos no, pero al menos eso es verdad, ese gimnasio existe y ahí trabaja Carlota, que al parecer tiene la confianza con su marido como para comentarle en Instagram. @carlotafit tiene un montón de fotos en mallas y top, no tiene flacidez en parte alguna y tiene una melena poderosa que se recoge en una coleta o en una trenza para hacer deporte. En todas sus fotos aparece en posturas de yoga imposibles, posturas que a menudo ofrecen un escorzo beneficioso para las nalgas o el pecho, y a Alicia se le llenan los ojos de lágrimas aunque todavía no llora, se le encoge el pecho y, movida por el imaginario colectivo que relaciona el buen sexo con la capacidad acrobática, se imagina a su marido follando con @carlotafit en posturas que a ella le horrorizarían. Porque a ella hay muchos ángulos en los que no le apetece ponerse. Porque solo follar en la ducha ya le parece incómodo.

Sus ansiedades vuelven como un dolor antiguo, y se reconoce en la que fue, y le da una rabia profundísima tener que volver a ser la que era gracias a sus angustias, sus ansiedades y sus celos. Menudo centro identitario. La ingeniera pornográfica, la repartidora con el tatuaje en el inicio del pubis, la yogui, todas jóvenes y con el escote a punto de reventar, ninguna sentada en el váter con el camisón manchado de gotas de leche, despeinada y humillada, con la tripa flácida y las tetas caídas. Son unas zorras, piensa Alicia. Son unas zorras, sus ansiedades.

Clica en los mensajes privados. Los revisa uno a uno. No hay apenas nada. Lo que siente debería ser alivio, pero se parece también a la decepción. Entonces el niño se pone a llorar.

Lo coge en brazos y le canta muy suavecito el *Hallelujah* de Leonard Cohen, porque es el pacto íntimo al que han llegado, es su legado personal. Puedo ser mamá sin las cursilerías propias de la maternidad, sin cantar canciones de animalitos. Todo el día en casa con el niño enchufado a la teta pero, eh, ni un body de color pastel. Miguel se suele dormir o al menos calmar con Leonard Cohen o con Caetano Veloso, y

su madre bota para mecerlo, un peso chiquito pero notable, y quiere tranquilizarlo pero nota la prisa, quiere tranquilizarlo pero la intranquila es ella. Sin soltar al niño vuelve al baño, la tablet sobre el cesto de la ropa sucia, ella de pie en el baño pequeño sin dejar de menear al bebé, lo coge solo con el brazo izquierdo y con la mano derecha hace un rastreo minucioso, WhatsApp, Telegram, Facebook, el historial de Google. En el historial encuentra la búsqueda de una clínica de depilación, y al menos siente que no está soñando. Siempre que buscan algo el uno frente al otro, Alberto frente al móvil de Alicia o viceversa, teclean muy rápido para que Google no autocomplete, para que la barra no revele las búsquedas frecuentes o anteriores, o al menos para que no dé tiempo a leerlas. A Alicia no le gusta esa rapidez, aunque siempre asumió que respondía al miedo de que saliera un vídeo porno o alguna actriz conocida en pelotas. Pero nuestras búsquedas vergonzosas son siempre más pueriles: clínica de depilación, champú anticaída, síntomas depresión posparto. Alicia abre mucho los ojos. ¿Cree Alberto que ella tiene una depresión posparto? ¿Está harto de ella? ¿Está harto de que Alicia haya días que no se duche y haya engordado y no tenga más tema de conversación que las deposiciones de su bebé? Pues más harta estoy yo, gilipollas. Más harta estoy yo.

Alicia abandona la tablet, resignada, y tranquiliza a su bebé, cambia pañales, pone una lavadora y se fuma otro purito de vainilla mirando las vueltas que da la ropa dentro de la puerta circular. Después del centrifugado, tiende la ropa, da de mamar, llora un poquito porque la succión le hace daño o con la excusa de que la succión le hace daño, el niño que llora de verdad y ella dando vueltas por la casa intentando calmarlo, sabe que tendría que sacarlo de paseo pero hoy no van a salir, hoy no van a salir porque la cabeza de Alicia está disparada, decepcionada ante la falta de pruebas y sin embargo, sin embargo, la espalda nos la depilamos para alguien, siempre para alguien, para qué si no.

Busca pruebas como quien busca una lógica, cuando la lógica es evidente, la explicación más antigua de la tierra, el padre desplazado, la semilla del varón que ha de ser esparcida, y ella que se nota enloquecer poco a poco, y en ese enloquecimiento se encuentra consigo misma, y movida por una histeria que nunca ha sido más lúcida abre el armario, y no se lo puede creer, mientras registra los bolsillos no se lo puede creer, ella creía que los personajes de Woody Allen y de Nora Ephron existían solo en las películas, que eran neuróticos neoyorkinos y no pringados como ella, no se puede creer que esté revisando las chaquetas de su marido y, bingo, un ticket de un whisky con hielo y un pisco sour, dieciocho pavos con cincuenta las dos copas, dieciocho pavos, Alberto, serás hijo de puta. Y como si se apoderara de ella el espíritu sobrevenido

de su abuela Pura, dice en voz alta: pero que eres padre, por el amor de Dios.

Alicia piensa en Alberto diciendo joder, sí que son caros los pañales, y diciendo coño, ¿tanto nos vamos a gastar en el carrito?, ¿qué es, un Ferrari? Pero tú te gastas dieciocho eurazos en dos copas para tirarte a una de tu trabajo porque eres un asqueroso, un asqueroso que la ha invitado a un pisco sour carísimo, en un sitio carísimo, y Alicia duda, le tiembla el ticket en la mano y duda, porque al fin y al cabo se puede haber tomado una copa con cualquiera, con un compañero de curro, pero cuándo, por qué no se lo ha contado, por qué ella no sabe nada de esa copa, de ese sitio, y la espalda, cómo explicar lo de la espalda, y un pisco sour y un whisky con hielo a dieciocho euros con cincuenta.

Un whisky con hielo bien frío, en un vaso redondo y bajo, de cristal grueso. Un pisco sour espumosito, suave, en una copa aplanada como de margarita, pero redondeada, uno de esos cócteles que la hacen sentir Katharine Hepburn y que le gusta beber con los labios pintados para dejar la huella de su boca en el cristal, y achisparse sin darse cuenta y no tener que volver lúcida a casa, y de repente Alicia siente una envidia terrorífica, una envidia real que linda con la comprensión, ¿no se iría ella de copas si pudiera?, ¿cuánto pagaría por estar en la terraza de un hotel, con los labios pintados, tomándose un cóctel? Qué hijo de puta eres, Alberto, pero quién fuera tú, quién fuera tú, quién pudiera salir de aquí, y cómo culparte de lo que envidio, cómo culparte de lo que una parte de mí comprende, y cómo no odiarme por comprenderlo, y cómo no odiarte por dejarme sola, y otra chaqueta, y otra chaqueta, y otra chaqueta, y el niño rompe a llorar pero ya no importa, Alicia ya no lo oye, o lo oye de lejos, porque se encuentra de bruces con su vestido negro de flores rosas, un vestido que no recordaba y que se ha puesto mil veces, su vestido con escote cruzado que no le ha fallado nunca, y quién era esa que cabía en ese vestido y se iba por ahí, porque ella ciertamente no cabe ahora en ese vestido y no quiere saber cómo le quedaría ese escote, y Alicia se sienta en el suelo del pasillo muy despacio con el vestido entre las manos y rompe a llorar, rompe a llorar como no ha llorado nunca, como no le han dejado llorar en el posparto –cómo vas a llorar, mujer, con esa cosa tan bonita que tienes en brazos–, rompe a llorar y el niño para, como equilibrando las fuerzas del hogar, como entendiendo que no hay sitio para que lloren los dos, y Alicia berrea agarrando su vestido de flores y en el fondo ella quiere, ella quiere ponerse ese vestido, caber en ese vestido y notar como un tío le mira las tetas, ligar con quien sea, que vuelvan su libido y su cuerpo, quiere decirle a su marido que tengáis un buen día y darle un beso en la frente y salir a la calle y que el mundo siga existiendo y volver a ser ella gracias al orgasmo y no a la angustia, gracias a la libido y no a la

ansiedad, y Alicia llora y llora y entonces un sonido de llaves y la cerradura que gira, y Alicia que no sabe si es que ya son las seis o si son las dos y Alberto se ha olvidado algo, si han pasado tres horas o nueve, Alicia que quiere alertarse pero a la que ya le da todo igual, y Alberto que entra en casa y ve la ceniza en el suelo, y luego a su mujer en el suelo, y ¿qué ha pasado? y corre hacia la cuna y el niño está bien, sus ojos abiertos, pero bien, y, cariño, qué ha pasado, se arrodilla en el suelo, Alicia que le mira como un perro rabioso, que balbucea, que no puede articular palabra, ¿es algo grave? Y Alicia acierta a decir no lo sé, y Alberto que ve el purito en el suelo del baño, y Alicia aún en camisón, y comprende que no es fácil, comprende que es complicado, y la abraza contra sí, y Alicia está tan derrotada que se entrega, se entrega a su abrazo sin saber si se está entregando a su verdugo, tranquila, amor, tranquila, y cuando el llanto de Alicia amaina vuelve el del niño, el bebé Miguel llorando como un ruido sin tregua, como el recordatorio de que la vida no para, ya voy yo, tranquila, ya voy yo, y Alberto saca a Miguel de la cuna y lo pone contra su pecho, el marido aún de traje y corbata de pie en el dormitorio, y sin solución de continuidad, *your faith was strong but you needed proof,* el rebote leve contra el pecho y la canción, *you saw her bathing on the roof,* y Alicia sentada en el suelo con los párpados hinchados y las mejillas húmedas, el camisón manchado, agarrando el vestido negro de flores como quien rescata la única prueba de un crimen, el bebé precioso envuelto en un pijama de algodón contra la camisa blanca de su padre, el bebé que va dejando de llorar, *hallelujah, hallelujah, hallelujah.*

CUANDO YO LA CONOCÍ

1

De todos los hombres con los que se acostó durante los tres primeros meses de 2019, el que más la satisfizo fue Pablo Romero, después Pérez el Rubio y después yo. Todos salíamos del curso de escritura creativa de los martes a las siete de la tarde. Pablo Romero era Pablo Romero porque había otro Pablo, Pablo García, pero el otro Pablo –Pablo García– era gay, así que con él no se acostó. A Pérez el Rubio lo llamábamos así porque había otro Pérez, y claramente el primero era más rubio que el segundo. El Pérez moreno estaba casado y, aunque tonteó con ella obscenamente delante de todos nosotros, con él tampoco se acostó. Luego había otras dos chicas –Ruth y Mónica– a las que les acarició mucho el pelo y el jersey de angora la noche que nos drogamos en su casa. Se pasaron las unas a las otras un hielo por el escote y por el cuello. Más allá de eso, con ellas –que yo sepa– tampoco se acostó. Y estaba, claro, el profesor, Alejandro Blasco, que había aparcado la carrera de psiquiatría por la escritura y tenía cierta fama en el mundillo literario, y desde luego dentro del ambiente de los talleres de escritura creativa. Al principio le llamábamos Blasco, pero para el tercer mes ya nos habíamos hecho medio amigos y le llamábamos Álex. Con él tampoco se acostó, porque los profesores y las alumnas no se acuestan. Aparte de todos esos, estábamos ella y yo.

El curso duraba tres meses. La primera semana llegaba puntual y se iba rápido, pasando como una exhalación por detrás del profesor y subiendo calle arriba antes de hablar con nadie. Me gustó el texto que mandó, aunque fuera claramente autoficcional, y la autoficción me parezca un género de vagos, ególatras y sensibleros. Vagos, porque no tienen imaginación y todo lo ubican en su barrio o, a lo más decir, en su pueblo de la infancia. Ególatras, porque sí: su historia, su primera persona del singular, los complejos devaneos de su alma, un modo, al fin y al cabo, de no pagar al psicoanalista. Sensibleros, porque la abuela que se muere, el padre que enferma, el desamor un día de lluvia, Clarice Lispector. Les pasan las cosas que nos pasan a todos, que también se nos mueren las abuelas y enferman nuestros padres y nos dejan las novias, y no por ello torturamos al mundo. Ella era autoficcional, así que no me interesó, pero luego resultó que escribía bien, así que me interesó un poco.

La segunda semana Blasco –que entonces todavía era Blasco porque

no nos habíamos hecho medio amigos– le devolvió en un gesto furioso sus textos repletos de tachones diciéndole que no explotaba su potencial, porque la voz del narrador esto, y la concepción temporal lo otro, y te falta conflicto. «Conflicto no me falta, te lo juro», pensó ella, según me dijo cuatro meses después, un día que comentábamos la efusividad de nuestro profesor. Blasco era implacable, echaba a los alumnos del taller si les encontraba una coma entre el sujeto y el predicado, motivo por el cual empezamos siendo catorce y en la tercera clase quedábamos ya solamente ocho. «Conflicto no me falta», pensó, pero solo sonrió irónicamente, que es lo que hace con su tristeza. O lo que hacía entonces.

La tercera semana no vino y no avisó de que no vendría. «El próximo día le decimos que se apunte a las cañas», dijo Mónica. «Eso», dijo Ruth. «Si vuelve», pensé yo, que he sido siempre la viva encarnación del optimismo.

Tardé un buen rato en darme cuenta de que era ella porque al final del primer mes reapareció con el pelo corto como un chico y teñido de un color ligeramente cobrizo. Ya no llevaba ningún anillo en el dedo anular pero sí aros plateados y grandes en las orejas. Traía una blusa más ceñida y más escotada de lo habitual –aunque eso quizás lo explicaba el insultante sol de aquel febrero– y no hizo falta invitarla a las cañas: se invitó ella sola. Entonces Mónica y Ruth descubrieron que era simpática, Pablo Romero le dijo lo bien que escribía, pero de verdad, no lo decía por halagar, estaba genuinamente impresionado y, hablando de todo un poco, ¿su nombre en Facebook cuál era? Pérez el Rubio la invitó a la caña (y era doble). Y yo, bueno. Yo tuve la torpeza –de la que me arrepiento todavía hoy– de preguntarle que si no había leído a Nabokov. Se lo dije pensando, entre otras cosas, que ella tampoco me haría tanto caso, que quedaría en una recomendación perdida entre tantas frases dichas en unas cervezas casuales, que se le olvidaría incluso el nombre. Yo no sabía entonces el nivel de obsesión que ella maneja. Le recomendé *Habla, memoria.* Aún me arrepiento.

En torno a la quinta y la sexta semana se estuvo acostando con Pablo Romero, que la había agregado a Facebook y le había seguido diciendo que le gustaban mucho sus textos. A ella Pablo Romero no le gustaba –le hablaba de Marx y Engels después de follar, me contó después, y era vegetariano–, pero sí que le gustaba gustarle a Pablo Romero. Vino con falda. Se cruzaron bromitas en clase y bromitas en las cervezas y yo pensé que, después de todo y hablando con total objetividad, Pablo Romero escribía como el culo. Cuando me acerqué a la barra a pedir otra ronda de repente se puso a mi lado, se apoyó en el mostrador y me dijo: «Me encantó Nabokov». Me sorprendió. «Qué bien», le dije. «¿Leíste entonces *Habla, memoria?»,* y ella me dijo: «Sí. Y también *Pálido*

fuego y *Ada o el ardor* y *Las otras orillas* y *Lolita.* Me encantó». Había pasado solo una semana desde mi recomendación. La miré. Tardaban en traernos las cervezas. Me pareció exhaustiva. ¿Le gustaría tanto Romero como Nabokov? Me atreví a preguntárselo. Bueno, no le pregunté eso literalmente. Le pregunté algo como «Qué pasa con Romero» o «Y Romero, qué» o «¿A gusto con Romero?» o algo así. Fue entonces cuando me contó que lo había dejado con su novio hacía nueve días. Le pregunté que si estaba bien. Me dijo, sonriente, que estaba fetén, y agarró las cervezas que llegaban y volvió hacia la mesa. Le observé la nuca desnuda y, bueno, el culo también se lo observé. Se la veía bien, era cierto. Pero no la creí.

En la semana siete trajo un texto fantástico, mucho más elaborado, la voz del narrador más clara y algo más de conflicto (sin pasarse). Yo seguía pensando que la autoficción era de vagos, ególatras y sensibleros, pero como ella me interesaba leía con atención los veranos de su infancia, su primer beso, su primer desamor. Me caía mal a mí mismo por interesarme por un texto así. No había reconocido entonces que me gustaba, quizás porque entonces aún no me gustaba. Simplemente, de algún modo extraño, la observaba. Tenía en ella depositada toda mi atención. Estaba muy contenta ese día por los comentarios que le había hecho Blasco, yo creo que igual Blasco también le ponía un poco porque le decía lo que tenía que hacer y lo que no, y eso era lo que ella más necesitaba en ese momento. Entonces no lo sabía, pero ahora lo creo. Cuando Blasco decía «Esto es innegociable», ella se derretía un poco. Pero nada pasó de la admiración alumna-profesor y viceversa, porque no se puede negar que a Blasco le gustaban los textos de Noelia. Se llamaba –se llama, claro– Noelia. Ahora caigo en la cuenta de que aún no lo he dicho. Romero la llamaba Noe. A mí Noelia no me gustaba todavía, que conste, pero a Romero lo odiaba incontestablemente.

Cuando concluyó el segundo mes me enteré de tres cosas: que a ella mi novela no le interesaba, porque las novelas históricas para las que hay que documentarse y todo eso [sic] le daban pereza; que ya no se acostaba con Romero; que el margarita era –es– su bebida preferida y, además, la que mejor le sienta. Decidí que, si hacíamos la media, la información era más positiva que negativa. Me ofrecí a llevarla a la Taquería del Alamillo, donde probaría sin lugar a dudas los mejores margaritas de Madrid, y ella, inesperadamente, me dijo que sí. Fuimos ese mismo fin de semana. Pasando por la Plaza de la Paja vimos un cartel de «se alquila» y apuntamos el número de teléfono. Tenía que mudarse, insistía, tenía que mudarse ya, pero no se mudaba.

Yo estaba convencido de que nos íbamos a acostar –mi novela no le gustaba, pero la complicidad era en ese punto evidente–. Compartimos un ceviche y unos tacos al pastor y ella se bebió cuatro margaritas sin

pestañear, me dijo con los ojos vidriosos que estaba agotada, que tenía que mudarse (lo decía todo el tiempo y no lo hacía) y que sentía que no podía con la vida. Me contó que acababa de empezar un nuevo trabajo que era sin duda mejor que el anterior, y que había sido ella la que decidió dejarlo con su novio –así lo dijo: «mi novio», y luego: «perdón, mi exnovio», y esa cara de «¿ves?, no puedo con la vida»–, y también me contó que aunque la media global de la información era positiva, ella estaba agotada, rara o descolocada.

Al salir del restaurante se envolvió en la bufanda y la tía era todo ojos y pelo corto y yo quería ser prudente y al mismo tiempo follármela, qué duda cabía. «¿Pero estás bien?», no quería, sobre todo, ser insensible. «Estoy maravillosamente», dijo justo antes de vomitar los cuatro margaritas y el ceviche entre dos coches. Meses más tarde me confesaría que esa noche me quiso besar, pero el aliento.

Entonces se acostó con Pérez el Rubio. No lo supe hasta mucho más tarde. Vino más ojerosa y más delgada y me contó que había empezado a ir al psicólogo y que había, al fin, llorado, y yo quise abrazarla y ser prudente, cuidarla y ser respetuoso, besarla y darle su espacio. Me contó que su exnovio iba el próximo sábado al piso a llevarse sus cosas y que el lunes tenía que mudarse y que aún no había empaquetado nada. Me ofrecí a ayudarla con la mudanza haciendo una broma sobre mis fornidos músculos y ella se rio de pronto. La risa. Le estalló en la cara de repente y le brillaron los ojos igual que le brillaban los aros plateados bajo las orejas.

Solo quedaban tres clases y Ruth propuso hacer una fiesta de fin de curso en su casa. Mónica dijo que llevaría vino y mortadela trufada, Pérez el Rubio dijo que podía llevar unas cervezas y yo dije que qué podía llevar. Invitamos a Blasco, que ya era Álex, que dijo que traería drogas de carácter legal, por darle un uso utilitario a su título de psiquiatra. Noelia dijo que llevaría helado. Romero dijo que vendría, pero al final no vino. Quedaban aún tres clases.

Noelia me contó que había decido contratar a unos transportistas por primera vez en su vida para cerrar los ojos y que la mudanza pasara como la extracción de una muela o la visita al ginecólogo. O eso o que quizás lo que necesitaba era llamar a todos sus amigos y bajar un sofá entre tres por las escaleras y sudar la mudanza y celebrar algo que no se sabía muy bien qué era cuando hubieran terminado. O la euforia o la eutanasia. Así era ella cuando yo la conocí. Ahora es distinta. Le aconsejé que optara por los transportistas. Se mudaba de la calle de Válgame Dios a la Plaza de la Paja, y en torno a esa sugerente nomenclatura elaboró una teoría certera que le daba sentido a su existencia o, por lo menos, a su mudanza.

La ayudé a empaquetar y esperé con ella a que se trasladaran todos

los muebles. Volvimos a su piso –a su expiso– para barrer y, una vez estuvo todo el suelo limpio, me besó, me desnudó, se desnudó y tuvo cinco orgasmos sudorosa sobre la tarima de madera. Yo tuve uno. Observé lo rentable que le estaba saliendo el curso de novela: iba ya por los capítulos finales y se había acostado con Romero, con Pérez (el Rubio), y ahora conmigo. «Contigo no quería, porque me ibas a gustar», me respondió, y yo no entendí la lógica. Aunque la entendía, no la entendí.

En las siguientes clases hizo como que no me había visto desnudo, llegó guapa y erguida y menos ojerosa y trajo un texto sobre una mujer que hace una mudanza y el amor sobre el parqué vacío del piso que abandona. Había una descripción muy minuciosa de la técnica amatoria que empleaba él. Yo ya sabía que no tenía que acostarme con una mujer autoficcional, pero lo que me conviene no es siempre lo que más me gusta y viceversa. Aguanté estoicamente la descripción por partes de mi miembro viril ante la clase.

Llegó entonces la última sesión y la fiesta aquella en casa de Ruth donde fue lo del hielo y yo estaba confiado, la verdad, porque todo había ido más que bien desde que follamos en aquel piso vacío en el que sus orgasmos reverberaban contra las paredes desnudas. Me reí con sus bromas, me acarició la espalda, nos besamos por la calle de vuelta a casa, a la suya. Me dijo: «Llámame Noe».

2

Cuando yo la conocí no estaba triste: estaba o enfadada o eufórica. Tres meses más tarde, un día, de repente, se puso triste. «Es que necesito mucha confianza para estar triste con alguien», se excusó. Al parecer, ni siquiera sabía estar triste estando sola, a menos que estuviera escribiendo o viendo *Notting Hill*. El día que aprendió a estar triste conmigo granizó en Madrid durante veinte minutos con una atrocidad que dejó el suelo del barrio de Malasaña completamente blanco. Pero eso no es metáfora de nada: justamente ella estaba aprendiendo a estar triste normal, triste como cuando llueve suave, y luego sale el sol, y luego llueve otro rato. El granizo solo le sirvió para resbalarse a la altura de San Vicente Ferrer y para gastarse seis con cuarenta y cinco en un paraguas del chino que se rompió diecisiete minutos más tarde. Me lo contó cuando llegó empapada a mi casa a recoger los tuppers.

Le di los tuppers que me cocinaba mi abuela y que yo recogía los domingos por la tarde. Iba a verla, echábamos una brisca, me daba café y bizcocho y luego también me daba tuppers. Pero yo llevaba ya un par de semanas afectado del estómago y le avisé a mi abuela: «Abuela, esta

semana no necesito tuppers, estoy con gastroenteritis». Mi abuela reaccionó como reaccionan las abuelas cuando les dices que no te den de comer: preparó el doble de tuppers, los habituales y cuatro más llenos de arroz blanco. Me ofrecí a darle a Noelia los habituales porque había habido tres cosas que me dieron una tristeza tremenda cuando la conocí: el poco espacio que se daba para estar triste –acompañado de todo tipo de virguerías lingüísticas: «Estoy rara, pero bien», «Estoy descolocada, pero serena», «Estoy agotada, pero tranquila», ese *pero* que era incapaz de no decir–, lo sola que se sentía o que se había sentido –sus amigos, su familia, su antiguo novio, y sin embargo– y, definitivamente, su nevera. Era la única nevera que yo había conocido que daba más tristeza que la mía. La primera noche que fui al piso nuevo y me quedé a dormir supe que llevaba cuatro días cenando Choco Krispies.

Noe me decía una tarde de cada tres que ella ahora no podía tener novio, que estaba asimilando su ruptura. Yo le decía que lo entendía y la abrazaba intentando ser prudente, o la acariciaba intentando ser respetuoso, o la besaba intentando no invadir su espacio, o simplemente le decía: «Bueno, si estás mal, me llamas». No sabía entonces que Noe nunca llama cuando está mal, que nunca considera que esté lo suficientemente mal, que tú tienes que ser su mejor amigo y ella estar colgando de un puente bocabajo dentro de un coche que se estrelló contra la mediana, primero, y contra la barandilla, después, para que ella te llame o al menos te escriba diciendo que te necesita. Siempre barema si está lo suficientemente mal, y siempre decide que no, porque como es tan imaginativa y agónica siempre puede contemplar una situación peor. A veces le gustaría que sus dolores estuvieran recogidos, analizados, nombrados por la ciencia para poder llamar y decir: «Tengo cardinitis» o «parientolitis» o «algoitis», «cualquiercosaitis», y que fuera motivo suficiente. Por eso y por todas las argumentaciones que se dejó en su ruptura anterior le ha cogido alergia a hablar. Me lo dijo así un día saliendo de unos cines de ver una película nefasta que no nos dio ni para enrollarnos mientras: «Le he cogido alergia a hablar». Era cierto.

Cuando vislumbraba una conversación que implicaba una mínima exposición por su parte –exposición del tipo que fuera: argumental, visceral, emocional– se cerraba en banda, como alguien muy tímido que entrase en el salón y contemplase con estupor que le han hecho una fiesta sorpresa. Se ruborizaba, miraba al suelo, se daba media vuelta y se iba. Por eso se drogaba: le daba un trago a la cerveza, una calada a un porro, chupaba un cristalito como quien se pone un arnés y salta de un puente, sabiendo que su voluntad de ahí en adelante ya no importa.

Como no quería hablar esa noche echamos varios polvos en los que descubrí tres cosas de interés. Noelia se aguanta unos segundos la

respiración antes de gemir el orgasmo. Se vuelve hipersensible si está premenstrual. Y lo que más la relaja del mundo son los besos en el cuello: no puede recibirlos con los ojos abiertos, es como si la apagaran, como si solo hubiera que dar ahí, en el cuello, en la vertical que une la cabeza con el resto del cuerpo, para que la conexión se pierda y el cuerpo responda solo.

Después de follar hablamos. Yo le conté mis fracasos amorosos, un poco porque no se sintiera sola y otro poco porque me apetecía contárselos. Hablamos de cómo había que pasar por el amor para entender que el amor no existía, o más bien que el amor era otra cosa. «Aquí todo el mundo se deconstruye sin saber lo que tiene que deconstruir», dijo ella, y luego me habló del clinamen. Me jode reconocer que no la escuché. De esto me arrepiento de verdad, más que de lo de Nabokov y más que de otros errores que cometí después. Pero yo estaba adormecido por la reciente eyaculación y su cuerpo estaba caliente y me apetecía más pegarme contra ella que escucharla. Retuve vagamente algo sobre los átomos o quizás sobre Epicuro o sobre ambas cosas. Pensé que era intensa y que quería dormirme.

Sí que retuve su última frase, por rara –«Entender el amor es pasar de los dioses al clinamen»– y porque le siguió un silencio que me hizo entender que me tocaba hablar, y yo le dije: «Totalmente». Entonces me acurruqué, pero ella cogió mi mano y la metió en su entrepierna y, por el clinamen, primero, y por el clímax, después, la cuestión es que esa noche no pude dormir.

Después de volver a follar volvimos a hablar, comentamos lo nefasta que era la película que habíamos visto y entonces hablamos de cine, que es una lógica que siguen las parejas que se están conociendo: hablan de películas cuando van al cine, de música cuando suena una canción, de libros si van a una librería. Le pregunté mientras le acariciaba distraídamente el pezón izquierdo si había visto *El rayo verde.* Ella mintió que sí y me preguntó de vuelta si conocía no sé qué canción de Jorge Drexler. Yo le conté que apenas escucho música en castellano. Ese mismo día más tarde ella vio la película para que su mentira dejara de serlo, y yo googleé la canción, que decía: «Ir por ahí como en un film de Éric Rohmer sin esperar que algo pase / amar la trama más que el desenlace».

Su psicólogo estaba al lado de la plaza de San Ildefonso, por eso estaba en Malasaña el día del granizo y los tuppers. Salía los viernes a las seis. A veces yo la recogía después y hacíamos algún plan, pero nunca la recogía a las seis porque ella quería estar sola un rato entre el psicólogo y la vida. Dice Claudio Rodríguez que no se puede contemplar la propia autopsia. Ella sí podía. Pero a qué precio.

En el sexo, en la conversación, en la escritura: aplicar la técnica le

aburría. Eso la hacía –la hace– imprevisible. Aquel día no la leí bien y a ella no le importó pero a mí sí, porque yo vivo con esa presión –no sé los demás hombres, pero yo sí– de tener que entenderla todo el tiempo, de captar su estado anímico. Ella no le dio bola a esa responsabilidad que achacó a la heroicidad masculina. Yo no soy nada heroico, pero de lo masculino no me libro. «Hoy no me has entendido, no pasa nada, mañana ya me entiendes otra vez», me dijo, y luego la pillé cantando mientras fregaba los platos, señal inequívoca de bienestar.

3

Cuando yo la conocí no tenía el pelo corto, no había escrito una novela y todo lo tenía claro. Ahora es pura incertidumbre y solo ahí se siente lúcida: sabe que toda impresión de certeza es una ilusión falsa. La verdad es que yo nunca se lo dije –no lo he dicho hasta ahora, no se lo he dicho nunca–, pero estaba más fea con el pelo corto. Entendía el proceso, claro. Una ruptura va acompañada indefectiblemente de cinco cosas: alcohol, dormir con amigos, una blusa nueva, insultar al exnovio y un buen corte de pelo. Pero a mí me parecía que estaba más fea y vivía esperando que le creciera el pelo igual que vivía esperando que se le pasara la ruptura. Aquella tarde yo fui a su piso a recoger los tuppers limpios y cuando se agachó a por una bolsa en que meterlos le observé ya ciertos caracolillos en la nuca, mechones por detrás de las orejas y, cuando me miró, un flequillo incipiente. Vivía calibrando cuándo decirle cosas como que yo quería acostarme solo con ella –si bien comprendía que eso poco importaba–, o si podía dejar un par de calzoncillos en su piso –era una cuestión práctica, más que nada–, o si le apetecía venir conmigo al cumpleaños de Adrián y besarme delante de todos mis amigos. Eso pensaba yo. También pensaba: qué relevancia tiene lo que uno siente, qué derechos otorga, qué ventajas o qué privilegios. Qué cambia en el mundo porque uno sienta algo.

Cuando observé el flequillo cayéndole por la frente, las raíces de su color natural ganando terreno a aquel cobrizo extraño, pensé en decirle algunas de las cosas que yo venía rumiando, si acaso de manera casual. Pero acababa de llegar y antes de eso le dije «qué tal tu sábado» y, bueno, su sábado había ido mal y yo me arrepentí de la pregunta más de lo que me arrepentí de haberle recomendado a Nabokov. Bueno, más no: ya he dicho que de la vanidad masculina tampoco yo me libro.

Ese sábado había sabido que su exnovio –ese tipo del que yo retenía los defectos y olvidaba las virtudes– se casaba dentro de ocho meses, la había invitado a la boda y todo, con un acompañante si quería, pero ella no era como él, ella estaba aún asimilando, ella estaba escribiendo

mucho –«relatos sobre las relaciones interpersonales, ¿te lo he dicho?», y yo me acojoné, porque: autoficción–, ella estaba escribiendo y meditando, reflexionando sobre su existencia y sobre sus errores y sobre su identidad, la pura identidad estaba reconstruyendo y él apenas ocho meses más tarde se casaba con otra. Pero ya no era «con otra», otra era, si acaso, ella, porque con la que se casaba era –sería en ocho meses– su mujer.

«¡Menos que en hacer un niño ha tardado!», dijo muy exaltada, y yo observé que, técnicamente, más, porque si se casan en ocho meses pero ellos lo han dejado hace ya cuatro, pues eso hace un cómputo total de un año. Noelia opinó que mi observación era gratuita y absurda. «Me has entendido perfectamente, Martín», dijo mirándome a los ojos. Eso también pasaba: yo hacía como que no, pero la comprendía. Y sí, me llamo Martín. Ella solo me llamaba Martín en dos ocasiones o casi en tres: cuando se enfadaba, cuando la besaba el cuello y, a veces, si le urgía algo. Para todo lo demás me interpelaba con un «oye» o con un «por cierto» o con un «escucha».

Le pregunté si estaba celosa, si tenía ganas de volver con él, si estaba triste. Me dijo: «no», «no» y «tampoco». Estaba «alucinada», «flipando» y «desconcertada». Yo decidí no decirle que me apetecía acostarme solo con ella, porque estaba en este momento un poco alterada, y un poco fea con ese pelo corto que ni era corto del todo ya, y un poco triste. «Paciencia, Martín», me dije. Pedimos sushi a domicilio y le acaricié el cuello y entonces se calmó. Es una mujer compleja y, sin embargo, su mecanismo es a veces poderosamente simple.

Un viernes salió del psicólogo y me dijo que mejor no venía y al final vino. Eso la define por completo: no sabe mostrarse necesitada y al mismo tiempo solo quiere que la acaricien mientras se duerme. No sabe decir que quiere un abrazo pero lo quiere. En lo que queda entre esa incapacidad y ese deseo está ella. Apareció en mi casa y luego actuó normal. Me di cuenta enseguida de que llegaba vulnerable pero tardé un ratito en reaccionar. No le pregunté nada ni ella me contó nada. Le di un abrazo muy largo en el umbral de la cocina. Muy largo. Aún le dura.

Llegó el verano y le creció el pelo, y un día apareció con un flequillo lateral por encima de la ceja y un vestido ligero y yo no aguanté más y se lo dije todo: me quiero acostar solo contigo, me gusta tu novela aunque sea autoficcional, déjame guardar un par de calzoncillos y tres camisetas en tu armario. Elegí bien el momento. Ella ya estaba entera, había perdido la alergia a la conversación y sabía lidiar con estas cosas. Se lo dije un día en que llegó serena y lúcida y sonriente y se pidió directamente una cerveza doble en lugar de empezar con una caña, como acostumbra. Estábamos en la plaza de San Ildefonso, ella no había necesitado más que quince minutos entre el psicólogo y la vida, y tuve

que esperar a que todo estuviera ya sobre la mesa –su cerveza, mi vino, las aceitunas–, asegurarme de que su mirada no estuviera pendiente del camarero, fijarme en lo pálidas que tenía las piernas después de todo el invierno y luego beber un sorbo de vino y decirle que quería decirle algo, algo como que me gustaba mucho. Mucho en serio. Mucho de verdad. Aunque eso ella ya debía saberlo porque al fin y al cabo yo llevaba seis meses escuchándola, midiendo su estado anímico, comprendiendo cómo llega al orgasmo y a la carcajada y cómo bajarla del enfado, yo llevaba seis meses abrazándola sin descuidar la prudencia, cuidándola sin dejar de ser respetuoso, besándola sin invadir su espacio, queriéndola, en fin, sin decirle nada.

Noe puso su mano sobre mi mano y sonrió con una sonrisa nueva, una sonrisa que yo desconocía. Estaba más guapa que nunca, mucho más guapa que cuando estaba fea y sin duda mucho más guapa que cuando tenía novio. «Martín», me dijo, «yo ya te dije que no éramos novios y que yo no quería una relación».

Y sí. Lo dijo. También dice la tele que a la tarde va a llover y luego no llueve, también dicen los candidatos presidenciales que van a bajar los impuestos y luego no los bajan, también dice mi madre que soy el más guapo del mundo, y dice mi jefa que es técnicamente imposible subirme el sueldo y también hay gente que dice que el calentamiento global no existe y que ni machismo ni feminismo y que llegan en cinco minutos y que se alegran de verte. Yo nunca pensé que lo dijera en serio. O sea: pensé que lo decía en serio, pero que se le pasaría. Entonces la miré: «Noelia, con toda sinceridad, creo que es una sinceridad que nos merecemos: ¿hay alguien más, vas a apostar por otra cosa?». Ella respondió dos cosas terribles. Dijo que la llamara Noe –yo ya no la iba a llamar Noe nunca más– y luego dijo que no había alguien más, que quería hacerse dueña de su soledad. Yo habría preferido que me hubiera hablado de un amante rubio de torso férreo y conversación elevada, una fusión, qué se yo, de Brad Pitt y Foucault, de Johnny Depp y Chomsky, yo hubiera podido comprender que me dejara por alguien así, pero ¿por nadie?

Me cuenta muchas cosas. Que el amor, claro, lo ve distinto –«nada sabe de amor quien vuelve vivo»–, pero, en contra de la reacción habitual –de la mía, por ejemplo, que es lo que quiero decir cuando digo habitual–, no ha dejado de creer en la pareja. Al revés: quiere hacerlo de nuevo para enmendar las cosas que hizo mal, para hacerlo mejor, es decir, para cometer errores distintos de los que no será consciente hasta mucho más tarde. Yo no creo en la pareja, pero creo en ella. Ella cree en la pareja, pero no cree en mí. Este es, a gran diferencia, el peor vino que me he tomado nunca.

Yo hubiera preferido que me mintiera. Pero ella es así, no miente. Se

hace un silencio extraño y yo recurro a una broma pasada para romperlo: «Bueno, visto con perspectiva, sí que te salió rentable el taller de escritura». Fue ahí cuando me confesó que en un primer momento el Rubio Pérez le gustó más que yo en la cama, y sin duda Pablo Romero más que Pérez y que yo. Yo estuve a punto de levantarme e irme. Pero no me fui y ella se explicó: «Es un cumplido, en serio. Contigo era peor al principio porque me gustabas más, me ponía nerviosa. Y me has gustado mucho. Y hay cosas impagables que me has dado, de verdad, cosas que fueron lo que tenían que ser: certeras, atinadas, oportunas». Le pregunté que cuáles. Me dijo que el día que la ayudé con la mudanza, el cunnilingus en el ascensor y el largo abrazo en el umbral de mi cocina. Yo quería ser más para Noelia y Noelia no entendía qué más se podía ser que un apoyo práctico, un lametazo a tiempo o un abrazo acogedor. No supe quitarle la razón, aunque no sentía que la tuviera.

Pidió la cuenta y la pagó y fuimos caminando hacia mi casa. Repitió, creyendo que me consolaba, que no me dejaba por otro. Pero que no se veía capaz de preestablecer lo que iba a ser la relación a futuro, que yo necesitaba unas seguridades que ella no podía darme, no porque no las tuviera, sino porque no creía en ellas. Que yo era de los dioses, y ella del clinamen. Ahí me hundí.

Yo hubiera querido decirle que me recordara cómo era esa historia del clinamen, pero no era el momento y yo no recordaba nada –nada– de todo lo que ella había dicho. Recordaba, eso sí, el calor de su cuerpo contra el mío. Y palabras sueltas: átomo, Epicuro. Y nada más. Entonces ocurrió algo terrible: sentí que me merecía lo que me estaba pasando.

Llegamos al portal, donde se despidió de mí. Y ahí fue cuando puso su sonrisa irónica y me hizo la broma queriendo, quizás, aliviar la tensión: «Bueno, espera, a Nabokov también me lo llevé a la cama y me encantó. Ha habido días malos –lo dijo como si lo confesase por primera vez, como si yo no lo supiera, como si yo no le hubiera respetado los días malos– y en esos días llegaba a casa, me pegaba una ducha muy caliente, me ponía el pijama –la camiseta por dentro del pantalón, los calcetines– y me iba a la cama con él: *Habla, memoria, Pálido fuego, Ada o el ardor, Las otras orillas, Lolita.* Los he leído todos ya tres veces. Ha sido compañía inmejorable».

Yo fingí una sonrisa ante su ironía absurda, le di un beso rápido en la comisura de los labios y entré al portal como quien sale del quirófano: derrotado e inútil. Le tenía que haber recomendado a Svetlana Alexiévich. Le habría gustado tanto o más, le habría sorprendido, y yo me habría sentido menos intimidado si se hubiera ido a la cama con una mujer.

A Pablo Romero y al Rubio Pérez me los he cruzado en la presentación de algún libro, ligando con las chicas de veinte que acuden

con los labios pintados de rojo a este tipo de eventos y que se van renovando de septiembre en septiembre. Ruth presentó su novela en la antigua Residencia de Señoritas (hoy Fundación Ortega y Gasset) año y medio más tarde y fui a darle un abrazo merecido y a que me firmara un ejemplar. Mónica fichó por Random House y montó una fiesta apoteósica cuando publicó el libro y se mudó, al fin, al centro de Madrid. De vez en cuando seguimos quedando. A Blasco le envío emails periódicos con mis textos, textos autoficcionales como este, porque me volví un vago, un sensiblero o un ególatra, o acaso porque todo lo que pasó tuvo su efecto, porque claudicar ante ella fue también escribir sobre ella, porque así se superan, en fin, las muertes de las abuelas, las enfermedades de los padres, las rupturas. Igual me dan un poco de vergüenza, los textos. Blasco me responde con audios de WhatsApp –ya escribe demasiado, me dice– y alguna vez hemos quedado en una cafetería para que me dé el texto impreso, plagado de tachones, y me azuce en persona mientras habla muy rápido y gesticula con la mano izquierda; con la derecha se sostiene las gafas. A Noelia no la he vuelto a ver, pero sé que un día me la voy a encontrar. No es tan grande Madrid. Casi todo me da igual: el color y el largo de su pelo, si falda o pantalón, si más flaca o más gorda. Solo rezo para que, cuando nos topemos –porque sin duda alguna nos toparemos en este pueblo grande–, ella no esté feliz y soltera como la dejé, porque yo sigo siendo el mismo idiota que vería en ese hueco –¿qué hueco?, ¿no se basta?, ¿lo ves?: soy un idiota– un desafío de conquista, un modo de sentirme especial, una invitación a comprenderla.

Noelia, desde aquí te lo digo: cuando nos encontremos me gustarás aunque el corte de pelo te haga fea, aunque no estés simpática o atenta, me gustarás y pondré en ti toda mi consideración y me voy a acordar –qué quieres que te diga– cuando te vea de los cinco orgasmos que tuviste sobre el parqué desnudo, reverberando contra las paredes vacías. Y otra cosa te digo: me importa una mierda –perdón, pero es así: una mierda– la desviación espontánea del átomo que rompe el cochino determinismo, Noelia, y aunque no me queden más cachabas que respetar tu acción libre y el fundamento físico que la sostiene –tu fundamento físico, Noelia, me empalmo pensando en tu fundamento físico–, yo no creo en el azar sino en los dioses. Por eso si te veo te voy a querer igual y me vas a parecer guapa aunque estés fea y atinada aunque estés insoportable. Usando todo mi poderosísimo libre albedrío, creo en los dioses y creo que lo nuestro está escrito, y aunque no puedo obligarte a ti a creerlo lo voy a defender hasta la muerte con la tenacidad de un héroe griego. Por todo eso, Noelia –Noe–, me tienes que mentir. Escúchame bien, Noelia: me tienes que mentir cuando nos encontremos. Me tienes que decir que tienes marido y tres hijos y una

casa en la playa. No dejes nada al azar, por los dioses te lo pido, y dime que no eres ya todas las posibilidades que yo te inventé. No servirá de mucho. Pero dímelo, Noelia. Pónmelo fácil.

Llegó cinco días más tarde del inicio del curso y al instante a todas las chicas les cayó mal y a todos los chicos, bien. Quizá caer bien no es la expresión adecuada. Llevaba un polo que le quedaba corto y una minifalda plisada que dejaba al descubierto unos muslos impúdicamente desnudos, tenía el pelo oscuro largo y completamente liso, la piel blanca, los ojos rasgados: era china.

–Hostia tú. –Un susurro en la última fila.

–Joder con la china. –Un codazo.

–¿Es china de verdad?

No era china de verdad. Se llamaba Carmen González y solamente era adoptada. Española a todos los efectos. Solo que era china. La mirabas, y era china.

–Puto vacile.

–¿Te gusta, eh, tontorrón?

–Te gusta a ti, gilipollas.

Muñiz, Lucho, Guille, Tocho, Vicen y algunos satélites de vez en cuando. Quién decía qué no importaba, solo estaba claro que Muñiz más o menos mandaba, que Lucho era el segundo porque era el camello y eso siempre confiere poder pero requiere estar en la sombra, que los demás sumaban con comentarios, testosterona y risa como de hiena descontrolada. Y, desde el verano, estaba también Guille. Guille, aceptado al fin en uno de los grupos que molan. Guille, que empezó a fingir que las mates no le gustaban para no parecer un empollón, que abandonó los polos del Hipercor que le compraba su madre del mismo color que a sus hermanos y empezó a llevar camisetas negras de grupos de música que en realidad no escuchaba. Guille, que había demostrado ser uno más.

–Puta china, tú.

–Quieres follártela, eh.

–Te la quieres follar tú, no te jode.

La profesora presentó a Carmen a la clase y ella se sentó en primera fila, las mejillas ardiendo porque oía las risas en la última fila y aunque no escuchaba los comentarios, los sentía. Se sentó y cruzó las piernas, las rodillas blanquísimas, las tetas duras por debajo del polo blanco, el rabillo del ojo alargado aún más por el eyeliner. Era una belleza tan distinta. Nada que ver con las compañeras de siempre, que además de ser las de siempre eran de otra manera, voluptuosas, mediterráneas,

tetas grandes (las que ya tenían), caderas, una piel que se ponía morena rápido y que sudaba, una versión mejorada y anticipada de sus madres. Carmen era como de mármol. Risas, codazos, notitas de papel que pasan de uno a otro y Lucho que saca el móvil para mandar algo al grupo de WhatsApp.

–He dicho silencio. No voy a tener paciencia hoy, ¿eh? A la próxima tontería, os vais fuera.

La profesora mirándolos por encima de sus gafas, el índice en alto. Ellos rojos, la vena de la sien hinchada, conteniendo la risa y la agitación en un revuelo amortiguado de hormonas y de granos.

–¿Me dejas un boli?

La china se gira y le pide al del pupitre de atrás un bolígrafo, y desde el fondo se oye:

–¿Qué pasa, que no hay bolis en Shanghái?

Risas. La china pone cara de desprecio y, volviéndose hacia la pizarra, dice mirando al frente:

–Soy de Tetuán, gilipollas.

–Eh, tú, Kung Fu Panda.

Tiran una bolita de papel que le da en el hombro a la china. Todos ríen. Ella suspira. Guillermo traga saliva, luego ríe también.

La china sale a la pizarra a resolver un problema de matemáticas. Coge una tiza y va copiando de su cuaderno. Hoy se ha hecho un moño con su pelo negro y largo. Desde atrás se le ve la piel blanca de la nuca y la piel blanca de las corvas, por encima de los calcetines largos y por debajo de la falda.

–¿En tu país se suma y se resta igual, chinita?

La profesora levanta la vista de su cuaderno de notas.

–Muñiz. Último aviso.

La china sigue copiando el problema, impertérrita. Guille lo va leyendo desde la última fila: lo va a sacar, y este era jodido.

Por las tardes volvían a sus casas, fichaban y luego se bajaban a la plaza de los bancos a fumarse unos porros.

–Traigo la china –dijo Lucho una tarde, y Guille se sobresaltó pensando que venía con Carmen.

Pero Lucho lo único que hizo fue meterle la bolita de hachís en el bolsillo del vaquero. Se las había apañado para encargarse él de liarlos,

Guille, porque se sentía guay liándolos, y porque así los cargaba poco. También había aprendido a fumar sin tragarse el humo, y a expulsarlo haciendo círculos.

–Mira ese Guille.

–No, si ahora es el que mejor fuma.

–Arriba esas ondas, William.

Todo lo que parecía lejano antes del verano ahora estaba ahí, todo lo que parecía difícil ahora era fácil. Fingir con los amigos que fuma, fingir con su madre que no fuma, fingir la realidad, porque realmente no fuma.

En corrillo en torno al banco mandaban vídeos al grupo de WhatsApp o los veían ahí mismo, juntos, en el móvil de Tocho que es el único que tiene un iPhone y se ve mejor, más calidad, bro. Quemaron rápido el two girls one cup, también el de una mujer que introducía en su vagina un balón de rugby para posteriormente expulsarlo, y el de un perro follándose a una tía, y el del caballo, fucking a horse, porno extremo según reza Google. Necesitaban renovarse. Carmen había traído una temática renovada: horny asian teen.

chinese teen blow job
chinese anal
asian horny student
chinese amateur
asian squirt

Eran ciertamente más digeribles que los zoofílicos y los coprófagos, pero Carmen –la puta china, bro, ya la estoy viendo a cuatro patas– les daba un color distinto. Se agolpaban los unos contra los otros, ponlo otra vez, cremísima, se daban hombro con hombro y se medio empalmaban, o se medio empalmaba Muñiz que era el único por otro lado que la había metido ya, y entonces decía bueno ya vale, ya está, vámonos a casa, y sí, vámonos, ya empieza a hacer frío. Se ponían las capuchas de sus sudaderas o se subían los cuellos de sus cazadoras y volvían a sus casas, el olor a empanadilla congelada friéndose en la cocina, la tele encendida en el salón, una madre diciendo ¿no tenías deberes o qué?, una hermana comiendo papilla en una trona, un padre leyendo el periódico mientras se hace la cena.

Muñiz antes de meterse en la ducha, con el agua ya corriendo; Lucho en su cuarto ya de noche, porque el muy hijo de puta tiene un cuarto para él solo; Guille mientras su madre da de cenar a su hermana, apoyado contra la puerta del baño para que nadie la abra; Tocho sentado en el váter, Vicen tumbado en la cama. Desbloquean sus móviles y teclean rápido (pornhub / asian / naked / chinese / bukkake) y se la cascan con la derecha mientras sujetan el móvil con la izquierda, menos Lucho, que es zurdo y lo hace al revés. Se la cascan mirando el

móvil y pensando en Carmen, se limpian con papel o con un calcetín o con la sábana, y tiran de la cadena o se meten al fin en la ducha o se duermen.

Y de repente aquella tarde en la que Guille mira de reojo a su hermana en la trona –esta, por mamá– y se mete en el baño silenciosamente, se apoya contra la puerta, se baja los pantalones y los calzoncillos todo de una, saca el móvil y comprueba que está en modo silencio. Apenas le hace falta darle al play para empalmarse, empieza a tocarse y a coger velocidad, se toca cogiendo el prepucio desde muy arriba, suave pero rápido, y coge más velocidad y deja el móvil en el lavabo, y apoya la cabeza contra la puerta y cierra los ojos, la nuez pronunciada en su cuello, y se imagina a la china espatarrada igual que la china del vídeo, la china desnuda, la china a cuatro patas y de repente la china sonriendo, no sabe por qué pero la china sonriendo, la china resolviendo un problema de matemáticas, la china mirándole mientras vuelve a su sitio y él que no quiere, él intenta imaginarse el culo de la china, el culo abierto de la china, sus tetas duras pero ahí le viene la imagen de la puta china sonriendo, de la china acariciándole, de la china besándole muy despacio y casi le da vergüenza correrse con una imagen tan cursi.

Remolonea cuando suena el timbre, tarda mucho en meter sus cosas en la mochila y se las ingenia para quedarse a solas con la china, que casi siempre va sola, que casi siempre sale la última.

–Se te dan guay las mates –dice Guille alcanzándola en la puerta.

Ella mira a ese chico con sombra de bigote y flequillo sobre la frente. Se sorprende de que le hable y al mismo tiempo no se sorprende.

–Sí –responde seria, mirándole.

–A mí también, me flipan los números.

–¿Ah sí?

–Sí.

Ella mira al suelo intentando ganar tiempo y él se agarra con mucha fuerza al asa de su mochila, colgada de un solo hombro. Ella le mira de vuelta, al fin:

–Pues nunca sales a hacer los problemas ni dices nada.

Guille mira al suelo y la china le sonríe, con cierta ternura, con cierta cara de ni que fuera tan grave. Luego la ve alejarse, caminando rápido con pasos cortos. Traga saliva. Se imagina a Lucho gritando ¡empollón!

Se las ingenia para volver a casa con ella todos los días, el lapso entre el instituto y los porros en el banco, los veinte minutos de paseo en los que

piensa durante todo el día. Cuando él la alcanza a la carrera ella se quita los cascos.

–¿Qué escuchas?

–Joe Crepúsculo. Lo vi en un festival este verano. ¿Te gusta?

–No sé quién es.

No sabe por qué a ella se atreve a decirle que no sabe. No es que no le dé vergüenza, vergüenza le da, pero se atreve. Ella sonríe y él respira.

–¿Qué música escuchas?

Guille camina mirando al frente y la china le habla mirándole a él. Guille la mira durante todo el día, desde la última fila, por los pasillos, en educación física. Guille siempre sabe dónde está. Sabe que se muerde los padrastros cuando se pone nerviosa y que en general es una chica seria. Sabe que todo se le achina cuando sonríe. Pero cuando camina con ella es incapaz de mirarla.

–No sé.

–Algo de música escucharás. ¿O solo te gustan las mates?

Ella le da un codazo y él contiene el impulso, el impulso de contarle la verdad, de contarle todo lo que le gusta. Y de algún modo difuso se pregunta si enamorarse no es eso: el impulso de contarle al otro toda la verdad. Se contiene hasta que deja de contenerse.

–Bueno, es que la música es matemática pura.

–Mira tú. Y qué matemática pura escuchas.

–Es raro.

–Venga, cuéntamelo.

–Me flipan las bandas sonoras. La de *El Señor de los Anillos* es un flipe, en serio.

La china sonríe y Guille siente su confesión recompensada.

–¿Y conoces a un pavo que se llama Ennio Morricone? Ha hecho la música de mazo pelis, te lo juro, es un genio. ¿Has visto *El bueno, el feo y el malo?*

Pero la china no la ha visto.

–¿Y *La misión?*

Tampoco.

–*¿Kill Bill?*

Kill Bill sí. *Kill Bill* le encanta. Ha visto casi todas las de Tarantino, y Guille y Carmen llegan a casa sin parar de hablar, porque Tarantino y Ennio Morricone existen desde hace apenas pocos meses, y son ellos quienes los han descubierto, y él la deja en su portal y todavía en el portal se quedan un rato hablando, y cuando se despide él la mira con vergüenza y ella le mira con recelo, y esa noche en casa Carmen googlea «Ennio Morricone bso» y Guille entra en el Facebook de Carmen, y mientras Muñiz, Lucho, Guille, Tocho, Vicen se la cascan con un vídeo de una china a cuatro patas siendo penetrada anal y oralmente por dos

tíos al mismo tiempo, Guille explora, analiza y estudia el Facebook de Carmen hasta llegar a la primera foto, una foto de Carmen de pequeña, una melena corta y recta, los ojos rasgados y sonrientes, y ella haciendo un tres con los dedos de la mano. Tres añitos. Y luego, también él, cierra los ojos y se la casca, pensando en la china, en su china, en Carmen, en cómo le rebota el culo durante las clases de voleibol, en cómo tiene tan blanco el cuello, un cuello que sin duda debe de ser suave.

–A ver, el siguiente problema, el número cinco. Quién sale.

La profesora mira a la clase por encima de sus gafas. La china gira su cabeza y mira a Guille fijamente, su mirada seria y rasgada por su origen y por el eyeliner. Muñiz, Lucho, Tocho y Vicen siguen la mirada de la china y miran a Guille. Guille mira fijamente al frente, muy quieto. No se mueve. La china baja la mirada. Una chica rubia de la primera fila sale con su cuaderno en la mano, coge una tiza y empieza a copiar el problema número 5.

–¡A ver!

Lucho le arranca bruscamente el examen a la china de las manos.

–Devuélvemelo, gilipollas.

–¡Uh! Un nueve con ocho. ¡Chicos, Fu Manchú ha sacado solo un nueve con ocho!

Muñiz, Tocho y Vicen se acercan. También se acerca Guille, agarrando con fuerza el asa de su mochila, colgada de un solo hombro.

–¿Qué os parece? ¿Vas a llorar porque no te han puesto un diez, chinita?

La china mira a Guille. Guille agarrando con una mano el asa de su mochila y con la otra el folio del examen enrollado, un cilindro de papel que esconde un 10, un 10 redondo, con sus dos cifras, subrayado con una línea por la profesora en boli bic rojo. Un 10 oculto. La tensión de que nadie lo vea. Guille mira al suelo. Luego mira al infinito.

–Sois subnormales –dice la china.

Y luego recupera su examen, arrancándoselo a Lucho y protegiéndolo entre la carpeta y su pecho. Vuelve a mirar a Guille, da media vuelta y se va.

–Por qué no. Si solo quiero ir andando contigo hasta tu casa. No subir ni nada.

–Porque no.

La china mete sus cosas rápido en la mochila, Guille mira al suelo.

Luego la mira a ella. Han pasado tres días desde el incidente del nueve con ocho y la china está más fría que nunca, parece más de mármol que nunca. Guille está solamente triste. Ella sale y él la sigue, ella acelera el paso y él lo acelera también, ella cruza el paso de cebra en ámbar y él ya en rojo.

–¿Es porque no hablo en mates?

–Es porque no me hablas con tus colegas delante, imbécil.

Entonces Guillermo piensa no son mis colegas, Guillermo piensa mierda, Guillermo se llena de algo entre la ira y la rabia y la agarra del brazo y la obliga a parar y la besa. Ya había besado a una chica el verano pasado, pero es el primer beso con lengua que dura tanto, el primer beso con el que siente que se va a empalmar. Se empalma un poco.

No puede evitar pensar que la está besando, la está besando él, ese beso que todos quieren darle, que Muñiz y Lucho y Tocho y Vicen querrían darle, se lo está dando él, y entonces como que se acuerda de que debería hacer algo más –las manos tímidas apoyadas en la cintura de ella–, y desliza una mano hasta su culo, aunque no se atreve a agarrarlo.

Es el último en entrar al vestuario y cuando llega a la clase de educación física ellas ya están jugando al voleibol y ellos esperan sentados en las gradas.

–Hey. Os tengo que contar una cosa.

Guille está eufórico, tan eufórico que no cree que pueda aguantar la adrenalina, pero ellos no reaccionan, ellos miran el partido o miran las tetas y los culos que rebotan durante el partido.

–Está buena Laura, ¿eh?

–Flipas.

–Jevi lo buena que está.

Guille traga saliva. Mira al campo. Laura. Dos trenzas largas y una gargantilla negra en el cuello, varios pendientes en la oreja izquierda, culo respingón, el pelo tapándole un ojo.

–¿Cómo las tiene?

Y Muñiz hace con las dos manos a la vez el gesto de estrujar un par de tetas, y todos se ríen como hienas hormonadas.

–Es que Muñiz y Laura… –informa Vicen, y a continuación pone la boca en forma de pez y hace un sonido como de chancla mojada contra el suelo.

Guillermo asiente, corroborando su comprensión.

–¿Repetiréis?

–Este finde sus padres se piran.

–Cremísima.

–¿La chupa?

–Se lo traga.

Y todos gritan, y se dan golpes, y se atragantan con su risa, y da igual quién dice qué, solo importa que Muñiz más o menos manda y que Lucho sigue trayendo petas. La pelota de voleibol va de una mano a otra y sale del campo, y la china corre a por ella y se prepara para sacar, una pierna adelantada y mirada de concentración.

–Pierde en pantalón corto, la china, ¿eh?

La china lanza la pelota al aire.

–Ya ves, tronco. Ni es tan guapa, en verdad. Tiene los muslos gordos.

–A ver, es china.

La china golpea la pelota.

–Como china no está mal, pero es que las chinas…

–Un asco, bro.

La nuez de Guille se mueve en su cuello cuando traga. Finalmente se sienta, y abre las piernas, y pone los antebrazos sobre las rodillas, y todos se quedan un rato callados, esperando para salir a jugar. Entonces Muñiz le mira, desde un extremo.

–Oye, William.

Guille le mira muy serio, desde el otro extremo.

–Nos ibas a contar algo. Qué nos ibas a contar.

–Ah, ya. Nada.

–Venga, tronco. Qué era.

Y Muñiz le da un codazo a Lucho, que se lo da a Vicen, que se lo da a Tocho, que le llega a Guille.

–Nada –repite Guillermo, y mira al frente para añadir–: Que me van a quedar las mates.

–Joder, tronco. Y yo pensé que era algo interesante. A este le van a quedar ocho, tú qué crees.

–Que te dé clases la chinita, no te jode.

Y la china corre en pantalón corto hasta el final del campo, y se coloca para sacar de nuevo, y entonces mira brevemente a la grada y sonríe, y Guille le retira la mirada, le retira la mirada y casi le da la espalda, le retira la mirada y se ríe, y se da golpes y cuchichea con sus colegas, todos con zapatillas enormes y gastadas y camisetas tres tallas más grandes, todos con granos y sombra de barba menos Tocho, que ya tiene bastante barba, todos vírgenes menos Muñiz, todos con unas ganas imprecisas y sudorosas de algo, de qué, de cualquier cosa.

UN NOVIO QUE TUVE

Te sientas a cenar y la vida que conocías se acaba.
Joan DIDION

1

–Las ciudades romanas no se amurallaron hasta las invasiones germánicas, ratón.

Fue justo al decir esa frase.

Habíamos entrado al restaurante y enseguida iniciamos la coreografía automática de la llegada a un sitio conocido, la coreografía trazada a lo largo de más de quince años. Corroboramos con una mirada que ambos queríamos la mesa de la esquina. Él dejó su abrigo en el respaldo de la silla, yo apoyé el bolso en el suelo. Él pidió dos copas de vino tinto y yo cogí el menú y lo puse en la mesa de modo que pudiéramos leerlo los dos. Los dos sabíamos cosas sin saber que las sabíamos. Sabíamos que habíamos comido pronto y poco, que había sido un día ajetreado, que no bastaría con compartir una ración ligera sino que querríamos algo más contundente. Apenas tuvimos que confirmar que el otro también sabe sin saber. ¿El cazón? ¿Y el revuelto de huevos y jamón? ¿Y una ensalada? Después de pedir reanudamos la conversación, que se había visto truncada con la logística de entrar al restaurante.

Yo estaba colocando la servilleta sobre mis rodillas cuando él dijo:

–Las ciudades romanas no se amurallaron hasta las invasiones germánicas, ratón.

Que le gustaba la historia lo sabía todo el mundo. Que me llamaba ratón lo sabía solo yo. Entonces ocurrió.

Los camareros llamaron veloces al 112, hicieron sitio entre las mesas, me trajeron un vaso de agua. Yo me quedé inmóvil, luego me agaché a su lado, luego dije alguien que llame al 112, y luego lo llamé a él, Sam, Sam, respóndeme, y luego otra vez ¿habéis llamado ya al 112?, y luego Samuel, dime algo, por favor, Samuel, como si al pronunciar todas las sílabas de su nombre la invocación fuese más efectiva. Samuel no me respondía.

En la ambulancia tuve que ser testigo de cómo tampoco respondía a las descargas eléctricas de la cardioversión. Lo sacaron del automóvil corriendo, la sirena cesó, su camilla atravesó dos puertas blancas y yo

me quedé sola y en silencio agarrada a mi bolso como si fuera el asa del mundo. Si lo suelto, me caigo, pensé. Y lo agarré fuerte.

Me senté en una sala de espera. Salió un médico. Me levanté. Dijo algo de un procedimiento quirúrgico. Dijo algo de un 75 por ciento. Dijo cosas que no procesé porque no hacía falta. Es eso o nada, me dijo el médico para explicarme que no tenía que tomar ninguna decisión. Cuando dijo nada se refería a la muerte. Puede ser largo, me dijo. Quizás quiere llamar a alguien para que la acompañe, insistió. Sí, ahora, respondí yo. Me volví a sentar. Me agarré al asa del bolso.

2

Ahora estoy aquí. Tengo frío. No llamo a nadie. Me pongo el abrigo. Miro mis manos heladas. El anillo en mi mano derecha. Hace quince años. Lisboa. Yo llevaba un vestido azul y él dijo desdeñoso que no quería casarse. Dijo algo de una institución que no lo representaba. Dijo algo como que qué suerte: yo era una de esas mujeres inteligentes que no quería casarse, la parafernalia del vestido, el anillo, las flores, la familia. Eran nuestras primeras vacaciones juntos. Estábamos desayunando en una plaza. Él dijo eso y se concentró en su café. Yo me quité las gafas de sol y las coloqué despacio sobre la mesa. Le dije: soy una mujer inteligente, el vestido será largo con el escote en pico, me maquillará mi hermana, será en mi pueblo; si no te cuadra, mejor saberlo ya. Seis meses más tarde una mañana de sábado yo hacía el crucigrama del periódico en pijama cuando él colocó un anillo dorado con una piedrita verde traslúcido sobre la nueve horizontal, seis letras, «causar gran ruido o estampido las armas de fuego». Yo lo miré. Comprar un anillo era la cosa que menos le pegaba en el mundo. ¿Y esto?, le dije. ¿Te casas conmigo?, me dijo él. Yo le dije que claro. Luego dijo ¿puedo ir sin corbata?, y lo besé y me quitó el pijama e hicimos el amor sobre la misma silla de la cocina. Ahora tengo frío y el recuerdo de aquella mañana se vuelve brillante. El anillo baila ligeramente en el anular helado. Yo no lo tenía puesto. Se quedó sobre el crucigrama cuando él bajó con su mano grande el pantalón de mi pijama gris, cuando puso su mano en mi cadera. Recuerdo cómo me besó el cuello y el calor y mi piel erizada contra la luz que entraba por la ventana de la cocina, recuerdo la silla incómoda. Ahora llevo un jersey negro y un abrigo beis, el anillo en el anular desde hace quince años, tengo frío y él no está. Miro las puertas blancas cerradas. Se me hizo raro siempre llamarle marido. Yo, la que se quería casar. Invitamos a jamón y a vino a la familia cercana y a los amigos más íntimos en el jardín de la casa de mi pueblo, yo llevé un vestido blanco y largo con el escote en pico, me

maquilló mi hermana. Él apareció con una corbata y yo pensé: me quiero casar con él, sin darme cuenta de que era exactamente lo que estaba haciendo. Él, que no quería casarse, empezó a referirse a mí como su mujer con mucho orgullo. Yo no me habituaba a llamarle marido. Creo que me sentía mayor. Son las señoras las que tienen un marido.

Me levanto hasta el mostrador, me inclino discretamente y me dirijo a una enfermera:

–Perdón. Mi marido lleva casi dos horas ahí dentro. ¿Podría preguntar…?

Tenía que llamarle marido antes de convertirme en viuda.

3

Salgo a tomar el aire y me envuelvo en la bufanda. Me la regaló él las últimas Navidades. Qué no me ha regalado él. Recuerdo el recelo que sentía cuando empezamos a salir por las cosas que habían sido regalos de relaciones pasadas, el cuadro del salón que quiso quitar o la pulsera de plata que me había regalado mi anterior novio y que me ponía de vez en cuando. Pero después de quince años las relaciones pasadas son un recuerdo lejano, el cuadro se perdió en una mudanza, la pulsera de plata ya es tan suya como mía. A veces señala algo que me ha regalado él y me dice con sorna qué pendientes tan bonitos y yo respondo con ironía me los regaló un novio que tuve y él sonríe y me pregunta que si era guapo ese novio, que si le tiene que partir las piernas, y se regocija en la broma pensando que ese novio es él. Otras veces se acerca y me dice qué guapa estás y yo me alejo irónica y le digo disculpe, estoy casada, y él me dice ¿y quiere usted a su marido?, y yo le digo mucho y él me besa.

Meto las manos en los bolsillos y doy una vuelta a la manzana del hospital porque me están sobreviniendo los pensamientos terribles y sé que moverme me sienta bien.

La banalidad se me viene encima. Cómo pudimos discutir por las perchas de la entrada que él nunca terminaba de colgar, por el viaje de trabajo que le impidió estar el día de mi trigésimo quinto cumpleaños, por aquel verano en que yo engordé y decidí que ya no le gustaba. Los celos incesantes que me entraron cuando cumplí los cuarenta y él empezó a trabajar con una agente brillante de veintinueve. Él lo dijo así, es una chica brillante, y yo fingí celos intelectuales cuando en realidad lo que ansiaba eran sus tetas firmes aun sin sujetador. Luego me odié a mí misma por ansiar unas tetas firmes. Estuve un mes con accesos de llanto. Es la menopausia, le dije, y él me dijo pero por dios, cómo va a

ser la menopausia si tienes solo cuarenta años, lo que pasa es que eres tontita. En eso tienes razón, le dije, y él me besó y me abrazó y cómo hemos podido discutir por tantas banalidades, mi ex al que él tanto odió, siempre me toca ir a mí al banco, nunca te encargas de cocinar, no quiero que te vayas, me tengo que ir, me siento mal, necesito estar solo, y yo que me abraces, te quiero, lo siento, no discutamos más.

Termino de dar la vuelta a la manzana y me quedo parada en la puerta del hospital. Quiero poder jugar a nuestro juego, hacer el desdoblamiento irónico, que él llegue y me diga ¿qué hace una mujer tan guapa en la puerta de un hospital? y que yo le responda es que están operando a mi marido y que él me diga oh, vaya, está usted casada y que yo diga sí y que él diga ¿y quiere usted a su marido? y que yo responda mucho.

4

–Las ciudades romanas no se amurallaron hasta las invasiones germánicas, ratón.

Eso dijo antes de caerse. Que le gustaba la historia lo sabía todo el mundo. Que me llamaba ratón lo sabíamos él y yo. Eso es el amor. Ahora solo lo sé yo. Eso es la muerte. Por eso ahora a todos los efectos está muerto, porque solo yo en el mundo sé que Samuel me llamaba ratón. Han pasado tres horas y cincuenta y dos minutos y sigue haciendo frío dentro de este hospital. La piedrita verde traslúcido en mi mano helada. Mi estupefacción aquel día. ¿Pero de dónde te has sacado esto? *Esto* era el anillo. Él sonreía. No quiero que te me escapes, ratón, dijo buscando sus calzoncillos por el suelo de la cocina. Luego miró el anillo sobre el crucigrama. Póntelo, ¿no? Yo me lo puse con impresión y a él el gesto se le puso torvo: oye, pero quieres, ¿no? ¿Te hace ilusión? Le dije que simplemente no me lo creía. Que qué le parecía mayo. Que si nos mudábamos a un piso más grande. Él me dijo *tronar* y yo le dije qué y él señaló el crucigrama: la nueve horizontal, seis letras, es *tronar*. Y nos mudamos a donde tú quieras, añadió.

Han pasado tres horas y cincuenta y dos minutos y ya no lo soporto más. Quiero estar fuera de mí misma. Me pasa cuando me angustio, cuando lloro: no quiero estar en ningún sitio. Entre los dos hemos encontrado una táctica para eso. Él me abraza y es paciente. Digo que es paciente porque al principio, aunque él me abraza, yo no dejo de llorar. Entonces me sigue abrazando, y me acaricia el pelo, y me agarro a él y paulatinamente voy queriendo volver a estar en algún sitio: en ese. Tres horas y cincuenta y dos minutos y no puedo agarrarme a él. Él no puede venir a abrazarme. Qué voy a hacer ahora. Con lo que nos costó dar con

el procedimiento. Inventarse las técnicas de la vida desde cero: eso debe de ser la muerte. Lo pienso y no quiero. No podría soportar su ausencia sin que él me acariciara el pelo. Quiero morirme yo antes que él. Soy una persona horrible.

5

Una enfermera se acerca para decirme que en unos minutos sale el doctor y la sala se vuelve más ajena y los recuerdos aún más brillantes. La frase, «ahora mismo viene el doctor», ya la he escuchado otra vez. Hace doce años, sentada entonces en una consulta, yo en una silla, Sam en la otra, «ahora mismo viene el doctor» y la enfermera que cierra la puerta. El doctor vino, en efecto, se sentó y nos dijo con explicitud y paciencia que no podíamos tener hijos. Samuel me cogió la mano y yo se la di. Hizo preguntas técnicas y yo le quise. Salimos del hospital y caminamos en silencio. ¿Quieres que lo intentemos de algún otro modo?, me dijo. Yo no, ¿y tú?, le dije. Pienso que tampoco, resolvió. Estábamos bien como estábamos. No era un deseo feroz en ninguno de nosotros. Nos sentimos, creo, un poco culpables por no sentirnos mal. Esa noche le sacamos partido a la noticia follando sin preservativo y también creo que durante los tres primeros meses sin profilácticos compartimos una decepción silenciosa. Efectivamente, no podíamos.

A él le dieron entonces el Premio de las Letras Iberoamericanas y se embarcó en una gira por España, Latinoamérica y parte de Estados Unidos para promocionar su libro. Yo dejé mi trabajo en la radio y lo seguí. Escribí mi primera novela en los hoteles. Fue un año agotador y divertido. Recuerdo una tarde en Buenos Aires en la que yo no podía parar de reír y él era feliz con mi buen humor. O aquellos margaritas que tomamos en la FIL, o los tres días sin obligaciones en Santiago de Chile. Yo llevaba el mismo vestido azul de Lisboa y él unas gafas de sol que lo hacían parecer más moderno de lo que es. Había días en que yo me agobiaba de ser su mujer todo el tiempo, la mujer de un escritor premiado quince años mayor que yo. ¿Y tú en qué trabajas?, me preguntaban, en nada, decía yo. Era verdad y no era verdad. Otros días él se agobiaba de ser un escritor premiado con una agenda imposible y una vida con un nivel de sociabilización que no podía soportar. Esos días nos pegábamos una ducha y nos íbamos a algún bar a pedir el cóctel local de referencia y a ser exclusivamente nosotros. Un pisco sour, un margarita, una cerveza. Cuando terminó el año volvimos a Madrid y sí, concluimos que sí, nos gusta esta vida, nos la quedamos. No volvimos a pensar en los hijos.

No echo de menos que un hijo me acompañe ahora. Yo lo que quiero

es que Samuel me acaricie el pelo, y Samuel no está. No hay presencia que aplaque eso. El médico aparece.

–¿Es usted la mujer de Samuel Benegas?

Esa soy yo. La mujer de Samuel Benegas. Le doy vueltas al anillo en torno al anular mientras el médico me explica cosas que no comprendo hasta que dice una que sí comprendo: se va a poner bien. Luego sigue diciendo cosas, dieta sin sal, hospitalización, riesgo coronario, cosas que no me importan porque hay alguien en este mundo que también recuerda el anillo y el crucigrama y la silla de la cocina y mis tetas que, por cierto, aquel día eran tersas y firmes aun sin sujetador, y lo siguen siendo en algún lugar de la memoria de Samuel, en el lugar al que acude cuando quiere recordar el día en que me pidió que me casara con él.

–¿Lo puedo ver?

–Sí, pero va a tardar aún en despertarse.

Entro con urgencia contenida a la habitación en silencio.

6

Pasan otras dos horas hasta que Samuel despierta, horas en las que sé aliviada que podré contarle todo lo que me ha pasado. Qué egoísta soy, pienso. Quiero que se despierte para contarle mi vida. No te lo vas a creer, le diré, estaba cenando con mi marido y se ha caído redondo al suelo. Él se reirá. Pienso en cómo lo voy a obligar a comer pechuga de pavo a la plancha y lechuga sin aliñar. En cómo voy a sacar el whisky de casa. En cómo me va a decir que una vida sin whisky no le merece la pena. En cómo le voy a responder lo que no merece la pena es una vida sin vida. Vamos a discutir. Va a estar insoportable. Y yo también. Yo voy a estar inaguantable. Cada vez que no me coja el teléfono, cada vez que se retrase, cada vez que llegue a casa y no esté pensaré que está tirado en algún suelo, a punto de morirse. Su imagen en el suelo del restaurante. Su camisa desabrochada. Su pelo contra las baldosas. Pienso en cómo todo esto lo va a volver a él más tranquilo y a mí más nerviosa. Pienso en que va a beber whisky a escondidas. Vamos a discutir. Vamos a discutir muchísimo. Y de repente lo único que quiero en esta vida es la banalidad con él. Discutir porque está celoso del periodista que me invita a una caña después de un reportaje, porque yo no soporto que deje la ropa tirada en el bidé, porque es un lío coordinar nuestras agendas. Quiero discutir con él porque siempre llega tarde, quiero que se enfade conmigo porque le interrumpo al hablar o porque dejo siempre la toalla mojada sobre la cama deshecha. También quiero que nos duchemos y nos vayamos a algún sitio a tomar un cóctel y a ser

nosotros. Aunque a partir de ahora el cóctel lo tomaré solo yo. Él tomará un agua con gas. Así se lo diré a los camareros: él tomará un agua con gas, y él me mirará y me dirá la que lleva toda la vida sin querer ser mi madre ni mi enfermera ni mi secretaria, y yo responderé ahora me da igual, voy a ser cualquier cosa con tal de que no te mueras, y le serviré el agua insípida en el vaso de cristal.

Samuel se despierta y tose. Llamo a una enfermera. Vienen dos enfermeras y un médico. Recupera poco a poco la consciencia. ¿Te acuerdas de lo que ha pasado? No se acuerda. Se lo contamos. ¿La reconoces?, le pregunta el médico. Samuel me mira. Mira al médico: sí, claro. Me mira a mí: hola. Le sonrío y le cojo la mano. El médico comprueba unas cuantas cosas más. Tiene que descansar, dicen. Si necesitas algo, nos avisas, dicen. El médico y las enfermeras se van. Nos quedamos solos. Como si el saludo anterior no contase, me mira y me vuelve a saludar.

–Hola, ratón.

Sonrío. Le beso la frente.

–Hola, cachorro. ¿Te encuentras bien? ¿Te arropo? ¿Necesitas algo? ¿Te molesto si me siento aquí?

Que soy ansiosa lo sabe todo el mundo. Que lo llamo cachorro lo sabemos solamente él y yo.

LA CIUDAD MODERNA

El aferramiento es lo contrario al vínculo.
André GREEN

1

No son los veinte años a conciencia
basados en la fe de la costumbre,
no es el sosiego de la certidumbre
ni el perdón y el porqué sin consecuencias.

No está en asegurar la subsistencia
ni en los hijos a medias que se alumbren.
El beso sabe de su incertidumbre:
el milagro no está en la trascendencia.

Súbita la palabra de mi boca
suena nueva y veraz entre tus ojos
y en ese entendimiento me consagro.

Súbito nervio que el sudor evoca
pendular: el aplomo y los sonrojos.
Súbito comprenderse es el milagro.

2

Érase una vez una ciudad moderna con anuncios de neón que ya parecen antiguos y farmacias veinticuatro horas y las mangueras de los camiones de la basura. Es una ciudad moderna y es de noche, y un hombre camina nervioso fingiendo que está muy tranquilo al encuentro de una mujer que también camina y que no oculta su nerviosismo, aunque intenta apaciguarlo respirando hondo. Se incorporan desde extremos opuestos a la misma calle de un barrio céntrico lleno de bares. Se reconocen de lejos –los andares, el pelo– y caminan el uno hacia el otro oscilando entre la sonrisa tímida y la mirada al suelo y alguien que se cruza y les hace perderse de vista unos segundos. Se saludan con un beso contenido y pasean hasta un sitio moderno (como la ciudad) donde les sirven bebidas y algo de picar. Se han acostado siete veces. Han ido al cine una. Han paseado mucho y han acudido a bares a contarse cosas:

sus exparejas, sus extrabajos, sus examigos; su actual situación sentimental, laboral, fraternal.

Se sientan. Ella habla mucho y bebe cerveza con soltura. Él intenta desviar la conversación: ¿pero tú estás bien? Ella no lo capta y responde que muy bien, y sigue hablando cómoda y sonriente. Ella disfruta de la ligereza. Él quiere asegurar la ligereza. Se lo dice: estoy muy a gusto contigo, pero no quiero ningún compromiso. Ella lo ve nervioso y acerca un poco a él su taburete. Solo escucha del *pero* en adelante. ¿Quieres que nos veamos menos? No. ¿Quieres que te escriba menos? No. ¿Quieres que algo cambie? No. Solo quiere asegurar la ligereza.

Ella lo entiende y al mismo tiempo siente que la conversación aporta pesadumbre. Él solo quiere dejar las cosas claras. Ella siente que dejar las cosas claras es dar un paso más en la relación, sea esta la que sea. Le dice todo bien. No te agobies. Tú tranquilo.

Es una ciudad moderna y es de noche y a través de la ventana se cuelan luces de coches, de neones y de bicis eléctricas. Un hombre siente que no quiere sentirse reprendido, exigido, forzado, sacado de su centro natural. Siente que no quiere pedir perdón o justificarse, aunque nadie le haya pedido que lo haga. Mentira: se lo han pedido antes. Y esas expectativas que él ha sido las lleva aún a cuestas, las arrastra por todas las aceras grises, limpias de la ciudad moderna, las saca con torpeza ya en el bar y las coloca encima de la mesa. Una mujer escucha. Una mujer que lo último que tiene son exigencias imposibles o vocación de salvadora. Que solo quiere lo que el hombre –lo que el mundo– esté dispuesto a regalarle: sabe que nada más le pertenece. Una mujer a la que no le apetece hablar (ha hablado tanto antes), pero que escucha y pregunta y se esfuerza por colocar también sobre la mesa esas expectativas que fue un día: no me voy a ocupar de tus horarios, de tu alimentación o de tus amistades. Pero ven. Ven y cuéntame tus miedos. Y yo te doy los míos. Y ya está.

Se levantan, se besan, pagan, salen. Dejan sobre la mesa, a la vista de todos, lo que él quería contar y le costó decir, y también lo que ella quería eludir y al final explicó. Pasean y se ríen y hablan de otras cosas más mundanas: aquella broma interna, el último dislate de la actualidad política, esos dos o tres amigos comunes. Él quiere pasear toda la noche, pero no quiere sentir que tendrá que pasear también mañana o el viernes a las siete de la tarde. Ella quiere que él le roce la mano y que el contacto sea breve e infinito. No sabe qué va a hacer el viernes por la tarde. No sabe qué día es hoy. Porque no importa.

Un hombre acompaña a una mujer hasta su casa. En el portal se besan, se despiden, se vuelven a besar. Hasta otro día. Ella sube las escaleras e intenta no pensar, borrar la conversación y pensar solo en él, en lo bien que se lo pasan, seguir solo subiendo y disfrutando: todo por

conservar la ligereza. Él regresa a su piso tranquilo y abandona el beso para ponerse a pensar en lo mucho que tiene que trabajar antes de dormirse: se esfuerza mucho en pensar en algo más que no sea ella. Antes de quitarse el abrigo coge la correa y saca al perro, que mea en el alcorque más cercano. Él a las cinco y cuarto, ella a las dos: se acuestan felices. Las perdices quedan para otro día por una razón práctica: las ciudades modernas, a pesar de su amplia oferta gastronómica, no albergan tan a menudo como cabría esperar restaurantes en los que la perdiz aparezca en el menú a un precio razonable. A estas horas ya no albergan, ni siquiera, apenas, casi, restaurantes abiertos. Solo las luces: los neones antiguos, las cruces verdes de las farmacias veinticuatro horas y alguna bici eléctrica que atraviesa deprisa la calzada. Las luces y las aceras mojadas dejándose brillar.

Una mujer y un hombre se encuentran en una plaza céntrica y amplia, con árboles y fuentes, colindante a una gran avenida de la ciudad moderna, para ir juntos a la fiesta de cumpleaños de uno de sus dos o tres amigos comunes. Suben cinco pisos de escaleras porque no hay ascensor. Ella va primero e intenta caminar elegante –¿qué es caminar elegante?– porque piensa que él le va mirando el culo. Él va detrás. Le mira el culo, y también las piernas. Entran por la cocina y colocan diferentes bebidas en la nevera. ¡Hola! ¿Qué tal? ¡Felicidades! ¡Anda, si llegáis juntos!

Un hombre y una mujer entran al salón de una casa ajena y observan la multitud, la música alta, la estancia amplia, los corrillos de gente. Miran a jóvenes con camisas de estampado moderno conversar sobre cine húngaro, a varias mujeres muy juntas reír compulsivamente, a un grupo con camisa por fuera del pantalón e idéntico corte de pelo beber gintonics y a una serie de personas con aire más bien jipi –pelo largo, ropa holgada– charlar de música mainstream actual. Entonces ven, al final de la fiesta, a sus otros dos amigos comunes y se acercan a ellos.

Una mujer y un hombre y unos amigos beben, ríen, fuman, pican algo, cambian la música, hacen bromas, se entretienen. Alguien se lía un porro. Un grupito de cuatro se encierra en el baño. Un hombre acaricia la pierna de una mujer que le mete a su vez la mano por la espalda, y unos amigos que se dan cuenta súbitamente de lo que ocurre en medio del salón amplio de un piso céntrico de una calle atestada de la ciudad moderna.

Él en un momento dado en mitad de la noche se acerca a la nevera a por más bebida y ella se evade segundos después, y un hombre y una mujer se besan tras la puerta blanca, a la luz medio fundida e intermitente del frigorífico.

Unos días más tarde una mujer sale de una reunión de trabajo, agotada, aburrida: tiene un trabajo que no le gusta. Le gusta mucho la arquitectura, pero no le gusta su empresa, ni su jefe, ni sus horarios, ni reformar pisos tan pequeños que no deberían ser pisos, sino trasteros. Sale de una reunión con el ordenador bajo el brazo y muchas cosas en la cabeza, y decide entrar en un bar, pedirse una cerveza, responder todavía algunos correos electrónicos y, finalmente, enviar un whatsapp.

Oye
Estoy por tu barrio
Quieres que te invite a un vino?

Un hombre que acaba de despertarse de la siesta, ducharse y vestirse, y que ciertamente tiene muchas ganas de dar una vuelta y despejarse, de beber algo, quizás, de charlar un poco, abandona la lectura de un libro de relatos en tapa blanda para coger el móvil y leer el mensaje. Se le tensa la columna. Se le eriza la piel. Se le abren los ojos. Se le abren los ojos como a su perro cuando se asusta. Entonces piensa no, no, no. Lo piensa así, tres veces. También piensa se estará volviendo loca. Hay que pararle los pies. Es una stalker. Una acosadora. No sé cómo he dejado que conozca la dirección exacta de mi domicilio actual, seguro que está ya en el portal o andando calle arriba calle abajo esperando mi respuesta. Es una loca. Seguro que ya ha rastreado mi Facebook hasta el día uno, ha visto los perfiles de mis exnovias, de mis amigas, y ahora está en mi portal, ha venido a mi calle concurrida de un barrio céntrico de esta ciudad moderna solo para enviarme el clásico whatsapp de loca: Estoy abajo, puedo subir?

Un hombre no responde a un whatsapp. Es evidente que hay que marcar distancia, dejar las cosas claras, cambiar, quizá, si la cosa empeora, de ciudad o de barrio o al menos de portal.

Una mujer apura su cerveza, cierra el email y baja la tapa del portátil como quien cierra el día. Se suelta el pelo. Se suelta el pelo cuando se relaja. Mira su móvil y casi agradece que un hombre no le haya respondido: está, en el fondo, bastante cansada. Una mujer de manos pequeñas y rápidas recoge sus objetos personales y paga la cerveza dejando dinero de más por no esperar el cambio, sale a la calle, empieza a anochecer pero aún hay luz y el cielo medio rosa la anima a volver caminando, atravesando primero las aceras concurridas del barrio céntrico en el que estaba, cruzando después un par de vías principales de tráfico denso a esas horas y llegando por fin a las calles bonitas de otro barrio céntrico de la ciudad moderna. Sube las escaleras, tira todo –abrigo, bolso, llaves– al sofá, se quita de golpe pantalones, bragas y

calcetines, y se mete en la ducha, dejándose morir bajo el chorro de agua caliente.

Un hombre trabaja hacia las tres y media mirando fijamente la pantalla de su ordenador, rectángulo de luz sobre el rectángulo del escritorio, dentro del rectángulo de su salón, metido en el rectángulo de su piso, que se enmarca en el rectángulo del edificio, dentro, a su vez, del rectángulo de la manzana que se sitúa en una calle concurrida de un barrio céntrico de una ciudad moderna. Un hombre hace una pausa, suspira y mira su teléfono silente. Tres días sin escribir. Tiene otro mensaje, un mensaje que no le hace ilusión recibir. Ninguno de ella. Un hombre piensa: quizás me he precipitado. Se frota los ojos –la pantalla, la luz artificial, la falta evidente de vitamina D– y relee el último mensaje de una mujer, y el anterior, relee su conversación con ella. A lo mejor no es una loca. A lo mejor, quién sabe, quería solamente invitarle a un vino. Pero eh: qué mayor locura que esa, decir lo que realmente se piensa en el marco de un tonteo. Mira la hora en la pequeña pantalla del móvil. Tiene que irse a la radio, pero antes:

Qué pasa? Esto va ahora de no verse?

Un perro, querida, te echa de menos

Guarda el móvil, las llaves, la cartera. Acaricia a un perro perezoso de orejas grandes, descuelga el abrigo y se va al ascensor pensando en el programa de esta noche. O de esta mañana.

Una mujer abre los ojos hacia las tres y media y se encuentra en una cama rectangular, en el centro de un dormitorio rectangular, metido en el rectángulo de un piso que se enmarca en el rectángulo de un edificio, dentro, a su vez, del rectángulo que conforman los tres o cuatro bloques que hacen la manzana. Tarda unos minutos en entender dónde está. Lo primero que ve son unas sábanas que no reconoce y un despertador rojo en una mesilla que no es la suya. Quién sigue usando despertador, piensa. Entonces ve a un hombre rapado y pálido, acostado a su lado, durmiendo a pierna suelta, destapado, impúdicamente desnudo. Un hombre que no es el hombre. El cuerpo de un hombre ahí, colocado. Una mujer mira el despertador: las tres y treinta y cinco. Desliza sus piernas, apoya los pies contra el suelo frío y se incorpora. Coge su móvil y lo pulsa para usar la leve luz de la pantalla de linterna, busca por el suelo sus bragas, su camiseta, sus pantalones y el resto de pertenencias que necesita para salir de allí. Una mujer desnuda y en cuclillas estira el brazo para coger el último calcetín que se coló debajo de la cama y se

asusta un poco al recibir un mensaje de texto en su linterna a las tres y treinta y nueve de una noche de un lunes.

Una mujer desnuda y de puntillas atraviesa una habitación a oscuras. ¿Te vas?, dice el cuerpo desde la cama. Me voy, responde ella. Te puedes quedar, ¿eh?, insiste el cuerpo. Es que mañana trabajo muy pronto, se disculpa ella, y tengo que coger cosas de casa en cualquier caso.

Cosas-casa-caso, piensa, soy idiota. Y se acerca y le da un beso rápido a la boca del cuerpo y sale y cierra con cuidado la puerta. Busca un interruptor, se viste en el salón con la luz encendida. Pasa al baño, hace pis, se lava la cara. Baja a una calle poco familiar, una calle más bien residencial, de un barrio tranquilo de la ciudad moderna. Tiene las puntas de las pestañas aún mojadas. No hay ni taxis. Al fondo se vislumbra una avenida principal. Una mujer echa a andar esperanzada y saca el móvil del bolsillo del vaquero. Una mujer que odia a los animales lee un whatsapp:

> Qué pasa? Esto va ahora de no verse?
> Un perro, querida, te echa de menos

Una mujer suspira, sonríe. Piensa en unos ojos transparentes y en unas ojeras radiofónicas. Y también en un perro.

Una mujer y un hombre van por segunda vez al cine. Se saludan con un beso con lengua bastante prolongado. Él la agarra por la cintura. Ella le pone la mano en el cuello. Un hombre y una mujer compran entradas –que paga ella– y unas palomitas gigantes –que paga él–. Se sientan y hablan durante los anuncios. Empieza la película.

Una mujer nerviosa intenta que sus manos se encuentren en la caja de las palomitas. Un hombre respetuoso espera a que ella saque su mano para meter la suya. Terminan la caja y la dejan en el suelo. Pasan veintiocho segundos en que los dos, muy rectos, miran frontales, atentos, concentrados, la pantalla de cine. En el segundo veintinueve, un hombre le coge la mano a una mujer, y una mujer le tiende la mano a un hombre y se acarician. Se besan en la oscuridad todo lo que duran los títulos de crédito.

Un hombre y una mujer salen de un conocido cine que proyecta películas en versión original y está lloviendo en medio de la noche de la ciudad moderna. Corren a refugiarse en cualquier bar, hablan y cenan y no cesan en el contacto físico. La pierna. El hombro. La mano. La rodilla. Se ríen de las mismas cosas metidos en ese bar, ajenos a la ciudad que espera fuera, y no perciben que no hay conversaciones,

anillos, acuerdos, flores o rituales que valgan lo que vale que se rían exactamente de las mismas cosas, la mano en la rodilla, la mirada recibiendo precisa la mirada del otro, enviando a un tiempo la mirada propia. Él se mete con ella y ella se la devuelve y él le pide no te rías de mí. Claro que me río de ti, responde una mujer inclinándose por encima de su copa para besar a un hombre que se inclina, a su vez, sobre la mesa, y se deja besar.

Un hombre poscoital tumbado bocarriba le dice a una mujer a las siete de la tarde ¿no conoces *Bonsái,* de Alejandro Zambra? Alejandro Zambra seguro que te gusta, y además es muy corto. De verdad, te lo lees en una tarde. Una mujer poscoital a las siete de la tarde de hace cuatro días bosteza: no lo conozco. Una mujer no lee, apenas lee, no es que no lea nunca, quizás en vacaciones. Una mujer trabaja mucho, trabaja muchas más horas de las que figuran en su contrato, dibuja planos y visita pisos y sencillamente no tiene tiempo de leer mucho. Llega por las noches tan cansada que se pone cualquier serie de alguna de las plataformas que pagan sus padres y cuyas contraseñas tienen su hermana y ella. Un hombre lee bastante, escucha bastante música, ve los deportes: está un poco enterado de todo. Trabaja en la radio.

Un hombre coge el móvil del suelo y busca en Google «bonsái zambra primeras páginas». ¿Lo lees tú o te lo leo?, dice él. Me lo lees, dice ella, que se pone cómoda y cierra los ojos. Una mujer escucha:

> Al final ella muere y él se queda solo, aunque en realidad se había quedado solo varios años antes de la muerte de ella, de Emilia. Pongamos que ella se llama o se llamaba Emilia y que él se llama, se llamaba y se sigue llamando Julio. Julio y Emilia. Al final Emilia muere y Julio no muere. El resto es literatura:

Un hombre que no se llama Julio sigue leyendo aún tres o cuatro párrafos más a las siete de la tarde de hace cuatro días, tumbado desnudo y bocarriba sobre su cama. Una mujer que no se llama Emilia sonríe con los ojos cerrados y piensa es como escucharle por la radio, y se acurruca desnuda y ladeada sobre una cama que no es la suya, pero que empieza a serlo también un poco.

Una mujer, una maleta y un billete electrónico esperan en el andén, se suben al vagón, buscan su sitio, miran por la ventana. Una mujer abandona la ciudad moderna para acudir a un congreso sobre arquitectura y urbanismo en las ciudades de hoy en el que tiene que dar una charla que será retransmitida en streaming por la página web

creada específicamente para el evento y patrocinada por un banco, una conocida compañía de telefonía móvil y un grupo mediático poseedor de varios periódicos y tres cadenas de televisión. La charla en realidad tendría que darla su jefe, pero por qué no vas tú, bonita, si lo vas a hacer genial. A una mujer le parece mal pero no le importa: ella es feliz con un micrófono delante. Es feliz hablando mucho o no hablando nada en absoluto. Una mujer mira el paisaje que va quedando atrás tras la ventana, bosteza, baja la mesita plegable y pone sobre ella el móvil y un libro fino de tapas azules. Coge el móvil.

Estoy terminando bonsái

Un hombre sale ahora de la radio y atraviesa la calle y llega a un bar y pide un sándwich mixto con huevo y un café (solo). Se sienta en un taburete en la barra, le da un sorbo al café y saca el móvil. Sonríe.

Dime que te ha gustado
De lo contrario me veré obligado a no verte nunca más

Una mujer lee un whatsapp y sonríe.

Por supuesto
La duda ofende
Pero reconoce que me verías mil veces más, aunque lo odiase

Verías. Una mujer en un tren y un hombre en la barra de un bar sonríen y piensan a la vez: vaya eufemismo.

Un hombre que aprecia su soledad escribe a una mujer que se encuentra en una ciudad ajena varias veces al día. Esa noche se mete en la página web creada específicamente para el evento sobre arquitectura y urbanismo en las ciudades de hoy y patrocinada por un banco, una conocida compañía de telefonía móvil y un grupo mediático poseedor de varios periódicos y tres cadenas de televisión. Ve la charla de una mujer mientras cena una chocolatina. Ella se expresa con contundencia y claridad, sin perder el humor ni tampoco el ingenio. Él piensa: así es ella sin mí. Sonríe de medio lado, amplía a pantalla completa, se recuesta en la silla y deja caer una mano para ofrecerle un trozo de chocolatina a un perro perezoso que, sin embargo, estira el cuello repentinamente: un perro se mueve como su dueño.

A una mujer le gusta que un hombre la toque. Poco importa que sea en una cama de una habitación en una calle concurrida de un barrio céntrico de la ciudad moderna o en cualquier otro sitio. Sabe que la

práctica está menospreciada y que no alcanza la consideración del sexo oral o la penetración. Eso también le importa poco. A una mujer le gusta que un hombre la toque. La yema contra el clítoris. Le gusta.

A un hombre le gusta que una mujer le chupe. Poco importa que sea en un sofá de un salón en una calle céntrica de un barrio moderno o en cualquier otro sitio. Sabe que es una práctica fetichizada y que pudiera parecer que le gusta por su simbología. Eso también le importa poco. A un hombre le gusta que una mujer le chupe. La lengua en el frenillo. Le gusta.

Una mujer y un hombre en cualquier parte sudan a la vez y se miran a los ojos y ponen las bocas muy cerca sin besarse: se respiran. Una mujer y un hombre como dos animalitos que chocan sus cabezas y sus pelvis, que se huelen, se lamen, se olfatean, que se comprenden bien aunque no hablen, que hablan aunque ya se comprendan: no me lo creo, no puedo cuando me besas ahí, no te crees qué, me encanta que me mires mientras tanto.

Una mujer avisa a un hombre: me voy a correr. Un hombre avisa a una mujer: me corro. Un hombre acelera el dedo, susurra algo en su oreja, la aprieta contra sí. Una mujer la mete de lleno en su garganta. Una mujer reitera: me corro, y un hombre le responde córrete. Y un hombre avisa otra vez, por si acaso: me corro, y una mujer con la boca ocupada le mira y con los ojos le dice córrete. Una mujer se retuerce en los brazos de un hombre, se le eriza la piel, estira el cuello, gime. Un hombre se sonríe porque no puede más, echa el cuello hacia atrás, se electrocuta, grita. Los dos tiemblan.

Se adormecen sin arroparse. La piel fría contra el aire, la piel caliente al contacto con la otra piel. Ella parpadea, él tira del edredón o de la manta. Un hombre y una mujer se duermen abrazados en una cama o en un sofá, en un piso de una calle concurrida o céntrica de un barrio céntrico o concurrido de la ciudad moderna. Ahí o en cualquier otro sitio. Poco importa.

Una mujer camina cuesta abajo por una calle concurrida de un barrio multicultural de la ciudad moderna, y llega a un bar típico con las paredes de azulejos y el suelo lleno de servilletas de papel arrugadas. Reconoce una sonrisa entre la multitud. Sonríe de vuelta a su mejor amigo, que la espera acodado en la barra metálica con una caña y una ración de gambas a la plancha. ¿Qué tal? Bien, ¿tú? ¿Lo mismo que yo? Sí.

Una mujer amontona el abrigo sobre el abrigo de su mejor amigo, amontonado sobre otros abrigos de otros consumidores del bar típico del barrio multicultural de la ciudad moderna.

A ver, necesito consejo, dice el mejor amigo.

Una mujer se remanga el jersey. Se recoge el pelo. Se recoge el pelo cuando se concentra. Le da un trago a su cerveza: qué pasa.

Resulta que su mejor amigo es usuario de una conocida aplicación de citas y ha quedado varias veces en algunos bares relativamente periféricos de la ciudad moderna con una mujer rubia y odontóloga que vive en un barrio caro y trabaja de martes a sábado en una clínica de fachada lila en la ciudad moderna. Se han contado sus cosas: sus exparejas, sus extrabajos, sus examigos. Se han acostado una vez. No han dormido juntos ninguna. Hace cinco días que no se ven y el mejor amigo de una mujer atenta ha querido aclarar las cosas con esa otra mujer dentista de pelo rubio que vive en un barrio residencial de la ciudad moderna.

Me ha escrito esto, dice él, que se limpia las manos llenas de sal y gambas con varias servilletas que no empapan, y saca su teléfono y apunta a su mejor amiga con la pantalla. Al mismo tiempo resume el mensaje: ella dice que siente que yo estoy más implicado, y eso la agobia.

Una mujer lee con detenimiento el rectángulo de luz y luego levanta las dos pupilas que atraviesan las gafas de su mejor amigo y llegan hasta sus dos pupilas. Pero, a ver, ¿tú qué quieres con ella?

¿Yo? Nada. Conocerla. Pasar el rato. Pero, a ver, ¿cómo le explico que mi intensidad no tiene que ver con que me he imaginado teniendo hijos con ella, que simplemente tiendo a cuidar de más a la peña –a las tías– por una tara loca que me han creado las mujeres con las que he estado?

Una mujer sonríe. Una mujer suspira. Una mujer se explica. A ver, si lo que quieres es pasarlo bien y ya está, es muy sencillo, dile algo tipo hola, entiendo que te hayas llevado esa impresión…

Espera, espera, dice el mejor amigo de una mujer elocuente. Desbloquea de nuevo su teléfono y abre su WhatsApp y le pide: habla más lento. Ella dicta el mensaje apoyada en la barra metálica de un bar típico de un barrio multicultural de la ciudad moderna:

> Hola, entiendo que te hayas llevado esa impresión pero yo no quiero nada más que pasarlo bien contigo. Es verdad que como tío a veces uno intenta no quedar como un capullo y a lo mejor he estado ahí más atento de lo que tú necesitas, pero bueno, ya sé que no es el caso. Yo lo único que quiero es estar a gusto y vernos de vez en cuando

Él repasa el mensaje con la mirada. Reflexiona. Mira a una mujer que es, además, su mejor amiga: joder, aquí copiando a dictado, como te copiaba en el cole en los exámenes…

Ella se ríe. Él dice: me gusta lo de «como tío»; si esto sale bien, te

invito a las gambas. Envía el mensaje y una mujer y su mejor amigo siguen hablando y piden otras dos cervezas y otra ración.

Una mujer se ríe a carcajadas de varias tonterías que dice su mejor amigo y los otros consumidores del bar típico del barrio multicultural de la ciudad moderna se vuelven y giran la cabeza y ven a una mujer que suelta una carcajada limpia y a su mejor amigo, satisfecho del éxito de la broma y avergonzado de que la gente se gire.

Una mujer y su mejor amigo se toman varias cervezas más y varias gambas y se cuentan muchas más cosas que solo les pertenecen a ellos y a este momento en la cuarta cerveza y a la barra metálica. Una mujer y su mejor amigo pagan –te invito igual, por el dictado–, se ponen sus abrigos y salen a la calle. Están de acuerdo en tomar una copa en algún sitio. Pasean en busca de un bar y se quedan en silencio, dejando atrás varios portales. El mejor amigo de una mujer achispada dice de pronto pues te diré, joder, te diré que la reflexión de «como tío estoy pendiente de no ser un capullo», te diré que esa mierda me ha pasado. El otro día me preguntaron estos que si ahora que estaba viendo a una mujer rubia y odontóloga, quedaría con otras tías y demás. El simple hecho de planteármelo ya me hacía sentir un poco culpable, y no puede ser. Te agradezco que lo hayas dicho, porque de verdad me define mucho.

Una mujer achispada agarra por la cintura a su mejor amigo, que le pasa a ella el brazo por encima del hombro. Siguen andando y van fijándose a ver si hubiera algún sitio tranquilo en el que tomar una copa. Ella dice ya lo sé, ya lo sé que te pasa. Por eso te lo digo. Os pasa a muchos. Es como si la sociedad os gritase: justifícate, prueba que eres buen tío. En este caso ella no está implicada y tú eres un pesado. Pero si fuera al revés, te sentirías culpable igual.

Tal cual, prima, es que es tal cual, responde el mejor amigo de una mujer sensata, que se siente feliz y comprendido.

También es verdad que muchas veces sois realmente unos capullos.

Ya. El mejor amigo suspira. Ya. Pero a veces no, joder.

Siguen atravesando calles fijándose en los bares y muchas parejas se cruzan con ellos y asumen que son también una pareja. Porque también son una pareja: de dos buenos amigos. Una mujer y su mejor amigo atraviesan confidentes las aceras más o menos concurridas de un barrio multicultural y se cruzan con numerosos hombres que se sienten culpables y que quedan con numerosas mujeres que sienten…

Oye, ¿y vosotras?, dice el mejor amigo de una mujer, separándose de ella para mirarla: vosotras ¿qué tenéis que probar?

Una mujer se ríe irónica y contesta que no queremos un anillo de diamantes, prole, un jardín con piscina y dos mascotas.

Después de la broma, se sincera. Me ha pedido que cuide de su perro. Bueno, bien, dice el mejor amigo. ¿Bien, seguro?, insiste una mujer.

Muy de novia, dice el mejor amigo. ¿De novia, tú crees? Novios no somos. Pero a ver, dice un mejor amigo desconcertado. Un mejor amigo que no entiende a las mujeres y eso incluye también a veces a la que tiene ahora delante. Pero a ver, te ha pedido que cuides a su perro, estáis muy bien, es lo normal, ¿no?, ¿cuál es tu miedo?

Que yo no quiero ser su madre. Ni su secretaria. Ni su prima. Ni, peor, su amiga. Yo ya tengo muchos amigos, ¿sabes? No quiero otro.

Una mujer y su mejor amigo caminan en silencio.

Una mujer y su mejor amigo encuentran finalmente otro bar bastante jipi y piden dos mojitos. Ella insiste, ¿me está convirtiendo en su prima o no? Él responde hombre, por las obscenidades que me has contado antes que hacéis, yo diría que no, que su prima no eres. Una mujer se ríe. Una mujer y su mejor amigo se ríen y se hacen un selfie muy borroso que envían al resto de colegas. Una mujer y su mejor amigo salen del bar, caminan otro rato y en un punto intermedio se despiden.

Una mujer camina de vuelta a casa, feliz y algo achispada, atravesando las calles del barrio multicultural hasta las calles más o menos concurridas de su barrio situado en la zona centro de la ciudad moderna. Al llegar a casa ve una notificación en su teléfono móvil: un hombre le ha enviado una canción. Se llama «L'animale». Se quita los zapatos, le da al play, y la escucha tumbada en su cama, a oscuras, con los ojos abiertos y el abrigo puesto.

Hoy es uno de esos días, queridos y matutinos oyentes, en que nos despedimos con una canción, dice un hombre a un micrófono dentro de una pequeña estancia insonorizada en unos estudios de radio que se sitúan en una avenida grande y principal de la ciudad moderna.

Un hombre estira el cuello –un hombre se mueve como su perro–, se yergue y la canción empieza

Vivere non è difficile potendo poi rinascere

Un hombre agarra con las dos manos cada uno de los cascos que lleva en su cabeza, elevando los codos a la altura de las orejas, preparándose ya para quitárselos

cambierei molte cose, un po' di leggerezza e di stupidità

recto frente al micrófono, se despide de nuevo: queridos y matutinos oyentes, con esta canción que he elegido yo para vosotros

fingere tu riesci a fingere quando ti trovi accanto a me

nos despedimos

mi dai sempre ragione e avrei voglia di dirti

hasta mañana.

ch'è meglio se sto solo

Un hombre se quita los cascos con cuidado y los deja descansar en su

cuello. Un hombre se desploma en una silla negra y ergonómica.

ma l'animale che mi porto dentro
non mi fa vivere felice mai
si prende tutto, anche il caffè

Un hombre sale de la habitación insonorizada de los estudios de radio, atraviesa un despacho y varios pasillos, llega a la calle y el sol le frunce el ceño, cruza una avenida grande y principal de una ciudad moderna para llegar hasta la barra de un bar. El pincho de tortilla. El café (solo). El ansiolítico.

mi rende schiavo delle mie passioni
e non si arrende mai e non sa attendere

Un hombre suspira y mete la mano en el bolsillo de su pantalón vaquero. Un hombre deja el teléfono móvil sobre la barra de un bar típico de una ciudad moderna. Un hombre mira la pantalla. El pincho de tortilla. El café (solo). El ansiolítico. El teléfono.

e l'animale che mi porto dentro vuole te.

Una mujer que odia a los animales avanza por una calle concurrida de un barrio céntrico de una ciudad moderna, palpando en el bolsillo un juego de llaves que no es el suyo, un juego de llaves que no es de nadie. Solo dos llaves (portal y piso), ni la del buzón ni cualquier otra, uno de esos llaveritos de plástico con un espacio para escribir el nombre (en este no pone nada) y una anilla fina de metal. Una mujer llega algo cansada, directamente del trabajo, hasta el portal conocido pero ajeno, y prueba una de las dos llaves. No. Era la otra. Empuja la puerta, atraviesa el rellano, se monta en el ascensor y, mirándose al espejo, se retira de la mejilla una pestaña. Se abren las puertas, cruza el pasillo y saca la otra llave.

Una mujer en actitud amigable y con una seguridad fingida entra en un piso céntrico de un barrio concurrido de una ciudad moderna y se deja saludar por un perro que sale a su encuentro. Ella suspira y se recoge el pelo. Se recoge el pelo cuando se concentra. Deja el bolso y la chaqueta sobre una de las sillas, mira a su alrededor, busca la correa. Ahí está. Una mujer llena un cuenco de pienso y cambia el agua del otro cuenco, sucia de pelusas, y mira al perro comer y beber. Pudiera parecer que lo hace por instinto cuidador, por higiene o por generosidad, pero en realidad vierte el voluminoso saco en el cuenco pensando igual así me quiere, si lo alimento, igual me quiere. No es generosidad: es una súplica.

Una mujer le pone la correa a un perro, lo baja en el ascensor y lo lleva hasta la plaza más cercana, y en el fondo es bueno, piensa, y en el fondo es majo. Sin embargo ella sigue tensa, y no se atreve a soltarlo en

la plaza de arena. Se sienta en un banco. Siente en el bolsillo las llaves que no son de nadie. Se las tengo que devolver, piensa. Aunque quizás por una mezcla de comodidad, inercia, despiste y voluntad no se las vaya a devolver ya. Una mujer no se lo cuestiona. Una mujer se siente relajada. Me da las llaves sin más, piensa. Para cuidar a su perro. Se echa para atrás y recuerda.

Una mujer, además de a los animales, odia también todo lo peliculero. Lo épico, lo mítico, lo heroico. Lo odia. Una mujer se acuerda del primer novio con el que convivió, de lo bueno que era, de los abrazos grandes que le daba, y de cómo todo lo convertía en un hecho trascendental. Una mujer sonríe al recordar la tarde lluviosa en que aquel primer novio serio le entregó –la anilla metálica, el llavero de plástico– una copia de las llaves de su casa. El discurso. Los nervios. La solemnidad. La rendición de Breda.

El perro husmea, camina todo lo que permite la correa, vuelve al pie del banco, se sienta, la mira. Una mujer que se siente de repente muy aliviada de no formar parte de la historia universal mira a un perro. Coge el móvil y le hace cinco fotos. A la quinta, al fin, sale mirando a cámara. Entra en su conversación con él y le envía la foto y luego

Un perro te manda saludos
Espero que lo estés pasando bien

Un hombre ocioso y en bañador sonríe al ver la foto de su perro y responde enseguida

:)

Se porta bien?

Una mujer que odia a los animales loa a un perro a través del WhatsApp. Una mujer se queda mirando el cursor. Escribe: Qué vais a hacer esta noche?, y a continuación lo borra. Mira el cursor. Escribe: Qué plan tenéis hoy?, mira el mensaje, lo borra. Mira el cursor. Piensa. Al fin, envía

Qué, pinta bien la noche?

Una mujer teclea con sus manos pequeñas y quisiera poder preguntarle a un hombre qué va a hacer esta noche simplemente por interés, por cortesía, por favorecer la comunicación. Teme sonar controladora. Es como cuando él dice hoy he quedado a cenar con una amiga, y ella quiere responder ¿qué amiga?, pero no sabe, no sabe cómo hacerlo sin sonar suspicaz, celosa o desconfiada. ¿Qué amiga? Solo quiere saberlo para ponerle nombre, cara, ocupación, pasatiempos. Quiere decir ¿qué

amiga? queriendo decir solamente eso, nada más que eso: qué amiga. Pero al parecer es muy difícil. De modo que, al final, tan solo dice algo como ¿y dónde habéis quedado? o quizás pues pásalo muy bien. Respuestas que no son mentira y que tampoco son toda la verdad.

Una mujer recibe una foto de unas pizzas y un vaso de ron, sonríe, se levanta, se despereza. Una mujer de pie, plantada en el centro de una plaza de arena que linda con una calle concurrida de un barrio céntrico mira a un perro que, impertérrito, le devuelve la mirada.

Varios días –varias noches– más tarde una mujer abre los ojos de golpe en mitad de la cama, en el centro de su habitación, en el extremo de su piso, al final de una calle de la ciudad moderna. Abre los ojos y se aprieta el abdomen con la mano derecha, pálida, lívida. Agarra el móvil y enciende el rectángulo de luz. Son las tres menos cuarto. Intenta girarse, vuelve a apretar, cambia de postura y el dolor es infalible, agudo, severo. Vale, piensa. Vale. Y se autoconvence: no te vas a morir, no te preocupes. No te vas a morir.

Una mujer respira. Algo tiene que hacer para impedir su muerte.

Una mujer en mitad de la noche cerrada de un barrio céntrico de una ciudad moderna se incorpora como puede y se sienta en la cama, enciende la lámpara de la mesilla de noche y mira el móvil. Calibra sus opciones. Su hermana, su mejor amigo, él, el 112, un taxi. De las cinco variables, sabe que solo las tres últimas están despiertas a las tres menos cuarto de un jueves. Mira al suelo. Vuelve a calibrar. Coge el móvil. Llamadas recientes. Él. Su nombre. Su nombre registrado en su teléfono con los dos apellidos, porque hay una distancia que mantener. Esa distancia son los dos apellidos grabados en los contactos del teléfono. Una mujer suspira, aprieta fuertemente la palma de su mano contra el abdomen y se levanta, guarda el móvil en el bolso, se pone las botas sin calcetines y el abrigo sobre el pijama y se echa a la calle vacía, mojada por las mangueras de la limpieza y plagada de camiones de basura que, como lentos mastodontes, recorren las aceras engullendo bolsas amontonadas en las esquinas. Para el primer taxi que ve levantando la mano en un acto reflejo, y al despegarla de su abdomen se muere de dolor. Entra, cierra la puerta: a urgencias, donde sea, al hospital que esté más cerca.

En mitad de la noche de la ciudad moderna un hombre trabaja concentrado, iluminado solo por la pantalla del ordenador, en la esquina del salón de un apartamento ubicado en la parte central de una calle de otro barrio céntrico. Un hombre que escribe e ignora que una mujer está

a un kilómetro y medio desnudándose, poniéndose un camisón de papel y dejándose rasurar el principio del pubis. Ignora que ella está entrando al quirófano de urgencia. La anestesia, el corte incisivo pero breve, el apéndice extraído, la sutura.

Una mujer abre los ojos de golpe en mitad de la cama reclinable de una habitación blanca situada en la cuarta planta de un hospital público, periférico, de la ciudad moderna. Su hermana está a su lado. La regaña: mira que no avisarme más que con un whatsapp, la próxima vez me llamas hasta que me despierte. Regañarla es su forma de quererla. Una mujer suspira y hace algunas preguntas. Se tiene que quedar al menos cuarenta y ocho horas. El antebrazo extendido mirando al techo y la vía con el suero. Se mentaliza para estar cuarenta y ocho horas tumbada en una cama reclinable. Son las seis y media de la mañana. Le pide a su hermana que ponga la radio. ¿Ahora? Sí, ahora. En el móvil.

Un hombre está sentado ya en el estudio de una reconocida emisora y repasa con sus ojos transparentes el guion, se coloca los cascos y el pelo le cae un poco sobre el ojo derecho, le dan la señal y saluda con su voz firme, característica, a los oyentes; voz que se escucha reverberar en una habitación blanca de un hospital público de una ciudad moderna: ¡buenos días a todos, especialmente hoy, 13 de febrero, el Día Mundial de la Radio!

Son las doce del mediodía en la ciudad moderna y un hombre satisfecho hoy con su trabajo sale de los estudios de la radio y entra a un bar y pide un pincho de tortilla y un café (solo). Se acuerda de aquella exnovia suya que olía tan bien por las mañanas y que no cesaba en el recordatorio cotidiano: qué mal comes, hay que ver, qué horarios llevas, y tanta cafeína, si yo lo digo por ti, por que te cuides. Todo lo decía por él, su exnovia.

Camino ya de casa entra a un chino y se compra una chocolatina. Le acaricia el lomo al perro y le pone la correa. Se come la chocolatina mientras el perro mea en el alcorque más cercano: es un perro perezoso. Ya en casa, se quita la ropa, la tira al suelo y baja todas las persianas. Se pone una camiseta vieja, se mete en la cama, se duerme al instante. El teléfono móvil, dentro aún del bolsillo del vaquero, se ilumina una vez y se queda después sin batería.

Y tu novio ¿no viene a verte?, pregunta la hermana de una mujer. Son las ocho de la tarde y la convaleciente abre un yogur natural sin azúcar, lo remueve con la cuchara y prueba un poquito, a ver qué tal. Evita la respuesta evidente –no es mi novio– porque le parece que es entrar a un

trapo absurdo y porque una mujer, ojerosa y flacucha y metida en ese camisón que se anuda a la espalda, odia con convicción los lugares comunes. No los odia por inercia: los odia porque ya pasó por ellos y lo conocido no le interesa. Así que no responde no es mi novio, se termina el yogur, mira a su hermana y dice solo os he avisado a ti y a mi mejor amigo, que se va a acercar más tarde.

Tu hermana y tu mejor amigo, en serio, deberías dejar que los hombres entraran en tu vida, responde la hermana intranquila de una mujer que odia a los animales y que odia también, ahora, un poco a su hermana intranquila. Mi mejor amigo es un hombre que ha entrado en mi vida, se defiende una mujer limpiando la cuchara con la lengua. Una mujer y su hermana se miran. La hermana intranquila de una mujer enferma se levanta agarrando el bolso. ¿No te importa, seguro, que me vaya? No le importa. ¿Seguro? Hija, es que siendo hoy 14 de febrero tenía a la canguro reservada desde hace varios días…

No le importa. Una mujer recuerda el último regalo que recibió por San Valentín. Tenía doce años y el chico de gafas grandes que se sentaba en segunda fila le regaló bombones, unas flores y una tarjeta en la que se leía escrito en letra rosa: «Para la chica más guapa de la clase». Cuando la clase era el universo.

Ya sola, se incorpora en medio de la habitación. Se levanta a hacer pis con el gotero, se lava con cuidado las manos en el lavabo y se mira al espejo. Tiene un aspecto horrible. Pálido. Solo una noche más y ya nos vamos, consuela a su reflejo. Vuelve a la cama arrastrando los calcetines por la habitación y en la mesilla se ilumina el móvil.

Qué tal ha ido el día? Muy atroz?

Ella se queja siempre de las atrocidades de la vida. Y luego:

Nos vemos mañana o qué?

Un hombre que no sabe nada a las ocho de la noche del día de San Valentín escribe según sale de la ducha a una mujer enferma. Pues no creo que pueda, dice ella. Estoy en el hospital, añade. Aunque, en teoría, me voy por la mañana.

Un hombre se yergue, estira el cuello, abre mucho los ojos: un hombre se asusta como su perro.

Pero qué pasa?
Estás bien?
Qué ha pasado?
Desde cuándo estás en el hospital?

Está desconcertado y se siente culpable: el silencio, el móvil sin batería,

el trabajo. También se siente mal: ella no le ha llamado, ni le ha escrito. Un hombre en albornoz se queda parado en mitad de su cuarto. Una gota resbala silenciosa por su gemelo izquierdo. Un perro bosteza. Una mujer lo tranquiliza por whatsapp justo cuando la luz ahí fuera se hace tan tenue que se encienden a un tiempo las farolas. Las farolas de la calle de él, en un barrio céntrico de la ciudad moderna. Las farolas que rodean el hospital de ella, en la periferia de la ciudad moderna.

Estoy bien, es solo una apendicitis. Mañana salgo. Él resopla. Una apendicitis. Está claro que no es grave. Pero, joder. No sé: anestesia y todo, cirugía.

Quieres que vaya a verte? No entro en la radio hasta las cuatro

Una mujer parpadea despacio al rectángulo táctil y pequeño de su teléfono móvil. No quiere decidir. Le apetece, le apetece mucho que él esté a su lado y le acaricie un poco el antebrazo que siente dolorido por las vías. Pero está fea, y de mal humor. Él aún no sabe lo arisca que ella puede llegar a ser, y por qué revelarlo tan pronto. Por qué dejar que él la vea con ese aspecto de tísica decimonónica que tiene. Una mujer no quiere decidir, pero contesta.

No te preocupes, de verdad
Me voy a dormir ya de todos modos

Un hombre deja el móvil. Termina de secarse, de vestirse. Se come una galleta de pie, en la cocina, apoyado contra la encimera. Se sienta a trabajar. No se concentra. Por qué no le ha avisado. Tendría que haber preguntado. Coge el móvil de nuevo.

En qué hospital estás?

Él llega muy nervioso, la besa, le acaricia el antebrazo. Ella sonríe y se entrega: está fea, qué más da. Un hombre no sabe qué sentir, pero tenía muchas ganas de verla, y se lo dice: tenía muchas ganas de verte.

Gracias por venir, le dice. Se quedan en silencio. Se dan un beso con lengua largo y un poco contenido. Se quedan otra vez en silencio. Él suspira.

Me podías haber avisado, dice un hombre.

Bueno, no sé, tampoco es que tengamos ese tipo de relación, ¿no?, dice una mujer. Lo mira con los ojos muy abiertos. Está más pálida de lo normal y algo más flaca. Él no aparta la mirada de ella y le coge la mano con su mano: bueno, no sé; me avisas si necesitas algo…

Una mujer suspira. Una mujer entiende que ya no puede conservar la

ligereza. Querría haberla prolongado hasta el infinito, pero existen la logística, los apéndices y los sentimientos: no puede. Suspira y habla: es que si te llamo también para estas cosas no sé qué nos diferencia de ser novios.

Un hombre de ojos transparentes sobre unas ojeras radiofónicas no aparta la mirada de las pupilas brillantes y convalecientes de una mujer honesta. Suspira y entonces sí, mira hacia el suelo. Lo peor de todo es que no se ha acostado con ninguna tía desde que ha conocido a una mujer. O apenas ninguna. O apenas un tonteo. Siente una urgencia infame de acostarse ahora mismo con otra mujer. Con cualquiera: alguna de las que frecuentan el bar de enfrente de la radio y que le reconocen por su voz, la amiga de la novia de un colega que le pone ojitos, la becaria que lo observa admirada junto a la máquina de café. Siente una urgencia infame de ir contra su deseo. Un hombre vuelve a mirar a una mujer.

Me gusta a veces cenar solamente una chocolatina. Me gusta irme a dar una vuelta y dejar el móvil apagado en casa. Me gusta escribir para la radio y olvidarme del mundo. Mejor: que el mundo me olvide. Me gusta irme de viaje con colegas. Pero te quiero cuidar. Si estás mal, quiero que me llames.

Una mujer enternecida mira a un hombre sincero y le da un poco de pena: un poco de pena que todo eso le parezca incompatible con ser novios. Piensa en el hombre que fue, en las relaciones que tuvo.

Un hombre sincero mira a una mujer tumbada y le da un poco de pena: un poco de pena que no haya sido capaz de llamarle, que le cueste dejarse querer. Piensa en la mujer que fue, en las relaciones que tuvo.

¿Qué piensas?, dice él.

Nada, dice ella.

Con los ojos muy abiertos, él repite: de verdad te quiero cuidar.

Ella le pone la mano en la nuca y lo atrae para sí. Él recuesta su cabeza en el pecho de ella y le pone la mano suavemente en el apósito. Sienten un gran alivio, sienten muchas ganas de estar ahí. Se quedan tumbados en silencio y parece que escuchan cómo aquellos que fueron, cómo las relaciones que tuvieron, van saliendo del cuarto de puntillas para dejarlos solos.

Es viernes y es de noche y están en la puerta de un mexicano, ellos y más amigos, todos achispados por la michelada y el mezcal, y se ríen, y se dicen las cosas que aún no se han dicho, y las conversaciones adquieren su tono final, bueno, vamos hablando, te escribo para lo del lunes, ha estado guay, a ver cuándo nos vemos otra vez. Ya en la distancia, despidiéndose con la mano, uno grita:

–¡Y dile a tu novia que la próxima vez pagamos nosotros!

Un hombre y una mujer no dicen nada, pero los dos saben, los dos sienten al mismo tiempo la precisión de las palabras en su estómago. Es la primera vez que alguien lo dice: tu-no-via. Lo dice un amigo antes de que lo digan ellos.

Una mujer lo dice por primera vez dentro de siete días, en el trabajo, y siente la extrañeza de la palabra, siempre suena extraña la primera vez: he quedado a cenar con mi-no-vio. Un hombre lo dice por primera vez dentro de cinco días, al teléfono con su madre, cuando le cuenta que el siguiente fin de semana se va de viaje. ¿Y con quién vas? Con mi-no-via.

Pero hoy no dicen nada. Ella sonríe tímida, entrecerrando los ojos, y él le pasa el brazo por los hombros, y de momento basta. No lo dicen, pero no lo rechazan: parecen afirmarlo con sus gestos. Esa noche tardan mucho en volver a casa, porque se van parando a cada rato, y se dan largos besos con sabor a mezcal.

Un hombre y una mujer son novios y los diversos habitantes –exnovios, compañeros de trabajo, familiares de primer y segundo grado, amigos, conocidos o taxistas– de la ciudad moderna les llenan la cabeza de preguntas. ¿Dónde os vais a mudar? Porque os mudáis juntos, ¿no? ¿Dónde os iríais de luna de miel? Porque os casaréis, ¿no? ¿Cuántos hijos queréis? ¿Vais a viajar tres meses por Latinoamérica? ¿Os vais a hipotecar?

Un hombre y una mujer no se hacen esas preguntas, aunque a veces es difícil no preguntarse cosas cuando la interrogación es arrojada por una tía segunda metiche o por un amigo con ganas de barra libre en mitad de una cena distendida.

Un día un hombre avisa a una mujer: yo no quiero tener hijos. Lo dice con temor a defraudar, como cuando le dijo que tomaba ansiolíticos o que era autónomo. Como un niño que comete una falta, mirando de reojo su reacción. Una mujer responde sin levantar la vista del plano de la reforma integral de una cocina: vale. Un hombre y una mujer se quedan en silencio durante siete minutos.

¿Pero tú quieres?, dice, al fin, él. No me lo he planteado, así que supongo que no, ahora mismo desde luego que no. ¿Pero y si un día quieres?, insiste él: porque yo no voy a querer nunca. Una mujer retira el plano de la reforma integral de una cocina, mira a un hombre y se deshace la coleta. Se suelta el pelo cuando se relaja. Suspira antes de hablar: si un día yo quiero tener hijos más de lo que te quiero a ti, te dejo, repartimos los libros en común, te llevas el cepillo de dientes, quedamos como amigos y voy a buscar a alguien que me insemine, ¿te

parece?

Él la mira en silencio con sus ojos transparentes y ella añade: bueno, el cepillo lo dejas para poner celoso al futuro padre de mis hijos.

Un hombre ríe y asiente y una mujer se levanta y atraviesa el salón para besarlo, pero él no deja ya que ella se vaya y hacen el amor en el sofá, avistados quizá por algún vecino cuyo despacho da al patio interior del edificio.

Somnolienta y lúcida tras el orgasmo una mujer se acuerda de su último exnovio, de la pareja sólida y feliz que conformaban. Se acuerda de cómo un día su mejor amigo le preguntó ¿no te agobia pensar que no vas a follar con otra persona nunca más? Se acuerda de su respuesta: no me agobia. Si no follo nunca más con otra persona, será porque no quiero. Y el día que quiera, pues…

Ni su mejor amigo terminó de creerse aquella frase zen e inconclusa que tan poco le pega a una mujer, ahora somnolienta y satisfecha, y sin embargo aquel novio eterno es hoy ya un exnovio y ha follado después con varias otras personas y ha aprendido a no hacerse las preguntas que carecen por completo de importancia, las preguntas que por algún motivo la gente insiste en seguir haciéndose. Una mujer acaricia con la palma de la mano la tripa plana de un hombre dormido y siente el calor de su piel tras el orgasmo. La suavidad. Qué importa nada más, piensa, y se duerme como un mamífero calentito pegado a otro mamífero suave, sobre el sofá de un piso situado en una calle tranquila de un barrio céntrico de la ciudad moderna.

Un hombre mira con concentración el calendario de su teléfono móvil: el horario imposible del lunes hasta el viernes, la charla que tiene que dar en una ciudad lejana con mar y tiempo húmedo el tercer fin de semana de este mes, el cumple de su hermana, aquella fiesta a la que ya se ha comprometido.

Una mujer examina pensativa la agenda en papel llena de notas de distintos colores: el horario imposible del lunes hasta el viernes, la entrega dentro de dos miércoles, la reunión pendiente aún por confirmar, la boda a la que tiene que asistir en una ciudad lejana con mar y tiempo húmedo el segundo fin de semana de este mes, la fiesta de esa amiga, cuidar de su sobrino, tarea a la que ya se ha comprometido.

Un hombre y una mujer no saben cuándo se ven, pero se ven también cuando no pueden verse, aunque les viene mal y hoy él está cansado y ella, que quiere ser cariñosa y comprensiva, también está cansada, y a veces un hombre y una mujer simplemente quedan cuando les viene mal en un piso desordenado con una nevera vacía de una calle concurrida de una ciudad demasiado moderna para expiar cansancios

compartidos.

Otras veces una mujer y un hombre no se ven: ¿te importa que lo dejemos ya para mañana? Y al otro no le importa. Una mujer se suelta el pelo, se mete la camiseta del pijama por dentro del pantalón y los pantalones por dentro de los calcetines y se mete en la cama con algún libro que él le ha prestado, aunque pasa gran parte del tiempo mirando una red social o incluso varias en el móvil. Un hombre se pega una ducha mientras escucha la radio, porque el extraño modo que tiene de relajarse es seguir trabajando, y cierra los ojos transparentes bajo el chorro de agua caliente y bajo la mirada incisiva de un perro plantado en mitad del suelo del baño.

Un hombre se enamora un poco de una mujer cuando ella le mira por encima de las copas y los entrantes y las conversaciones, y otro poco cuando ella le dice puedes decirme lo que quieras, encajo cualquier golpe, y otro poco más con ese gesto que pone cuando le sonríe y le odia al mismo tiempo, y tiene ganas de besarle y de morderle.

Una mujer se enamora un poco de un hombre cuando él le devuelve la mirada por encima de los vasos y los aperitivos y las argumentaciones, y otro poco cuando, ya conociéndolo, escucha su voz firme, característica, saludando a todos los oyentes matutinos –así es él sin mí, piensa–, y otro poco más cuando él la abraza con su jersey verde ese día que había sido un mal día hasta el abrazo.

Es una ciudad moderna y es de día, y un hombre camina confiado al encuentro de una mujer que también camina y que no oculta su sonrisa. Se incorporan desde extremos opuestos a la misma calle de un barrio céntrico lleno de bares. Se reconocen de lejos –el pelo, los andares– y caminan el uno hacia el otro oscilando entre la sonrisa y el saludo y alguien que se cruza y les hace perderse de vista unos segundos.

La mujer sonríe –hola– y el hombre le besa la sonrisa –hola–. Caminan de la mano por una calle más o menos concurrida, de un barrio que podríamos llamar céntrico, de una ciudad ciertamente moderna.

–¿Y Mayordomo?

–Intenté reservar, pero no había sitio en la terraza y dentro no se puede.

Entonces ella, que ya quiere a ese perro que no es un perro, sino su perro, cae en la cuenta y pregunta.

–Oye, nunca me has dicho por qué lo llamaste Mayordomo.

–Porque siempre quise tener un mayordomo.

Ella suelta una carcajada amplia y él, orgulloso, le pasa el brazo por encima del hombro.

El hombre y la mujer no saben si van a dejarse un día o a estar juntos acaso hasta la muerte de ella, culpa de una enfermedad que se prolongará seis meses, o hasta la muerte de él, en un accidente de tráfico. O quizá sea ella la que muera en un accidente y él por culpa de un cáncer. A lo mejor se irán a Japón de luna de miel, o a Argentina, o a ningún sitio porque puede que no se casen nunca o que contraigan matrimonio en el jardín de un conocido complejo de bodas una noche de junio. El hombre y la mujer ignoran si un día él preferirá destinarle su tiempo a otra mujer o si un día ella decidirá que su tiempo es suyo y de nadie más, o si acaso se consagrarán mutuamente su tiempo hasta la vejez, hasta la muerte. Quizás un día el hombre se acueste con otra mujer durante un viaje a Ciudad de México o acaso la mujer se acueste con otro hombre mientras su marido está fuera de la ciudad. O quizás él cene un día con los del trabajo y haya una chica con la que coquetear, y quizás ella viaje a París por un encargo y sepa que con una caída de ojos podría hacer que el jefe de los estudios de arquitectura la invite a su piso o le pregunte dónde queda su hotel, y acaso ni él ni ella hagan nada, es decir, harán mucho; también en el deseo hay voluntad, el deseo sin voluntad es ser un niño, quiero cenar pizza quiero ver los dibujos quiero llorar me hago caca encima.

El hombre y la mujer que van de la mano bajando por una calle soleada de una ciudad moderna ignoran si mañana, si en diecisiete días, si en quince semanas, si en treinta y cuatro meses, si en seis años no se querrán ya más o si se seguirán queriendo siempre.

El hombre y la mujer caminan de la mano sonrientes hacia un nuevo sitio del que les han hablado más que bien, teniendo en cuenta sobre todo la relación calidad-precio, y en el que tienen que probar sin falta, ha dicho ella, la perdiz estofada al chocolate, según ferviente recomendación de su mejor amigo. Eso hacen, y cuando el camarero llega con los dos platos de perdiz y dos copas de vino blanco ella dice disculpe, ¿le puedo pedir un hielo para el vino? El camarero dice sí por supuesto y se va y ambos sonríen, y él dice modulando el tono no sé si lo sabías, pero es una guarrada echarle un hielo al vino blanco, y ella responde imbécil y se ríe, porque esa fue la frase que un hombre le dijo a una mujer en mitad de una fiesta la noche que se conocieron, cuando coincidieron en la cocina, él buscando una birra, ella buscando un hielo, el vino en el vasito de plástico. Ahí fue cuando él dijo no sé si lo sabías, pero es una guarrada echarle un hielo al vino blanco, y ella contestó ¿ah sí?, ¿y quién eres tú para decirme cómo me tengo que beber el vino?

–Soy Lucas –dijo entonces Lucas.

–Yo soy Alejandra –dijo Alejandra.

AGRADECIMIENTOS

Durante la escritura de este libro tuve la suerte de contar con muchos interlocutores que me ayudaron a entender qué estaba escribiendo o que me leyeron y me aconsejaron sobre lo que había escrito. Muchas gracias a Alejandro Albán, Ruth Prada, Pablo Parra, Marisa Guervós, Pablo Mato, Raffaele Angelini, Félix Tusell, Elena Bordons, Guille Rodríguez, Javi Pardo, Andrea Palaudarias, Guillermo Aguirre y Leticia G. Domínguez.

Algunos de estos relatos (y algún descarte) surgieron de los desafíos literarios que nos impusimos Víctor Balcells y yo: gracias por la complicidad y la diversión, y gracias por la lectura.

Tengo que agradecer a Acción Cultural Española que me concediera la beca para la Residencia de Escritores en la Cité Internationale des Arts. El tiempo y el espacio que me proporcionaron fueron fundamentales para la conclusión de este libro.

También gracias, gracias y más gracias a Andrés Barba, Elisa Victoria y Alejandro Zambra por sus generosas palabras. Es un lujo y una suerte haber contado con lectores como ellos.

Gracias a todo el equipo de Sexto Piso, con quienes siempre es un placer trabajar.

Gracias a Noelia Olbés, por sus comentarios sobre el texto, por las fotos, por la conversación casi ininterrumpida.

Gracias a mi editor, José Hamad, por querer publicar estos relatos antes de haberlos leído, pero sobre todo por querer publicarlos después de haberlos leído; gracias por su lectura, que hizo de este libro un libro mejor, y por su disponibilidad siempre.

Gracias a Ella Sher, por acompañarme con tanto entusiasmo y complicidad en todas las fases del proceso.

Gracias a Lara Lars, porque no me creo que el libro exista hasta que no le veo la portada, por formar parte de todo, por la amistad.

Gracias a mi familia, sobre todo a mis padres y a mis hermanos, por ser fans.

Y gracias a Juan por serlo todo: fan, familia, amigo, lector, interlocutor, cómplice y tantas cosas más. Por darme espacio y tiempo. Sin él este libro sería peor (y yo también).